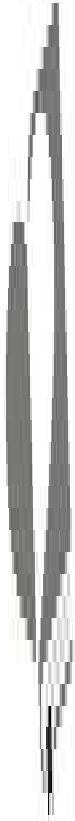
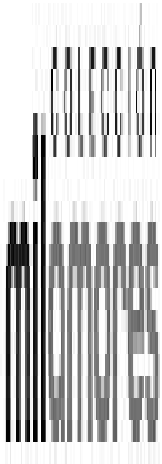
Contigo,
nada más
SCARLETT BUTLER

Contigo, nada más

Scarlett Butler





Contigo, nada más

ISBN: 9788418412998
ISBN ebook: 9788418412493

Derechos reservados © 2021, por:

© del texto: Scarlett Butler
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Porque todos nos merecemos una segunda oportunidad.

1

Maddison se despertó con un sobresalto al escuchar a sus compañeras enfermeras entrar en la sala de descanso. Se restregó los ojos y mientras se estiraba pensó que estaba deseando que fueran las ocho de la mañana para acabar su turno. Para su desgracia, aún eran las cuatro y le quedaban unas cuantas horas antes de llegar a su casa para deslizarse en la cama y dormir un rato largo.

—¿Qué tal el sueñecito?

—Puff, ojalá tuviéramos algo más cómodo.

—Podías haberte echado en el sofá —le dijo la chica rubia que sostenía un café de máquina en la mano.

—Ya sabéis que soy muy especial y si no es una cama no me vale —se despidió de las enfermeras y volvió a Urgencias.

El resto de la guardia pasó sin penas ni glorias, cosa que agradeció, pues estaba realmente agotada. A las ocho se cambió de ropa y se subió al coche con el cansancio acumulado. Por muchos cafés que tomara le costaba mantenerse despierta, al contrario de sus compañeros, a los que la cafeína los activaba. A ella no le afectaba. Cuando llegó a su casa dejó el coche en la puerta y entró muy en silencio para no despertar a los que dormían. Se dio una ducha rápida, pues apenas tendría unas dos horas hasta que la casa se activase y tuviera que aparecer en escena hasta que la volviesen a dejar descansar un poco más.

Tal y como predijo a las dos horas y media de su llegada, las risas comenzaron a resonar por toda la casa. Maddison sonrió y aguardó a que abriesen su puerta irrumpiendo como un vendaval saltando sobre la cama.

—¡Mamá!

Los mellizos hicieron exactamente lo que ella imaginaba, pero en lugar de hacerles caso actuó como cada vez que esos bichejos aparecían en su cuarto tras una larga guardia. Se hacía la dormida, porque a ellos les encantaba llevarse un buen susto por parte de su madre.

—¡Mamá! ¡Despierta!

—Está haciéndose la dormida —le dijo Jayden a su hermana.

—Sí, está fingiendo —respondió la pequeña con larga melena rubia y ojos vivos.

Se echaron sobre ella no sin antes saltar un poco sobre el mullido colchón de su madre donde dormían muchas noches a su lado. Cantaban y chillaban sin dejar de pegar brincos hasta que se cansaron y se tiraron sobre la cama con las respiraciones agitadas.

—¡Buuuuu! —gritó entonces su madre y ambos pequeños brincaron del susto sin dejar de reírse. Se lanzaron sobre ella y los tres se abrazaron jugando después a hacerse cosquillas.

—Vamos, muchachos, vuestra madre necesita descansar. —La madre de Maddison entró en la habitación limpiándose las manos en un trapo.

—¡Jo, abu! —el niño fue el primero en quejarse.

—Pero si a mamá le encanta que estemos aquí —apostilló la niña.

—No pasa nada, mamá. Déjanos un ratito más —dijo la neurocirujana imitando a sus hijos cuando querían dormir un poco más por las mañanas antes de ir al colegio.

—Sois un caso los tres. Jayden, Mary Alice. Un, dos, un, dos… —Los pequeños le dieron un beso a su madre y obedecieron a la abuela con cara triste.

En la puerta se giraron para mirar a su madre, con la que simplemente querían pasar un rato más, ya que llevaba una temporada trabajando mucho en el hospital y no podían estar juntos igual que antes. La echaban de menos, tanto como Maddison, que les lanzó un beso a ambos antes de desaparecer.

—Y tú ya puedes dormir. Me los llevo a ver los caballos. Con un poco de suerte, Dylan los entretendrá lo suficiente y dormirás unas cuantas horas antes de que volvamos para el almuerzo.

La abuela de los niños cerró la puerta del dormitorio y la doctora se tiró en la cama, cerró los ojos y en unos segundos se quedó dormida. Cuando se despertó habrían pasado otro par de horas. En los días que tenía guardias era muy difícil poder conciliar el sueño de manera tranquila. Era una de las cosas que menos le gustaba, la dificultad para dormir bien, aunque con los años se había habituado a ello.

Se dio otra ducha y miró el reloj de la muñeca. No había ruidos ni risas por la casa, así que imaginó que los niños seguirían con los caballos, pues les encantaban. Fue hasta allí y efectivamente sus hijos estaban montando. Se acercó a Dylan, el mozo jefe que

atendía a los caballos en el rancho familiar, que miraba a los niños sonriendo.

—Ya sabía yo que estarían por aquí.

—Son incansables, no sé cómo les sigues el ritmo —le dijo el chico de unos veintipocos años que llevaba casi diez trabajando con ellos.

—Difícilmente —bromeó ella.

Los pequeños al ver a su madre saludaron efusivamente y Maddison les devolvió la misma sonrisa. Podía decirse que la habían sacado de ella. Los ayudantes de los establos que les enseñaban a cabalgar les llevaban a trote, a pesar de que ellos siempre exigían ir a galope. A su madre le daba miedo, pues de pequeña intentó cabalgar y, al ver que no dominaba las riendas del caballo, se puso muy nerviosa y al poco tuvieron que bajarla, ya que por sí misma no fue capaz.

Se despidió de Dylan dejando a los niños disfrutar de una de sus aficiones favoritas y fue de nuevo hasta la casa a charlar un poco con su madre antes de que aquellos dos pequeños monstruitos regresaran y pusieran todo patas arriba.

—No sé de dónde habrás sacado esa cabezonería —fue lo primero que le dijo su madre al verla entrar en la cocina.

—¡Pastel de manzana! —Quiso meter la mano y su madre le dio un manotazo.

—Es el postre de hoy, espérate. ¿Me puedes explicar por qué no estás en la cama mientras los chicos están fuera? Si les he mandado con Dylan ha sido precisamente para que tú puedas dormir.

—Los echaba en falta. Últimamente apenas puedo compartir tiempo con ellos. Desde que son bebés tengo interiorizado sus llantos y sus risas. A veces incluso se cuelan en mis sueños.

Se emocionó al recordar cómo de bebés lloraban sin cesar y ella se sentaba en la mecedora del cuarto de los niños y se mecía con ellos sobre su pecho durante horas. De hecho, cuando estaban enfermos o se sentían mal esa era la única forma de calmarse que tenían, a pesar de tener ya siete años.

—Trabajas demasiado, pero te lo he dicho siempre, desde que trabajabas en Nueva York, aunque reconozco que debe ir en la sangre porque tu padre es igual que tú.

—Entonces no me sermonees.

—Cariño, es que te veo agotada y no descansas bien nunca.

—Mamá, el agotamiento comenzó cuando tuve a Jayden y a Mary Alice en mis brazos. El día que me convertí en madre de dos niños mellizos dejé de estar descansada —confesó.

—Ya te dije que la maternidad no es esa idea luminosa y brillante que nos quieren dibujar. Es sacrificio, cansancio hasta la extenuación, pero al mismo tiempo es una felicidad inmensa. ¿Me equivoco? —Maddison sonrió.

—En absoluto. Mis hijos son lo mejor que me ha sucedido jamás.

Y nada más terminar de decir aquellas palabras irrumpieron como un tornado en la cocina seguidos por el abuelo, que volvía de trabajar. Quisieron, al igual que su madre, destrozar la tarta de manzana, pero la abuela era sin duda una mujer firme y estricta que ni siquiera a sus nietos les permitía tocar aquel delicioso postre. Se lavaron las manos y comieron en familia escuchando a los niños hablar atropelladamente pues uno hablaba por encima del otro y viceversa.

—Esta tarde mamá no trabaja, chicos. ¿Qué queréis que hagamos? —les preguntó la neurocirujana a sus pequeñuelos.

—¡Subir en el tractor del abuelo!

—¡Ir a ver a los caballos!

—¡No, Alice! Eso ya lo hemos hecho. ¡Yo quiero ir en tractor!

—¿Qué pasa que hay que hacer lo que tú digas? Tú no mandas, Jayden —se enzarzaron en una discusión verbal.

—Claro que sí, cuando el abuelo no está, soy yo el hombre de la casa.

—Mi profesora dice que las chicas no necesitamos que los chicos nos manden porque podemos mandar nosotras, ¿a que sí, mami?

A Maddison se le caía la baba al verlos. ¿Cuándo habían crecido tanto? Aún recordaba cuando nacieron de forma prematura como suele ocurrir en los embarazos de mellizos. A los siete meses dio a luz y, a pesar de estar sanos, necesitaron estar en la incubadora una semana. Fueron los peores siete días que recordaba. Pasar por aquello sin pareja fue duro, pero por fortuna sus padres estuvieron siempre a su lado. No se despegaron del hospital, la apoyaron sosteniendo su mano mientras veían los primeros días de los bebés tan pequeños dentro de esas urnas de cristal en la unidad de neonatos de su hospital.

Ella pensó el día que se los llevaron a casa que lo más duro había pasado. ¡Cuán equivocada estaba! Los niños resultaron ser de esos bebés que duermen mal los primeros cinco meses, aunque por suerte comían bien. Si ya era complicado para una madre primeriza encargarse de un bebé, con dos era mucho más complicado. Sus padres la ayudaron mucho desde que nacieron y no sabría decir si hubiera sido posible hacerlo sin ellos. La absorbían todo el día y toda la noche, demandando su atención a cada poco.

Y cuando empezó a trabajar la cosa no mejoró; de hecho, fue a peor, pues estaba mucho más cansada. Los estresantes horarios del hospital, las tomas de leche que al volver a trabajar dejaba preparada en biberones que sus padres les daban a los bebés, los cambios de pañales, cólicos del lactante, no coger el sueño con facilidad…, la agotaban aún más y a veces se sentía frustrada y ansiosa. No había llorado por cansancio desde los exámenes más importantes de la universidad cuando apenas podía dormir de todo lo que le dedicaba al estudio. Sin embargo, todo ese agobio desaparecía cuando sus niños la miraban y le sonreían inundando su pecho de una emoción única.

—¡Eso son tonterías!

—¡Tonto tú! —respondió Alice y se liaron a pegarse.

—Pero ¿qué…? ¡Basta! —Maddison saltó a separarlos con la ayuda del abuelo.

—Muchachos, esto no está nada bien. Ahora mismo a vuestra habitación cada uno —dijo el señor Stephens.

—Tú no eres mi padre, no puedes mandarme nada. —A la neurocirujana se le heló la sangre al escuchar a su hijo hablar así a su padre, a quien adoraban.

—¡Jayden Stephens! ¡Sube a tu cuarto ahora mismo y no salgas de él hasta que yo te lo diga, que soy tu madre! —El niño arrastró la silla enfurecido y se fue conteniendo la ira.

Su hermana, al ver el enfado tan grande de su madre, también se fue en silencio a su habitación.

—Papá, yo… no sé qué decir.

—Son niños, ratita. Tu hermana y tú os enzarzabais en discusiones igual de absurdas. No se lo tengas en cuenta. —Se levantó a dejar los platos sucios en el fregadero mientras ella se sentía terriblemente mal por la situación.

—Cariño, ya has oído a tu padre. No lo pienses más. Déjales que respiren, se calmen y después sube a hablar con ellos.

Admiraba la bendita paciencia de los abuelos que cuando les había tocado ser padres no fueron tan benevolentes con ella y su hermana. Solía decirse que cuando los padres se transformaban en abuelos eran consentidores y mimaban a sus nietos porque ya habían criado a sus propios hijos. Era en momentos como ese en los que echaba de menos no tener al padre de los mellizos con ella, pero Michael estaba muy lejos de allí y ni siquiera sabía de la existencia de esos niños.

2

Michael entró en su despacho resoplando mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Odiaba tener que llevar siempre el traje con la corbata, pues a él le gustaba más vestir de manera informal. Por desgracia, ese atuendo era el necesario, siendo el jefe de Neurocirugía del Hospital Monte Sinaí de Nueva York. Se sentó en la silla frente a la mesa del despacho donde le habían dejado documentos para firmar. Aún le quedaba trabajo antes de poder irse a casa.

Las últimas tres horas habían sido más que agotadoras. Estaba tratando de ver a sus propios pacientes antes de marcharse a trabajar a otro hospital durante un período de seis meses. Quería ayudar a un viejo amigo en una investigación que estaba llevando a cabo sobre los aneurismas cerebrales en los que él era experto. Muchos pacientes que se enteraron que dejaba el centro hospitalario pidieron cita con él y las dos últimas semanas habían sido estresantes. Por si eso fuera poco, su equipo le había preparado ese mismo día un desayuno y almuerzo para despedirse de él.

Se reclinó en la elegante y cómoda silla, y antes de firmar la tonelada de documentos que se apilaban frente a él, se giró a su izquierda para ver la ciudad de Nueva York de noche. Le sonó el teléfono y sonrió al ver que se trataba de su compañero Frank, que lo esperaba ansioso en el nuevo hospital.

—Veo que estás deseando de tenerme por allí.

—No sabes cuánto, estoy súper emocionado de comenzar con la investigación y más feliz aún de tenerte por aquí. Será como en los viejos tiempos —le dijo, a lo que Michael dibujó una media sonrisa.

—Espero que no igual que en los viejos tiempos, porque hicimos muchas locuras.

—Bueno, aún no tenemos ningún compromiso, somos libres.

El jefe de Neurocirugía se irguió confuso, pues Frank estaba a punto de casarse el mes siguiente, a no ser que las cosas hubiesen cambiado de un día a otro y él no lo supiera.

—¿Ya no hay boda con Helen?

—Por supuesto que sí, pero todavía queda un mes. Nos da tiempo a hacer alguna que otra locura.

—No sé si estas palabras a tu querida prometida le harán mucha gracia, pero está bien. Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos con mi llegada. —Empezó a firmar papeles mientras lo tenía conectado con el manos libres.

—No hace falta que siempre hables tan correctamente, tío. Nunca cambiarás. En fin, mañana nos vemos, amigo.

Continuó firmando los documentos y una hora más tarde cogió la chaqueta que colgaba del perchero, el maletín y antes de cerrar la puerta tras de sí volvió a darse la vuelta para observar por última vez aquel despacho en el que había sido tan feliz, donde se había sentido frustrado al no poder ayudar a todos los pacientes que deseó y donde aprendió mucho durante los últimos siete años.

Terminó de hacer la maleta, preparó todo lo que necesitaba para el viaje en avión en cinco horas aproximadamente, se duchó, comió algo y se metió en la cama a descansar. Miles de recuerdos de la ciudad neoyorquina arrasaron en su mente. Desde momentos de su infancia con su familia hasta los estudios universitarios donde comprendió que su verdadero anhelo era ayudar a la gente en el campo de la ciencia. Y sin poder evitarlo, una melena rubia de ojos castaños apareció de repente con una enorme sonrisa que siempre lucía. Hacía ya siete años que no sabía nada de ella, desde la mañana en la que ella recogió sus cosas del apartamento de Michael y desapareció de su vida tras una temporada de muchísimas discusiones y llegar a la conclusión de que lo suyo eran diferencias irreconciliables. Con Maddison vivió los años más felices de su vida, eso no lo podía negar, y en varias ocasiones habría deseado al menos conocer su paradero para poder saber que seguía bien. Por desgracia, su exnovia era de las personas radicales que en cuanto terminaba una relación cortaba de raíz todo contacto. Desde el principio se lo dijo y no le pilló por sorpresa cuando vio que había bloqueado su teléfono y era imposible contactar con ella.

Negó con la cabeza porque quiso desechar esos recuerdos de su cabeza. Aún le dolía pensar en ella, pues sin duda había sido la mujer más importante hasta el momento en su vida. Era hora de centrarse en el trabajo que tenía por delante en el nuevo hospital, en ese destino que tanto le apetecía descubrir: Kansas.

3

Tras el episodio de la cocina, los mellizos volvieron a hablarse después de disculparse una vez su madre hubo hablado con ambos muy seriamente. Maddison tenía una hermana a la que adoraba, pero con la que también se había peleado muchísimas veces. Sabía lo que era la rivalidad fraternal y lo comprendía, pero no estaba dispuesta a que aquellos dos mocosos de siete años empezaran tan pronto a tratarse de esa forma. Ya llegaría la adolescencia y lidiaría con ellos.

El fin de semana había transcurrido como era habitual, pero finalmente el lunes llegó y la neurocirujana tuvo que volver a trabajar. Entró en las habitaciones de los niños a darles un beso antes de que se despertasen, ya que solía abandonar la casa al poco de amanecer. Llenó el termo de café heredado de su madre de cuando era enfermera en ese mismo centro hospitalario y al que tenía un especial cariño, pues era como si su madre le traspasara un objeto mágico en herencia. Le recordaba los grandes sacrificios que tuvo que hacer dejando a sus dos hijas al cuidado del padre en el rancho mientras se pasaba horas interminables en el trabajo.

Cuando llegó al despacho se sentó en el cómodo sillón a beberse el café junto a un bollo de canela que había preparado la abuela a sus nietos el día anterior. Miró por la ventana cómo la ciudad poco a poco empezaba a despertar y se aislaba del trasiego que comenzaría en pocas horas fuera de aquellas cuatro paredes.

—Espero llegar a tiempo para mi dosis de cafeína —su secretaria irrumpió como cada mañana en su descanso.

—Buenos días a ti también. No sé si lo que te gusta es el café o el dulce que traigo cada día para acompañarlo —le respondió viendo cómo se lanzaba a por el otro dulce de canela que Maddison llevó.

Se acomodó en la otra zona del sillón devorando el delicioso bollo, a la vez que se sirvió café del termo en un vaso de plástico que llevaba como todas las mañanas.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? —quiso saber Katherine, la

secretaria.

—Agotador, nunca te dicen lo duro que puede llegar a ser madre.

—¿Qué han liado esta vez?

—Pues se pusieron a discutir sobre quién mandaba en la casa y llegaron a las manos. Casi me da un infarto al verlos pegarse —se lamentó la doctora.

—No me digas que nunca le has dado un tortazo a tu hermana, porque entonces lo de tu casa es ya *La casa de la pradera*.

—Claro que hemos discutido y nos hemos dado algún que otro tortazo, pero tienen siete años. Cuando yo tenía problemas con Phoebe era en la adolescencia y nos peleábamos por el secador. —Se levantó acercándose al gran ventanal que presidía su despacho.

—Vamos, Maddi, no le des importancia. Son niños.

—Lo sé, Kate. Es que a veces dudo si lo estaré haciendo bien. Ser madre soltera no es nada fácil.

—Quizá si hubieras compartido la maravillosa noticia de tu embarazo con el padre de tus hijos, ahora sería de otra manera.

La neurocirujana se sintió incómoda al recordar a Michael. Fue hasta la silla que había frente al escritorio y encendió el ordenador.

—Ya sabes que no le nombramos.

—Cariño, que no es ese mago oscuro que te vaya a echar un maleficio como en *Harry Potter*. Es el padre de los mellizos y ya sabes mi opinión respecto a ocultarle su paternidad.

Katherine era una mujer casada desde hacía diez años con el dueño de un bar de Kansas, con el que tenía tres adorables niños pequeños, todo chicos. A ella le encantaba ser madre e incluso en los duros momentos de la maternidad sabía encontrar el buen sentido a todo. Cuando se conocieron se hicieron íntimas amigas y Maddison le contó toda su historia con Michael. Lo respetó, pero nunca estuvo de acuerdo en que ella le ocultase tal noticia.

—No es igual que lo tuyo con Kevin.

—Pero porque tú lo has deseado de esa manera.

—¡Sabes que no, Kate! Él no deseaba tener hijos y me lo dijo mil millones de veces. ¿Qué esperabas que hiciera cuando supe del embarazo? Llevábamos dos meses discutiendo sin parar por completas tonterías. Todo nos irritaba del otro, aunque además hice un sondeo justo antes de marcharme. —La secretaria se acercó a su mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué sondeo?

—La noche antes de irme le dije que una de mis amigas de Nueva York se había quedado embarazada sin desearlo y que lo iba

a tener, y yo le pregunté su opinión.

—¿Y…?

—Y me confirmó lo que yo ya sabía, que los errores no deberían pagarlo los niños que no han pedido llegar al mundo.

—¿Pero a ti eso te parece un sondeo? Eso es una estupidez muy grande dicha por una persona que no es consciente de que va a ser padre. —La neurocirujana abrió el correo electrónico ignorando los comentarios de Katherine.

—Tenemos mucho trabajo, así que dejemos de charlar sobre cosas sin sentido ya. Recuerda que hoy tengo la comida con Frank y el nuevo médico que viene a ayudarnos en la investigación de los aneurismas cerebrales.

La secretaria dio por perdida la discusión, aunque volvería a la carga sin dudarlo en algún otro momento en el que su amiga se sintiera más receptiva. Le dio la dirección del restaurante donde tenía que ir a comer para encontrarse con Frank y el nuevo doctor y se marchó del despacho de la neurocirujana.

Hizo su ruta de visitas a los pacientes que estaban ingresados en planta y apenas tuvo tiempo para leer algún mensaje de su madre, que le mandaba fotografías de los niños desayunando antes de llevarlos al colegio. Ni siquiera eso era capaz de hacer, pues su trabajo era muy exigente y le requería muchas horas de dedicación alejada de sus pequeñuelos. Con el tiempo lo fue superando, pero cuando tuvo que dejarlos siendo bebés sintió una sensación de abandono absoluta. Aquello fue mermando, pero no quitaba para que sintiera que en parte se perdía cosas del día a día de sus hijos. Pero ¿qué madre no lo hace? No se puede estar con los hijos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y Maddison lo había hecho fantásticamente bien desde que nacieron. Sus hijos la adoraban. Había que ver con qué devoción miraban a su madre o cómo se les iluminaba la mirada al verla llegar de trabajar.

—¿Estás lista? —le preguntó Kate a la doctora entrando en su despacho.

—¿Para qué? —respondió levantando la vista del ordenador.

—La comida, es en cuarenta minutos en el bar de mi marido. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente, pero no tardo nada en ir, y mientras estoy acabando unos informes. —Siguió tecleando frenéticamente sin mirarla.

—¿Vas a ir así? —La doctora se miró y vio que la camisa blanca que se puso por la mañana seguía teniendo el mismo color, al igual que la falda de tubo beige.

—¿Cuál es el problema?

—¿Y si el nuevo médico está bueno? —Ella estalló en risas reclinándose sobre la silla.

—Katherine, ¿tú de verdad crees que yo estoy pensando en eso?

—Podría ser una oportunidad.

—¿Sabes qué? Apago esto y me voy yendo al bar, así entablo un rato de charla con tu sufrido marido, que vaya paciencia que tiene para aguantarte. —Se quitó la bata blanca de médico y cogió la chaqueta.

Diez minutos más tarde estaba entrando por la puerta del bar de Kevin, el marido de Katherine. Estaba empezando a llenarse debido a que era la hora de comer y afortunadamente era uno de los lugares más concurridos de Kansas.

—¡Maddi! ¡Qué alegría verte!

—Hola, Kev. ¿Cómo estás? —Le dio un beso en la mejilla y se sentó en la barra mientras le servía un refresco.

—Por aquí todo bien, ¿y el hospital?

—Bajo control, a excepción de tu esposa, que a esa no hay quien la domine —dijo bromeando y su marido se rio asintiendo.

—Me llamó Frank el viernes para pedirme una mesa para tres. Imagino que tú eres una de ellas. Kate me ha contado lo del proyecto que vais a empezar a investigar con el nuevo médico.

—Efectivamente. De hecho, con lo puntual que es, me extraña que aún no esté por aquí.

—¿Alguien me llamaba? —El presuntuoso neurocirujano que había puesto en marcha la investigación de los aneurismas cerebrales apareció por detrás de Maddison.

—Ya decía yo que era extraño que no llegases con tiempo de sobra a la comida.

—Lo mismo digo, a pesar de ser mamá te veo muy centrada. —A la doctora se le cambió la cara. Era un personaje insoportable, pero de los mejores expertos en su campo.

—Puedo ocuparme de mis hijos y trabajar, todo es compatible. Ya me lo dirás cuando seas padre.

—No lo creo, por ahí no paso ni loco.

—¿Qué tenéis los hombres con la paternidad? —A ella, que adoraba a sus pequeños, no le entraba en la cabeza cómo alguien podía tener un rechazo tan acérrimo a tener hijos—. Es igual, voy al baño un segundo.

—Te espero en la mesa.

Maddison se fue con ese pensamiento al lavabo recordando al padre de sus hijos que por nada del mundo deseaba serlo. Veía las

caras de sus mellizos y no le entraba en la cabeza que alguien no pudiera enamorarse de esos ojos vivos y traviesos. Por suerte no tuvo que lidiar con él explicándole lo sucedido, y ella hacía las veces de padre y madre, haciendo feliz a sus hijos sin necesidad de tenerlo a él en sus vidas. Tras empolvarse un poco la cara fue hasta la mesa donde ya le esperaba Frank y el nuevo doctor, que estaba de espaldas a ella.

—¡Por fin! Aquí llega la jefa de Neurocirugía del hospital de Kansas, la flamante doctora Maddison Stephens —mientras se acercaba a ellos escuchó a su colega presentarla al nuevo neurocirujano.

—No es necesario tanto halago, Frank. Encan… —Pero no pudo acabar la frase al descubrir frente a ella el rostro del hombre que más había querido en su vida y que era el padre de sus hijos.

4

No podía ser, pero al parecer lo era. Allí estaba él, el padre de sus hijos, el hombre con el que comenzó los estudios en la universidad y con quien pasó los mejores años de su vida. No, no, no, aquello no podía estar pasando. ¡Por el amor de Dios era el nuevo médico! Ese doctor con el que ella tenía que trabajar a diario, verlo caminando por el hospital día sí y día también.

—¿Estás bien, Maddi? —Michael miró a su amigo al ver cómo la llamaba por su diminutivo y volvió a mirarla a ella sin dar crédito.

—Sí… —se sentó como pudo ignorando que lo conocía—. Es un placer…

—Michael —le tendió la mano y ella no tuvo más remedio que estrechársela si quería fingir delante de su compañero de trabajo.

—Encantada, soy la jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka como bien sabrá, y estará a mi cargo durante los próximos seis meses que dura la investigación en el campo de los aneurismas cerebrales.

—Ya me lo había dicho Frank, pero no me había explicado lo preciosa que eras. ¿Te importa si nos tuteamos?

—Preferiría que no, señor…

—Michael, ya se lo he dicho. —Ella le miró con toda la seriedad que pudo—. Lowell.

—Mucho mejor. Bien, señor Lowell, me encantaría quedarme a almorzar, pero no me va a ser posible. Frank le pondrá al día de los detalles. Nos veremos por el hospital —y tras soltar aquello casi de carrerilla se marchó a trompicones deseando que nadie volviese a llamarla para tener que girarse y regresar a esa mesa.

—Un caso curioso la jefa —fue lo único que comentó el nuevo médico.

—No he entendido nada de lo que acaba de suceder. De todas formas, es una mujer muy aburrida. Así podremos tomar unas cuantas copas, ponernos al día, conocer a algunas mujeres que hay por aquí…

Michael no salía de su asombro y no solo por encontrarse con su

primer amor de aquella manera tan extraña, sino por la actitud de su amigo, que estaba a punto de casarse. Él ya no estaba en ese punto, solo le interesaba su trabajo, hacerlo lo mejor posible y volverse a su gran apartamento de Manhattan. O eso era lo que quería hasta que vio a Maddison frente a él.

—Frank, sinceramente estoy cansado del viaje y me gustaría poder comer y marcharme a la casa que he alquilado para estos meses. Tengo un *jet lag* tremendo.

Muy a pesar de su amigo se limitaron a hablar de algunos detalles de la investigación y comieron rápidamente. Ni siquiera quiso que lo acompañase al lugar que había alquilado, pues su plan era otro. Frank se iría a su casa porque tenía la tarde libre y así él podría llegar al hospital que le vería trabajar durante los siguientes meses. Buscaría a la neurocirujana y después… quien sabe lo que sucedería.

La doctora por su parte llegó muy nerviosa a su despacho donde se encerró sin querer siquiera la presencia de Kate. Esta última no hacía más que tocar en la puerta, pero no le respondía. Abrió la ventana para que entrase el aire y así poder respirar, pues sentía que se asfixiaba.

—¿Maddi?

—Katherine, te he dicho que no me molestes, por favor —le chilló abanicándose con la mano.

—Imagino que hablas de tu secretaria. —Se quedó congelada al comprobar que quien la había nombrado era otra persona.

—¿Qué demonios haces tú aquí? Y no te pregunto ahora en este preciso instante sino en este hospital.

Michael avanzó cerrando la puerta tras de sí sin dejar de observar en la mujer que se había convertido. Sin lugar a dudas seguía siendo esa chica de larga melena rubia y ojos castaños, pero vestía de manera más elegante y no tan informal, o quizá sería así solamente en el trabajo debido a su puesto.

—Trabajar, al igual que tú. —Hizo una pequeña pausa sin dejar de escrutarla acelerando el corazón de la neurocirujana—. Mírate, cómo has avanzando. Estoy orgulloso de ti.

—No tienes que estar orgulloso porque tú y yo no somos nada hace ya siete años. Hagámoslo sencillo, ¿vale? Te encargas de tu parte del proyecto y yo del mío, y cruzamos las mínimas palabras posibles uno con el otro.

—Sigues tan preciosa como siempre —le dijo él después de avanzar tanto que podía rozarla si lo hubiera deseado.

—Esto no está bien. Las cosas cambiaron, son muy diferentes

ahora mismo. No soy la misma mujer que conociste en Nueva York.

—Entonces déjame conocerla —le pidió él siendo sincero.

Maddison sin embargo no pudo más que reírse de lo que acababa de decirle el hombre que no quería convertirse en padre simple y llanamente porque le aterraba el compromiso. De hecho, ella estaba convencida de que si los hijos no hubieran llegado habría sido el momento de dar un paso más en su relación y casarse. Aquello también le habría aterrorizado y se habrían separado igualmente.

—No me hagas reír que me va a doler el estómago. —Se alejó tanto de él que casi se cayó al sentarse en la silla del escritorio.

—Maddi…

—Si no vas a tratarme de usted, que lo veo improbable, te ruego que me llames por mi nombre completo, Maddison. —Él asintió—. Y ahora si no te importa tengo mucho trabajo pendiente. Mañana empiezas a trabajar, así que hoy dedícate a descansar y a las nueve te espero en mi despacho junto a Frank para comenzar con el proyecto.

El médico neoyorquino se rindió por el momento, pues para ella también había sido un shock descubrirlo allí. No obstante, vio aquella oportunidad como un regalo que le hacía la vida, reencontrarse con la persona que más le había marcado y que le hizo inmensamente feliz en el pasado.

—Y, por favor, no le digas a Frank ni a nadie que nos conocemos.

—Así será. Mañana nos vemos, Maddi.

Ella lo miró viendo cómo seguía llamándola por el diminutivo como hacía cuando eran pareja y ella se lo consentía. El brillo travieso en sus ojos le hizo recordar al de sus pequeños y sintió desasosiego. Cerró la puerta y se desplomó sobre el escritorio.

—¿Maddison?

—Katherine, ¿cómo le has permitido entrar? —vociferó sin mover la cabeza de la mesa.

—Me ha dicho que es el nuevo neurocirujano y cómo te fuiste a la comida creía que venía contigo. ¿Qué ha pasado?

La jefa de Neurocirugía se vino abajo y comenzó a llorar sin consuelo. Kate se acercó a ella acariciando su nuca con suavidad, aguardando a que ella se calmara y pudiera confesarle lo que estaba pasando y tanta angustia le estaba provocando.

—Es él, Kate —confesó levantando por fin el rostro marcado por las lágrimas del escritorio.

—¿Quién?

—Es Michael.

5

Ese día se permitió salir antes del trabajo, pues necesitaba estar con sus hijos, abrazarlos y sentir su calorcito. Su madre al verla llegar vio que algo sucedía, aunque no se atrevió a preguntarle nada delante de sus pequeños. Su padre, que trabajaba en el rancho familiar, pasaba también muchas horas fuera de su casa encargándose de todo. Cuando fue el momento de la siesta subió a su cuarto un rato a tratar de dormir, a pesar de que estaba muy acostumbrada a dormir escasas horas. Era más que nada por ocultarse allí, porque sus hijos tampoco echaban ese sueñecito, y así al caer la noche estaban agotados y se iban a la cama a una hora razonable.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, esta es tu casa, mamá. —La señora Stephens accedió a la habitación.

Se sentó en un lado de la cama justo al lado de su hija, que estaba estirada en el otro mirando hacia el techo. Si por algo puede caracterizarse una madre es por saber cuándo le sucede algo a uno de sus hijos y siempre había sabido qué pasaba tanto con ella como con Phoebe, su otra hija. Es un sexto sentido que tienen las madres. De hecho, el día que apareció en la puerta del rancho tratando de sonreír se dio cuenta de que algo malo había sucedido. Simplemente tuve que preguntarle qué era y su hija se rompió a llorar contándole todo.

—¿Recuerdas el día que llegaste a casa con las maletas y la sonrisa más fingida que haya visto jamás? —La doctora asintió, pues tenía el nudo en la garganta y no le salían las palabras—. ¿Ahora qué es, Maddi?

—Es Michael, está aquí.

—¿Cómo que está aquí?

—Es el nuevo neurocirujano en el proyecto de Frank. —Y lloró casi tanto como el día que regresó al que fue su hogar desde niña para que lo fuera de nuevo al huir de Nueva York.

Su madre se quedó callada mientras posaba la mano sobre la

pierna de su hija, que se tapó la cara ocultando las lágrimas que fluían sin control ninguno. Esperó a que se calmase para poder entablar una conversación adulta con su hija, esa que quiso mantener siempre, pero que eludía porque no quería siquiera nombrar al padre de los mellizos.

—Hace años te dije que esos niños no podían criarse sin su padre y parece que Dios ha escuchado mis plegarias.

—¿Qué plegarias, mamá? —Se enderezó con todo el rímel corrido que su madre limpió con un pañuelo de tela que siempre llevaba.

—He rezado mucho por ti todos estos años, querida hija. He deseado que sentaras la cabeza y te dieras cuenta de que un día tus hijos te harán preguntas y querrán saber por qué ellos no tienen un padre.

—Eso es lo que menos me importa ahora mismo. Solo quiero que pasen los meses y se vaya sin saber de su existencia. —Se levantó de la cama molesta por las palabras de su madre.

—¿Y no crees que es una oportunidad que te da la vida para que hables con él y le cuentes que es padre?

Sintió de nuevo ese peso en el pecho que la pellizcó el día que les pusieron a los niños sobre ella nada más nacer. Pensó que le dolía muchísimo que Michael se perdiera la imagen de aquellas dos bolitas, pero más le dolía creer que era imposible que conocieran a su padre porque él no los quería. Enterró el rostro en sus manos y sollozó al sentir que alguien no quisiera tener a esos niños en su vida.

—Sabes que no es su deseo, ni lo fue en el pasado ni creo que lo sea en el presente.

—Bueno, tampoco sabemos qué es de su vida. Quizá se haya casado o haya tenido algún niño durante estos años. —Maddison pensó que eso era una posibilidad y en el fondo de su corazón sintió que se moría. Tras verlo de nuevo se había dado cuenta que seguía sintiendo amor por él.

Se posicionó de medio lado agarrándose a las rodillas de su madre, que le acariciaba el pelo como cuando era pequeña y se caía haciéndose una herida.

—Cariño, solo te digo que contemples la opción de hablar con él. Quizá haya madurado con el tiempo y no le parezca tan terrible ser el padre de unos demonios encantadores como ellos. —Ella sonrió ante el comentario de su madre que bromeaba, ya que amaba a sus nietos más que a nada.

—Tengo miedo, mamá.

—Lo sé, cariño, pero no estás sola. Nunca lo has estado.

Hubo una pausa.

—Ya no hablamos de Jayden y Mary Alice. —Maddi negó con la cabeza—. Al verlo te has convencido de que lo amas tanto como cuando lo dejaste, pero hiciste lo mejor para tus hijos, ¿verdad?

—Más que a mi propia vida.

6

Maddison entró en el hospital resguardada bajo unas grandes gafas de sol, a pesar de que el día había amanecido gris con probabilidad de chubascos durante toda la jornada. Su hija Mary Alice había estado vomitando toda la noche y apenas había podido conciliar el sueño. Ese día no iría al colegio a diferencia de su hermano Jayden, que al enterarse no hizo más que quejarse por la suerte que tenía la pequeña. La neurocirujana dejó a su madre instrucciones para cuidar de la niña, aunque la señora Stephens sabía perfectamente cómo tratar a uno de sus nietos enfermo, esa vez por la cantidad de regaliz negro que había comido antes de la cena. Pero, aparte de la situación familiar, Maddi no había podido dormir debido a Michael. Lucía ojeras aquella mañana de martes y aunque se había maquillado se le notaba el rostro cansado.

—Buenos días, creo que hoy no hay café ni bollo.

—Llevas razón, no lo hay. —Se desplomó en la silla echando la cabeza hacia atrás quitándose las gafas—. Alice ha estado vomitando toda la noche y no hemos pegado ojo.

—Pobrecita. Tómate el día con calma, mejor.

Pensó en que a las nueve entraría por la puerta el padre de sus mellizos y eso precisamente no era tomarse el día con calma. Suspiró y tras encender el ordenador se dirigió a su secretaria.

—Kate, no hables con nadie de Michael, por favor.

—Sabes que no lo haría ni aunque me torturasen, aunque algo bueno ha tenido su llegada —mencionó llamando la atención de la doctora.

—¿Y es…?

—Al menos ya le llamas por su nombre.

Se tensó de pies la cabeza, pues no quería avanzar en nada respecto a su ex novio. Desvió la mirada hacia la pantalla del ordenador y se dijo que ya era hora de trabajar. Le pidió a Kate varios cafés para poder empezar el día, porque de otra manera hubiera sido arduo el trabajo de ese día. Estaba somnolienta y muy cansada.

—El doctor Lowell ha llegado —anunció Katherine a través del teléfono a su jefa y amiga a la hora indicada.

Maddison tragó saliva y exhaló el aire contenido en los pulmones durante unos segundos. Se pellizcó las mejillas tratando de parecer algo más sonrosadas y se retocó los labios con su barra de labios preferida: un tono ocre. Le pidió a la secretaria que le mandara a pasar y así lo hizo.

—Buenos días, doctora.

Tras abrirse la puerta apareció Michael vestido con un traje oscuro y una camisa gris perla a juego con sus ojos, que le sonrieron nada más entrar en el despacho. Aquello no hizo más que confirmar lo que sintió el día anterior en el restaurante. El corazón se detuvo en seco al verlo, pero disimuló saludándole.

—Buenos días. Por favor, toma asiento. Frank no debe tardar en llegar. —Siguió tecleando en la computadora concentrándose en su trabajo para evitar una conversación con él.

Por desgracia el hombre que estaba sentado frente a ella la conocía perfectamente y sabía que lo que estaba haciendo no era más que un intento de mantenerse ocupada para evitarle. Estaba nerviosa, de vez en cuando se restregaba una mano con otra y eso solo lo hacía cuando se sentía inquieta.

—En mi despacho de Nueva York también tengo unas vistas excelentes de la ciudad —dijo él levantándose y caminando hacia el ventanal.

Maddison volvió a tensarse al sentir que no podía controlarlo, porque deambulaba por la estancia. Negó con la cabeza olvidándose de ello y por milésima vez leyó la frase del informe que estaba escribiendo. El corazón le iba a mil por hora. Hacía años que no había sentido ese frenético bombeo y tampoco lo había extrañado, pues la alteraba demasiado.

—¿Qué es aquello? La verdad es que no conozco nada de este lugar y me gustaría ya que voy a pasar aquí una larga temporada.

—Algunos estamos trabajando. Por Internet puedes contratar *tours* que te llevan por la ciudad y te lo explican todo de maravilla —apostilló.

—¿Puedes levantarte un segundo y decirme qué es aquel edificio tan grande? No parece guardar la estética del resto… —Él siempre había sido el tranquilo de los dos respecto al trabajo, mientras que ella quería hacerlo todo cuanto antes para poder descansar, cosa que no hacía porque se agobiaba y debido a su perfeccionismo nunca era suficiente.

—¿De qué edificio estás hablando…? —Se levantó yendo hacia

la ventana, pero, antes de poder mirar a través de ella, el neurocirujano la agarró apoderándose de su boca.

La besó embargado por unos sentimientos difíciles de explicar, solamente podría decirse que eran muy intensos. Maddison siempre le había apasionado por su forma de enfrentarse a la vida. Necesitaba sentir de nuevo la conexión que tuvieron durante años, aquello que siempre fue más fuerte que su propia voluntad. No podían estar enfadados mucho tiempo, porque sus cuerpos se reclamaban y hacían el amor olvidándose de lo que hubiera sucedido en la discusión anterior. Con el beso quiso hacerle comprender lo que todavía seguía sintiendo por ella y a lo que se negaba a renunciar ahora que se habían reencontrado.

—¡Para ya! —Cuando consiguió recobrar el sentido común se separó de él de un empujón.

Recuperando el aliento se fue hasta el otro extremo del despacho sin que la mirada de él la dejase respirar. En ese instante entró Frank sin ser avisado y la situación fue un poco incómoda. Maddison se disculpó para poder ir al baño un momento y su colega apenas se dio cuenta de nada. Se centró en su amigo exigiéndole una noche de juerga por los viejos tiempos. Michael no entendía cómo aquel ser podía haber sido su amigo en algún momento. Una persona comprometida que lo único que buscaba era encontrar a mujeres con las que ligar y pasar un buen rato. Pero enseguida volvió a pensar en Maddi e incluso deseó ir tras ella, pues al besarla sintió que ella le correspondía hasta que el raciocinio que la dominaba hizo acto de presencia arruinando el mágico instante.

7

Por fin llegó la hora de marcharse a casa y nunca antes había sentido Maddison tantos deseos de regresar. Consiguió evitar a Michael después del incómodo momento del beso, aunque fue realmente difícil. Cuando volvió del lavabo se centró en las palabras que decía Frank, a pesar de tener los ojos de su exnovio clavados en ella. Con todas sus energías se concentró en el trabajo y en cuanto tuvieron todo dispuesto para empezar los ensayos clínicos salió de su propio despacho rápidamente para hacer la ronda de los pacientes ingresados en planta. Comió escondida en el coche, pues estaba convencida de que Michael iría a buscarla a la hora del almuerzo. No le daba tiempo a ir a casa y volver, por lo que la opción elegida fue la mejor. Por la tarde se encerró con llave y le dijo a Kate que a quien preguntase por ella le dijera que se había tenido que ir a casa. A hurtadillas salió del hospital y triunfante arrancó su vehículo ranchera, sabiendo que el primer día cerca de él lo había superado.

—¿Cómo ha ido el día?

—Perfecto. ¡Hola, ratones! —Los niños se abalanzaron sobre su madre nada más verla entrar por la puerta. Preguntó a Mary Alice cómo se encontraba y se alegró de verla con mejor cara y más animada.

La madre de Maddison ignoró la cara de mentirosa que llevaba su hija y la dejó disfrutar de sus pequeños mientras preparaba la cena. Su marido también acababa de llegar del trabajo y estaba en el salón con una cerveza fresquita viendo un partido de fútbol. Los mellizos dejaron a su madre que subiera a ducharse y cambiarse de ropa para la cena mientras parloteaban con su abuelo.

Antes de bajar a la cocina, donde su madre le haría el tercer grado, estuvo pensando en ese beso que tanto la había descolocado. Michael no había sido nunca un hombre de tener pareja e ir engañándola con otras mujeres. ¿Significaría eso que estaba soltero? Le vibró el móvil y rápidamente sin pensar en nada abrió el mensaje:

Estoy convencido de que has disfrutado de ese beso tanto como yo.

Se cayó de bruces sobre el suelo, pues pensaba que tenía el colchón debajo de ella. ¿Quién le había dado su número?

—Maldición —rezongó levantándose del suelo.

—¿A quién maldices tú? —Mónica, la madre de la doctora, la oyó maldecir y entró a hablar con ella.

—Son expresiones que se dicen.

—Ya sabes que no me gustan en absoluto, pero no desvíes mi pregunta y dime. —Se acomodó en la silla del escritorio de su hija esperando por una respuesta.

Maddison quería hacer como los avestruces, esconder la cabeza en un agujero y que el mundo se derrumbase a sus pies. No estaba preparada para hablar abiertamente de lo que sentía por el padre de sus hijos, aunque su madre lo sabía con solo mirarla aquella noche.

—Imagino que por tu cara no ha sido un día sencillo para ti. —Negó con la cabeza a punto de llorar.

—Es que no lo entiendo, mamá. ¿Por qué ha tenido que volver? Mi vida lleva siendo tranquila y apacible siete años. Soy feliz aquí con vosotros y los niños. No necesito nada más, ni estar en una gran ciudad trabajando ni tener un coche caro ni viajar por el mundo. Esas son las cosas que él quería. No entiendo qué demonios hace en un sitio como este.

Deambulaba por la habitación sollozando sin poder dejar de escupir palabras y pensamientos que la llevaban atormentando desde que lo vio sentado en aquella mesa del restaurante junto a Frank. Su madre la observaba en silencio, esperando a que echase todo lo que la estaba quemando por dentro.

—Cariño, ya sabes que los caminos del Señor son inescrutables y nunca sabemos por qué dispone las cosas del modo en el que lo hace. Quizá esté aquí por un motivo, o, mejor dicho, por dos. —La doctora se paró en seco mirando a su madre.

—¿No creerás que voy a meter a ese hombre en la vida de mis hijos? ¡Ese tipo no quiere tener hijos, mamá! No pienso hacer sufrir a mis niños, jamás.

—La gente cambia, Maddi. ¿Cómo sabes que él no desearía ser padre? A lo mejor solo necesitaba madurar y el tiempo lo ha hecho posible. Es mucha casualidad que de todos los doctores que hay en Estados Unidos haya llegado justo él a tu hospital.

Se desplomó esta vez sobre la cama con el rostro empapado en lágrimas. Tenía miedo y no solo a que él descubriera lo de los mellizos, sino a volver a sentirse como se sintió cuando se enamoró de él. No podía volver a suceder. No, no, no. Se negaba a ello con

todas sus fuerzas.

—Mamá, no puedo volver a ese punto. Sé que va a ser muy difícil trabajar cerca de Michael, pero no puede derrotarme. Tengo que ser fuerte por mí y por mis hijos. Aguantar los meses que ande rondando por aquí y poco más. A lo mejor podría pedirme una baja…

De golpe, Mónica se puso en pie con el rostro desencajado.

—No hemos criado a una niña que se acobarda a la mínima, Maddison Belle. —Cuando su madre la llamaba por su nombre completo estaba en problemas—. Ni tu hermana ni tú sois de las que os escondéis en un rincón y no peleáis.

—Hoy, el primer día que está en el hospital, me ha besado —confesó finalmente.

Su madre fue a hablar, pero no le dio tiempo. La neurocirujana se limpió el rostro con las manos llenándose de rímel los dedos. Se puso en pie de un salto y con la cabeza alta se negó a seguir hablando del tema.

—Pero no volverá a suceder y ahora vamos a cenar.

Estar con sus hijos en casa era la verdadera calma que necesitaba. Cenaron entre risas y después se fue a la cama con ellos a leerles un cuento. Ese día le tocaba elegir a Jayden y optó por un cómic de superhéroes que ambos pequeños adoraban. La rutina era leer en la cama de Maddi para cuando se quedasen dormidos llevarlos a sus camitas. Cuando eran pequeños era viable, pero cada vez eran más grandes y pesaban más y se hacía muy complicado cargar con ellos en ocasiones. Los arropó y besó, primero a él y después a Alice. Antes de cerrar la puerta de la niña se quedó en el marco observándola y suspiró.

Se metió en la cama con el libro que tenía en la mesilla junto a su cama, pero esa noche estaba sin ganas de nada. Le apasionaba leer, pero estaba tan cansada, más emocional que físicamente. El trabajo en el hospital siempre era agotador, pero ella se había adaptado a él y tras muchos años podía decirse que lo manejaba con facilidad. Sin embargo, el cansancio cuando es psicológico es un lastre terrible que nos cargamos a la espalda y es imposible convivir con él. De nuevo le sonó el teléfono y tuvo miedo de mirarlo, aunque como su madre le había dicho horas antes ella no era una persona que se escondía.

¡Hermanita! ¿Cómo va todo? Hace tiempo que no me mandas fotos de mis monstruitos. ¡Los extraño!

El mensaje de su hermana Phoebe la hizo sonreír. Al segundo le contestó y estuvieron hablando por mensajería instantánea unos

minutos hasta que el sueño pudo con ella y la venció. De nuevo otro pitido resonó en el cuarto y Maddi se rio, pues su hermana no sabía nunca cuando era el momento de parar.

—Ay, se me ha olvidado ponerlo en silencio… —Pero el mensaje no era de su hermana sino de Michael, nuevamente.

No creas que ahora que nos hemos vuelto a encontrar me voy a rendir.

8

Un nuevo día amaneció y como de costumbre Maddison llegó al centro hospitalario mucho antes de su hora. Esa vez sí que llevaba el termo de café y un par de bollos de limón, pero Katherine estaba de vacaciones, por lo que ambos serían para ella. Se dijo que debía enfrentarse a Michael y sobre todo no dejarse llevar por los sentimientos que renacían en su corazón otra vez. Se tomó el café y uno de los bollos mirando por el ventanal del despacho. Hacía tiempo que no se detenía a mirar aquella ciudad que había sido su hogar desde su nacimiento: Topeka. Según los nativos americanos significaba «buen lugar para cultivar patatas», aunque ella nunca había comprendido bien el por qué.

Una vez que hubo recibido la primera dosis de cafeína, encendió la computadora para comenzar a trabajar. Afortunadamente la indigestión de Alice mejoraba y su madre le escribió un mensaje con una foto de la niña con muy buena cara dispuesta a ir al colegio con su hermano. Guardó el teléfono en el bolso y se concentró en sus informes antes de iniciar la ronda de pacientes.

—¿Se puede?

El neurocirujano que la volvía loca llamó a la puerta antes de abrirla para preguntar si le dejaba pasar. Ella apartó la vista de la pantalla y con un gesto de la mano se lo permitió. Michael llevaba ese día un pantalón de traje con una camisa celeste y la bata de médico. Maddison suspiró con disimulo, pues ya no recordaba lo mucho que le gustaba aquel hombre.

—¿Te llegaron mis mensajes?

—Buenos días. Frank no llega hasta las nueve y media. Ayer hizo una excepción —siguió tecleando sin mirarle.

—No vengo en su busca. Maddi, ¿puedes dejar eso un segundo?

—¿Qué quieres? ¿Cuál es tu objetivo? Si no es el de ayudarnos en la investigación te ruego que cojas tus cosas y te marches.

Michael sonrió al ver la pasión con la que se entregaba a su trabajo, seguía siendo la misma chica de la que se enamoró.

—Cuando acepté la propuesta de Frank no tenía ni idea de que

tú trabajabas aquí, ni siquiera de que fueras la jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka. Te felicito por ese logro, no suele ser lo normal a tu edad. —Ella se reclinó en la silla observándole con detenimiento.

—Lo sé, y, de hecho, fue más una casualidad que un hecho buscado. El jefe de Neurocirugía se dio de baja para marcharse con el tiempo a otra ciudad, y como la Junta directiva sabía que yo había solicitado esa vacante pues me la adjudicaron —hizo una pausa—; o sea, que puede decirse que no es que me lo ganara yo directamente.

—No digas eso, Maddison. Dudo mucho que te pusieran en el puesto si no confiasen en ti. Simplemente llegaste de un modo diferente a lo habitual, pero estoy convencido de que es bien merecido. Ya desde que estábamos en la universidad era tu objetivo.

Se removió inquieta en la silla al recordar aquellos tiempos en los que era feliz junto al médico que tenía frente a ella. Ese que la llevaba a patinar cuando había tenido un día duro o el que le preparaba chocolate caliente con nubes cuando se agobiaba por la carga de exámenes y trabajos.

—Mi objetivo en la universidad era convertirme en una buena neurocirujana. Lo que me extraña es que siendo tú el jefe de Neurocirugía del hospital de Nueva York hayas accedido a venir a este estado a trabajar.

—Parece que estuvieras hablando de mí como si no me conocieses y fuera un hombre egoísta que solo busca ascender o ganar méritos —se quejó mostrándose molesto.

A ella le dieron ganas de chillarle que quien no estaba dispuesto a cambiar su estilo de vida por traer hijos al mundo era él. De hecho, en una de esas discusiones que tuvieron llegó a decirle que no estaba dispuesto a traer niños a ese mundo de locos y que prefería viajar con ella y disfrutar de la vida sin preocupaciones ni obligaciones.

—Me estás malinterpretando. Solo digo que me llama la atención que hayas querido venir aquí en vez de seguir en el Monte Sinaí. Yo no sé si quieres ganar méritos y por eso vienes a participar en nuestro proyecto o si es que estás aburrido.

—De veras que no comprendo esta actitud tuya…

La doctora obvió ese comentario alegrándose de haberlo hecho, ya que se dio cuenta de que eso le había molestado. Lo mejor sería hacerle creer que le incordiaba y que pensaba que era una persona fría que solo buscaba que le aplaudiesen. A él ese tipo de personas

le provocaban el más absoluto rechazo.

Por unos segundos la escrutó con la mirada tratando de averiguar a qué se debía semejante discurso respecto a él. Ella le conocía de sobra, era de las personas que mejor podía conocerle. Vivieron tantas cosas juntos desde los veinte años que era imposible que pensase que a él solo le importaban las apariencias y ganar méritos. Le apasionaba tanto su trabajo como a Maddi. Se había esforzado muchísimo y había trabajado bastante duro para llegar a ser quien era. No le gustó ese desprecio en sus palabras; de hecho, incluso le hirió. Se levantó mientras ella no dejaba de escribir en el teclado, ignorándole como si no estuviera allí.

—Será mejor que me vaya y empiece a trabajar.

—Por fin, te recuerdo que es eso a lo que has venido y no a estar dándome charla o haciendo tonterías como el beso del otro día —entonces le miró a la cara—, que por cierto no significó nada.

Volvió la vista a la pantalla aporreando las teclas, presa de un nerviosismo extremo, ya que Michael sabía leerla y podía descifrar lo que estaba pensando. Él se mantuvo firme al lado de la puerta hasta que la abrió y se fue sin decir nada más. Maddison se echó hacia atrás sobre la silla sintiéndose miserable y la peor persona del mundo. Por desgracia su misión durante esos seis meses era alejarle de ella tanto como pudiera. No podía permitirse flaquear lo más mínimo.

Por la tarde pudo terminar pronto el trabajo y le dijo a Mara, la sustituta de Kate durante sus vacaciones, que si había cualquier tipo de urgencia la llamaran al móvil, pues había perdido el busca y no lo encontraba por ningún sitio. Para Michael, sin embargo, ni de lejos estaba cerca de irse al apartamento que había alquilado, aunque tampoco le quedaban ganas de ir a aquel solitario lugar. Su compañero Frank nuevamente le pidió salir esa noche a cenar, emborracharse y llevarse a casa a alguna mujer que se cruzase ese día por el camino. Cada vez se sentía más incómodo con su presencia y desgraciadamente tenían que trabajar juntos.

—Estoy cansado, aún tengo que habituarme y me dura el *jet lag* —se excusó con su amigo.

—Pues cuando el señor esté lo suficientemente descansado que me avise y nos corremos una buena juerga.

—A lo que no te diría que no es a una buena cena casera hecha por tu prometida, Helen. ¿Te acuerdas de ella?

Frank dejó de hacer lo que estaba haciendo y le miró muy serio entrecerrando los ojos. Al segundo se rio sentándose en el taburete a su espalda.

—No sé a qué viene ese mordaz comentario, pero ahora mismo la llamo y le pregunto si podemos ir a cenar ambos a su casa.

—Pensaba que vivíais juntos y déjame decirte que no es mordaz, pero de lo único que me hablas es de salir de juerga y liarte con otras tías. ¿Es eso lo que quieres a tu prometida? —le molestó mucho que el otro se indignase cuando se estaba portando como un malnacido respecto a la mujer que lo amaba.

Frank dejó el teléfono en la mesa y se acercó al nuevo doctor del hospital que estaba a unos metros de él. Michael se quitó las gafas que llevaba y necesitaba exclusivamente para trabajar. Notó enfado en los ojos de su amigo, aunque seguía sin saber por qué.

—No creo que tú seas el más indicado para hablar.

—¿Y eso a qué viene?

—Te recuerdo que quien dejó a la mujer que dirige el área de Neurocirugía de este hospital fuiste tú.

No podía creer lo que estaba oyendo. Se levantó indignado soltando las gafas en la mesa de cualquier forma. La rabia comenzaba a formarle un nudo en el pecho y solo sentía ganas de pegar a aquel tipo al que apenas conocía. Habían pasado muchos años sin verse, pero no daba crédito a lo que le estaba diciendo. Por desgracia, le había confesado el día que se reunieron para la comida que Maddison, su jefa, era la Maddison de su pasado.

—¿Cómo dices?

—¿Acaso no fuiste tú quien no quiso avanzar más en la relación y la dejaste? Tú mismo me lo contaste. Según tus palabras, «queremos cosas diferentes y por mucho que nos queramos hay cosas que no se pueden superar». ¿O me equivoco?

Erraba en parte, pues él jamás tuvo el suficiente valor para dejarla, al contrario que Maddison. Llevaban peleando por cualquier motivo un par de meses y tras una de esas discusiones ella se fue. Se lo llevó todo y no dejó ni nota ni manera de comunicarse con ella, pues cambió de número. Por suerte, al llegar a Kansas el hospital le facilitó los datos de las personas con las que iba a trabajar, entre ellas estaba Maddi. Su dulce Maddi, a quien había amado hasta el extremo y aún seguía haciéndolo. No tuvo más que cruzar una mirada con ella para darse cuenta.

A Frank le dijo que fue él quien la había dejado, pues en los años en los que la inmadurez le ganaba la batalla necesitaba quedar por encima, o lo que él consideraba era quedar bien, porque se avergonzaba de decir que fue ella quien lo abandonó. La noche previa a su marcha ella le confesó que no podía mantener más esa relación y que necesitaban cosas distintas. Ella, ser madre. Él, la

libertad. Qué idiota se sintió con el paso de los años al ser consciente de lo que había perdido: tenerla a ella en su vida y quizá formar una familia.

—No fue exactamente así. —Se sentó de nuevo en otro de los taburetes.

—¿Qué quieres decir? —Frank acercó su taburete a su amigo y aguardó a escuchar lo que tuviera que confesarle.

—Maddi y yo discutíamos mucho. Eso ya lo sabes, y ella quería cosas como ser madre y formar una familia. Mi yo de entonces no lo deseaba, porque me quedaba mucho camino para poder convertirme en un buen neurocirujano y necesitaba centrarme en mi carrera, no en cambiar pañales y dar biberones. De ahí pasamos a pelear por cualquier mínima cosa absurda y una noche ella me dijo que no aguantaba más esa situación, que le estaba comenzando a afectar psicológicamente. —Hizo una pausa respirando—. Yo no la creí del todo y terminamos haciendo el amor como muchas veces tras nuestras típicas discusiones, solo que al día siguiente no la sentí en mi lado junto a la cama. Me levanté a buscarla por todo el apartamento y no estaba. Solamente cuando fui a buscar sus cosas en los armarios me di cuenta de que me había abandonado.

Recordar aquellos amargos momentos de su vida con ella le hicieron sentirse francamente mal y herido, como aquella mañana de verano en la que fue consciente de haber perdido al amor de su vida. Siguió explicándole que la llamó, le mandó mensajes, habló con su hermana Phoebe y los padres de ella, y todos se negaron en rotundo a decirle dónde se encontraba.

—Incluso vine aquí. Fui a la casa de sus padres y se negaron a dejarme entrar o a revelarme su paradero. Si yo hubiera sabido que estuvo aquí todo ese tiempo no habría dejado de buscarla. Phoebe me dijo una de las últimas veces, seguramente ya harta de mí, que se había ido con una ONG a Sudamérica. Recuerdo que Maddi tenía una amiga que se fue a África a trabajar y ella a veces lo envidiaba.

—¿Te lo creíste?

—No tenía por qué desconfiar de sus palabras. Llegué a plantearme ir tras ella, pero su hermana me pidió que no lo hiciera. «Ya os habéis hecho suficiente daño», fue lo que me dijo y creo que aquello fue como una revelación divina.

El nudo que se le había formado de rabia en el pecho había dado paso a uno de dolor que le impedía respirar con facilidad. Se desabrochó algunos botones más de la camisa y fue hasta la ventana, la abrió y tomó aire despacio.

—No tenía ni idea…

—Claro que no, porque mi orgullo herido necesitaba contar otra cosa. Fui un completo estúpido. La dejé escapar cometiendo un grave error. —Llevaba lamentándose años y cargaba con esa pena en el corazón durante demasiado tiempo ya.

—Puede que tengáis otra oportunidad ahora que os habéis vuelto a ver.

—Ella ya me ha dejado bien claro que no —dijo con la voz quebrada.

—Bueno, si algo sé de la jefa es que es cabezota, pero seguro que puedes hallar la forma de volver a entrar en su corazón.

El teléfono de Frank sonó y él descolgó rápidamente. Se trataba de Helen, a quien había llamado y había colgado de inmediato llevado por la intensa charla con su amigo. Le pareció una idea perfecta lo de la cena y así se lo contó a Michael, que miraba a lo lejos por el ventanal de la sala donde estaban trabajando, aunque él estaba muy lejos de allí. Regresó a Nueva York, al apartamento donde dos jóvenes estudiantes se pasaban las noches estudiando a la vez que trabajaban como residentes en un centro médico cercano a su casa. Volvió a soñar viendo la sonrisa de Maddi, esa que solo le enseñaba a él y que le había dado siempre alas para volar…

9

Maddi se revolvía en la cama inquieta, girando la cabeza de un lado a otro acompañada de movimientos con el cuerpo a la vez que musitaba algunos sonidos incomprensibles para Michael. Sabía bien, sin embargo, lo que estaba ocurriendo: de nuevo estaba teniendo una de sus pesadillas.

—Maddi, mi amor, despierta… —Le costó un poco que lo hiciera, pero finalmente lo hizo con un gran alarido que resonó en la pequeña habitación del apartamento de Manhattan.

—¿Michael? —medio dormida lo llamó y él la abrazó calmándola.

—Ya está todo bien, era solamente un mal sueño, tranquila.

—Odio tenerlas, pero no sé qué más hacer —se lamentó ella.

—No estresarte tanto, te lo han dicho los médicos. Todo es a causa del estrés, mi amor.

—Ojalá fuera tan fácil… —Entonces él se levantó de la cama bajo la extraña mirada de Maddison, que no comprendía lo que sucedía. Regresó a los pocos minutos con una taza de cristal de los que llevaban tapa, un lápiz y papel.

—Vamos a hacer una cosa. Anota aquí lo que pasaba en tu sueño, lo doblas y lo metemos dentro, y así las pesadillas se quedarán encerradas ahí y no podrán molestarte más. —Ella sonrió ante la tontería que se la había ocurrido únicamente para hacerla feliz.

Tomó papel y, tras escribir lo que pasaba en su terrible pesadilla, dobló el papel y lo encerró enroscando la tapa con fuerza.

—Te quiero —le dijo ella agarrando su cara con ambas manos.

El joven médico la besó echándose sobre ella en la cama, sintiendo cómo se estremecía por sus besos. Se le erizó la piel y se deshizo del camisón con rapidez al igual que él de los pantalones que llevaba. Michael besó su cuello lentamente provocando gemidos en su compañera. Ella se aferró a él enroscando las piernas en su cintura.

—Si quieres que siga vamos a tener que deshacernos de la ropa

interior…

Dicho y hecho. Ambos se quitaron la tela que quedaba cubriendo sus cuerpos y ella volvió a enroscar las piernas en su cintura dando acceso a la erección que palpitaba en la entrada de la vagina.

—Vamos, Michael, quiero sentirte dentro ya.

—Estamos exigentes… —Ella le dio con la mano en el trasero y él se estremeció al sentir el azote.

Maddi jadeaba al tiempo que movía las caderas esperando a que se acoplasen. Por fin él entró en ella y la doctora sonrió ante el ataque al que la sometía con sumo placer. La penetraba con fuerza como a ambos les gustaba, disfrutando de los movimientos y del placer que sentían. Era en momentos como esos en los que sabían que estaban hechos el uno para el otro. No se trataba solo de sexo, sino de la fuerte conexión que sentían día a día y la felicidad completa que los embargaba sin poder evitarlo.

10

—Kate, si estás de vacaciones, ¿qué demonios haces llamándome?

—Solo quería saber que nada se viniese abajo en mi ausencia. —Se rieron al unísono.

Mantuvieron una conversación breve debido a las consultas que tenía Maddison ese día y le pidió a su secretaria que disfrutase de su período de vacaciones. Colgó y comenzó a recibir a los pacientes hasta la hora del almuerzo, en la que paró para comer. De nuevo, decidió comer en su despacho. A través de una aplicación hizo el pedido de comida y se lo llevaron en menos de una hora. No le gustaba comer de esa forma, ya que le encantaba la comida casera, pero ese día no tenía ganas de ir al comedor del hospital. Por suerte tenían un servicio de cocina que hacía deliciosos platos muy similares a la comida casera de casa. Después de comer siguió trabajando, a pesar de tener aún un rato de descanso. Dio un salto al ver cómo alguien intentaba entrar en su despacho forzando la puerta. Llamaron un par de veces, y a pesar de preguntar quién era nadie respondió. No obstante, no cejaron en su empeño de querer entrar y de nuevo llamaron. Se dio por vencida y tras inspirar se dijo que si de nuevo tenía que enfrentarse a Michael lo haría con determinación.

—¡Hermanita!

Phoebe estaba al otro lado de la puerta con uno de sus gorros y bufandas a juego de mil colores. Saltó a los brazos de la doctora apretándola tan fuerte que apenas podía respirar.

—Pero ¿qué haces aquí? —Entraron en el despacho y se acomodaron en el sofá elegante junto al ventanal.

—Visitar a mi hermana favorita, ¿no puedo?

—Favorita, no. Es que no tienes otra. —Se rio mientras veía a la recién llegada quitarse el gorro y la bufanda.

—Lo importante es que estoy aquí y pienso quedarme una larga temporada. —Maddison entrecerró los ojos intuyendo que algo ocurría.

—¿Y Graham?

Phoebe se hizo la despistada mirando por la ventana evitando contestar. Si algo la caracterizaba era no ser mentirosa. Podía decirse que era un libro abierto y su hermana mayor la conocía a la perfección.

—¿Phoebe? Confiesa.

—Se ha quedado en San Francisco. Yo me he tomado unas vacaciones y he querido venir a visitar a mi familia y a disfrutar de ella, ya que es algo que pocas veces puedo hacer.

La hermana de la doctora era periodista y no una normal de las que hace su trabajo en un periódico y vuelve a casa. No. Phoebe siempre se había caracterizado por hacer las cosas a lo grande y cuando terminó la carrera se fue a Afganistán, a zona de guerra. A sus padres casi les dio un infarto al enterarse, porque el miedo es irracional y libre, y fluía por sus venas sin control. Maddi también sintió esa punzada de temor, pero sabía que era el sueño de su hermana y además de respetarlo lo aceptó. Eso no quitaba que pasara noches sin dormir preocupada por los últimos ataques a la zona donde ella trabajaba. Con el paso del tiempo se fue estableciendo y llegó el día en el que se mudó a la ciudad de los terremotos, donde trabajaba en un informativo matinal por las mañanas. Su hermana salía en televisión y sus sobrinos estaban más que orgullosos de la tía Phoebe, famosa.

—Cuéntame ya qué ha sucedido antes de que tenga que sacártelo con sacacorchos. Desembucha porque en media hora vuelvo al trabajo.

—A lo mejor no soy yo la que tiene que contar nada y eres tú, querida. El otro día por el móvil no me quedé muy tranquila cuando hablamos. Claro que al ver a Michael por estos pasillos lo he comprendido todo —la neurocirujana resopló.

—Después te lo contaré todo. Ahora, tu turno.

Phoebe inspiró sabiendo que quizá a su madre podía contarle alguna mentirijilla, pero a su hermana mayor era imposible no decirle lo que le estaba sucediendo.

—Lo hemos dejado.

—¿Cómo? —La vida de la periodista solía ser un altibajo de emociones, de idas y venidas, menos cuando conoció a su última pareja con la que llevaba tres años. Eso para su hermana era una relación más que consolidada.

—Pues eso, que ya no somos pareja. Estuvo tonteando con una compañera de trabajo y le pillé. Gritamos mucho, discutíamos a cada segundo y opté por poner punto final a la relación.

—Está claro que para las Stephens las relaciones duraderas no son lo nuestro. —Abrazó a su hermana quedándose en silencio unos momentos.

—Pero eso fue hace cinco meses. Después nos hemos ido viendo a ratos…

Se separó de su hermana tratando de traducir lo que eso significaba.

—¿O sea, que os habéis estado acostando tras romper?

La hermana se levantó deambulando por el despacho sin pararse mucho. Se frotaba una mano con otra para después agarrarse una de las puntas de su corta melena retorciendo un mechón entre los dedos. Señal inequívoca de que estaba nerviosa.

—Graham y yo nos hemos amado mucho, Maddi. Después de dejarlo no podíamos separarnos y yo iba a su casa o al revés. Nos acostábamos, sí, lo hacíamos con tristeza, con rabia y con mucho amor. Seguimos queriéndonos.

—A ver, Phoebe, porque no me estoy enterando de nada. Él supuestamente tonteó con una compañera de trabajo, tú te enteraste y lo dejaste, o al menos peleasteis mucho antes de eso. Después rompéis y no os podéis despegar uno del otro, en el plano físico sobre todo.

Cualquier persona que escuchase hablar a la periodista se sentiría tan perdida como la propia doctora que no comprendía a su hermana. Muchas veces le pasaba, pero aquello había llegado ya a la cumbre del no entendimiento. El silencio las envolvió.

—Tú mejor que nadie sabes que todos tenemos sombras en nuestra vida y a veces en esas sombras hay siluetas de las personas a las que hemos querido. Graham es una de ellas.

Maddison se quedó petrificada al escuchar a su hermana hablar de una manera tan profunda. Pocas veces lo hacía, pues ella decía que pensar de esa forma solo provocaba dolores de cabeza. Sin embargo, por un instante le dio vueltas a aquella idea que vagaba en el aire tras exponerla. Michael, en su caso, era una de esas siluetas que siempre viviría en las sombras de la neurocirujana.

—Ojalá la vida fuese más fácil, ojalá conocer a alguien, enamorarse y que el tiempo fuera el encargado de convertir esa semilla que empieza a germinar en algo duradero para siempre.

—Pero no lo es, Maddi. Tú lo sabes. Ambas tenemos un pasado que nos hace creer que ese amor era idealizado y perfecto cuando no lo es.

El teléfono del despacho resonó rompiendo la tensión que se había ido creando debido a la charla intensa y trascendental.

—Tengo que irme, me acaban de llamar para que vaya a Urgencias. Ve a casa, date una ducha, come algo y esta noche seguiremos hablando, ¿de acuerdo?

Le dio un abrazo rápido, pues no quería hacer esperar al paciente por el que la habían llamado a su despacho. Phoebe tenía brillo en los ojos, lo que significaba que en cuanto saliese por la puerta Maddison se echaría a llorar. Quizá era algo que necesitaba, por lo que su hermana no le dijo aquello que suele decirse de «no llores», porque a veces es necesario echarlo todo afuera y evitar que siga enquistándose lo que sea que nos está matando por dentro.

—Maddi, gracias, pero esta noche no te libras de contarme tu drama.

11

Por suerte el día llegaba a su fin y esa noche más que nunca estaba como loca por llegar a casa y ver a su hermana, quien la había dejado tan intrigada. No se cruzó con Michael de nuevo porque se pasó casi toda la tarde en Urgencias. Tuvo que atender a un paciente de un accidente de tráfico con un grave traumatismo craneoencefálico. Le pidió varias pruebas y estuvo pendiente de él hasta bien entrada la noche, cuando dejó el caso en manos de sus colegas.

Nada más entrar por la puerta escuchó risas estruendosas y supo que Phoebe estaría jugando con sus sobrinos en el salón. Efectivamente allí estaban los tres inmersos en una batalla de cosquillas sin parar de reírse unos y otros. Al ver a su madre fueron a por ella y la cruenta batalla pasó a ser de cuatro en vez de tres. Solo se detuvieron cuando la abuela apareció en escena quejándose de que había estado limpiando el suelo al modo clásico de rodillas con jabón y cera, y no quería que se lo ensuciasen tan pronto.

Cenaron con el interrogatorio de los mellizos a su tía, pues la veían poco y siempre que ella regresaba al hogar les contaba anécdotas de sus viajes de trabajo. Maddi miraba mal a su hermana de vez en cuando al propasarse con sus historias y ser algo más sangrientas de lo que unos niños de siete años deberían oír. Por desgracia la cena tocaba a su fin y los pequeños debían irse a dormir. Ese día eligieron a la tía Phoebe para contarles el cuento en vez de hacerlo su madre, quien cedió el turno, encantada, al ver lo felices que eran con ella.

—No sé cómo aguantas un día entero con ellos.

—¿Un día? —se rio la doctora—. Veinticuatro horas los trescientos sesenta y seis días del año, querida hermana.

La recién llegada se tumbó en la cama de Maddison sin dejar apenas espacio para la dueña del colchón. Como pudo buscó su espacio y acarició la espalda de Phoebe como cuando eran pequeñas y una a la otra hacía el mismo gesto con cariño.

—Ya que yo hoy te he contado lo mío, es tu turno. Desembucha.

¿Qué hace mi cuñado trabajando en tu hospital?

—Excuñado —apostilló la neurocirujana, quien sabía que siempre se adoraron uno y otro, aunque era difícil no hacerlo, pues Phoebe era un verdadero tesoro.

—*Ix ciñidi*.

Phoebe imitó a la hermana burlándose de ella, provocando una pelea fraternal de las que tenían desde que eran pequeñas a golpe de almohada. Unos minutos más tarde dejaron los almohadones antes de que se rompieran y las plumas cubrieran toda la cama.

—Ahora en serio, dime qué hace por aquí.

—Pues ha venido a trabajar en la investigación de Frank sobre los aneurismas cerebrales. No me preguntes cómo ni por qué. No tengo la menor idea y tampoco he tenido las ganas de preguntar —tragó saliva aún costándole mucho hablar sobre él.

—Es que ya es casualidad…

Maddison se puso en pie y caminó hasta el escritorio donde tenía fotografías de sus pequeños sonriendo.

—Lo único que quiero es que pasen los meses y se marche.

Su hermana se fijó en cómo miraba las fotos y la forma en que le cambió el semblante. Estaba triste, con esa mirada con la que llegó siete años atrás de nuevo a la casa donde se crió. Caminó hacia ella y le quitó la imagen de sus sobrinos de las manos para fijarse en ella.

—Entiendo que no sabe nada —preguntó haciendo alusión a los mellizos.

—Ni que lo sepa, por el amor de Dios. Ojalá me hubiera consultado Frank antes de contratarle, pero ¡qué sabía yo que iba a ser Michael!

Escondió el rostro entre las manos desplomándose sobre la silla blanca junto al escritorio. Sentía que le faltaba el aire solo de pensar que pudiera descubrir que tenía dos hijos que desconocía por completo. No se le iban de la mente las conversaciones hace años con él en las que hablaba de los niños de los demás como un estorbo e incluso llegaba a asegurar que jamás traería niños a ese mundo actual.

—¿Y no has pensado que quizá haya cambiado de opinión respecto a ser padre?

Suspiró pensando que aquello pudiera ser una realidad. Mil millones de veces lo había deseado así, pero Michael conocía a los amigos de Maddi y podría haberla buscado a través de ellos. Nunca lo hizo. Jamás fue a buscarla y en el fondo era lo que más le dolía.

—Qué más da pensar eso, Phoebe.

—No da igual. De hecho, puede que el destino os haya hecho reencontraros para que volváis a estar juntos.

—Sí, y que vivamos felices los cuatro en un rancho de Kansas criando animales siendo la idílica familia feliz —contestó con ironía.

Su hermana se sentó a los pies de la cama sabiendo la lucha interna que sufría la doctora. Toda su vida se había sacrificado y se había esforzado mucho por poder llegar a alcanzar sus sueños. Uno de ellos era ser la neurocirujana maravillosa que era, pero también sabía de sobra que la otra era formar una familia con el hombre que amaba. Ese era el médico neoyorquino.

—Si eres una cabezota como siempre no cumplirás tu sueño de tener esa familia feliz…

—¡Tengo una familia feliz! ¿Por qué crees que no? —preguntó sorprendida.

—Pero no es la familia que tú quieres. Papá y mamá un día ya no estarán. Yo haré mi vida a saber dónde y tú tendrás a esos dos pequeños contigo hasta que crezcan y quieran hacer su vida. Además, ¿crees que no te conozco?

Maddison la miró frunciendo el ceño, pues no sabía a qué se refería.

—¿Crees que no sé que te mueres por ese hombre? Tú nunca jamás has superado esa historia. Tú amas a ese hombre por encima de todo, siempre lo has hecho y él ha sido tan importante para ti que sigues enamorada. ¡Por el amor de Dios es el padre de tus hijos!

—¡Ya basta! No quiero seguir hablando de eso. Prefiero que hablemos de Graham y de ti.

Se creó un ambiente tenso roto exclusivamente por el llanto de uno de los niños. Maddi salió del cuarto sin decir nada más a su hermana. Cuando llegó a la habitación de Jayden lo vio sobre la cama destapado y con la cara empapada por algunas lágrimas.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Has tenido una pesadilla? —El niño asentía agarrándose a su madre, que lo consolaba meciéndole suavemente.

—¿Abrimos el tarro de los sueños malos?

La doctora dejó al pequeño en su cama un instante y fue hasta el armario donde guardaba un jarro de cristal con tapa donde metían un papel con los sueños feos que asustaban a sus pequeños. Le ayudó a escribirlo y lo introdujeron ambos almacenándolo con otros pedazos de papel. Lo cerraron y la madre lo dejó en la mesita. Abrazó a su hijo y se tumbó junto a él en la cama sin poder evitar que una lágrima traicionera rondase por su mejilla al pensar en la

persona que ideó aquello del tarro de las pesadillas.

12

Nada más abrir la puerta de su despacho casi se atragantó con el café, pues se encontró con los ojos de Michael, que estaba sentado en su silla. Un cirujano arrebatador enfundado en un elegante traje con la bata de médico incluida le brindaba una cálida sonrisa. La primera idea que cruzó su mente fue salir corriendo, pero ya era tarde para eso.

—Buenos días, Maddi —la saludó.

—¿Se puede saber qué demonios haces en mi despacho? ¿Quién te ha permitido entrar?

Durante un segundo tuvo miedo al pensar que había podido cotillear en sus cajones donde guardaba dibujos de sus hijos e incluso un par de fotos que no le había dado tiempo a enmarcar para colocarlas sobre el escritorio.

—¿Esa es tu forma de dar los buenos días?

Se levantó abrochándose el botón de la chaqueta y retirándose para que ella pudiera sentarse. Le quitó el café y la bolsa de papel con los bollos, pues aparte llevaba varias carpetas que a punto estaban de caérsele.

—El chico que sustituye a tu secretaria me ha dejado entrar. Necesitaba hablar contigo y, como sé que si pido audiencia no me vas a recibir, no me has dejado otra alternativa.

Lo miró durante una centésima de segundo. Seguía siendo el tipo encantador del que se enamoró como una cría en la universidad. Se sentó algo incómoda dejando las carpetas y el café.

—¿Me das mi desayuno? —Él movió la bolsa abriéndola.

—¿Esto? Veamos qué hay dentro —la doctora se molestó, pues ya se había pasado de la raya entrando en su despacho sin su permiso como para hurgar en su desayuno.

—¡Dame eso de una vez, entrometido!

Se lanzó sin calcular la distancia, perdiendo el equilibrio. El médico tuvo que sujetarla con una mano mientras en la otra mantenía alejada la bolsa de ella, haciéndola rabiar. Ese iba a ser su objetivo hasta que ella se rindiese, bajara las defensas tan altas que

había erigido y pudiera acceder fácilmente, aunque fuera por una mínima rendija. Estaban tan cerca uno del otro que Maddi no podía distinguir si el latido que escuchaba acelerado era el suyo propio o el de él. Se mantuvieron la mirada y por un momento fue débil. Deseó que sus labios se acercasen a los de ella y acabar con aquella tortura.

—Lo sé, Maddi. No te resistas más…

Y antes de ceder se separó de Michael con violencia alejándose lo más que pudo. Fue hasta el otro extremo del despacho sin dejar de tocarse la cabeza alarmada por lo que había estado a punto de hacer. Se calmó y tras inspirar y espirar un par de veces le miró muy seria.

—Si no me vas a dar mi desayuno te puedes marchar. Tengo mucho trabajo e imagino que tú también.

De repente el teléfono móvil sonó en el interior de su bolso. Ambos dirigieron la vista hasta allí, él esperando que descolgara y ella rogando que no fuera nada relacionado con sus hijos. ¡Premio! Nada más y nada menos que una videollamada de su madre seguramente llevando a los pequeños al colegio. A veces lo hacían de camino porque no veían a su madre hasta bien entrada la tarde e incluso en ocasiones no la veían, ya que se iban a dormir antes y la extrañaban.

—¿No vas a responder?

—Creo que no es asunto tuyo —dijo firmemente mientras lo puso en silencio para que continuara sonando.

—¿Algún marido o novio que deba conocer?

—Sigue sin ser cosa tuya. —Encendió el ordenador bebiéndose el café tranquilamente, aunque estaba hecha un manojo de nervios.

Michael comprendió que se había pasado bastante, pues acababa de llegar y no la estaba dejando asimilarlo, pero es que esa mujer lo volvía loco. Siempre lo había hecho y verla tras siete años… había cambiado, algo en ella era distinto y seguía enamorándolo por completo. Le entregó la bolsa y se dirigió a la puerta para encerrarse en el laboratorio donde trabaja junto a otros compañeros en el proyecto por el cual estaba realmente en Kansas.

—Lamento haberme entrometido. Solo era curiosidad.

—Ya sabes que la curiosidad mató al gato. No te arriesgues —bromeó la neurocirujana sin apartar la vista de la pantalla mientras leía los correos electrónicos que tenía acumulados.

Por fin el médico abandonó el despacho y ella pudo respirar tranquila. Se echó en la silla encorvándose un poco. No iba a ser capaz de aguantar seis meses al lado de aquel hombre. Recordó que

había puesto el móvil en silencio y llamó a su madre, pero no contestaba. Miró el reloj y vio que debería estar llegando al centro escolar. Más tarde se pondría en contacto con ella. Decidió centrarse en el trabajo y así evitaría pensar en Michael durante un rato.

Lo que la jefa de Neurocirugía no sabía era que su hermana Phoebe había optado por indagar en la vida del médico que robó el corazón a la doctora ese mismo día. No le había contado a su familia toda la verdad. Se limitó a decirles que estaba de vacaciones y a Maddi que había roto con Graham, pero había muchas lagunas en su historia que por el momento no iba a compartir. Esa soleada mañana del mes de septiembre decidió subirse a la moto de su adolescencia para presentarse en el hospital y buscar a su excuñado.

Michael y ella siempre se llevaron a las mil maravillas. La periodista pasaba temporadas en Nueva York y se alojaba en el apartamento donde vivían ambos doctores. Congeniaron a la perfección desde el primer día. De hecho, para Phoebe era como el hermano que nunca tuvo. Cuando le ocurría algo en vez de llamar a su propia hermana lo buscaba a él. Le daba consejos, la animaba y trataba siempre de ayudarla. Y cuando él se peleaba con Maddi era su cuñada quien mediaba entre ellos a pesar de ser la hermana. Por ese motivo se dijo que tenía que ir al centro hospitalario al que él se había trasladado por una temporada para averiguar si aquel amor de juventud que arrasó en sus vidas seguía llameando en sus ojos como lo hacía en la mirada de su hermana.

—No me puedo creer que haya médicos tan guapos en este hospital. ¡Cómo ha mejorado este sitio! —chilló al ver a unos metros a su excuñado.

—¿Phoebe?

A él se le iluminó la mirada al verla y fue hasta ella cogiéndola en volandas en mitad de un pasillo. Frank, que estaba a su lado, se quedó petrificado al observar la escena, ya que no conocía a la chica.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no te parece? —Él se encogió de hombros.

—¿Michael?

El compañero de investigación prometido con una mujer maravillosa se acercó como las abejas a la miel al ver a Phoebe y el neurocirujano, como buen excuñado, se encargó de que no le tirase los tejos.

—Disculpa, me tomo un descanso. Luego nos vemos.

—Pero…

Y no le dio tiempo a pedirle que le presentase a la jovencita, pues se alejaron veloces por el fondo del pasillo. Llegaron a la cafetería donde se tomaron un café para ponerse al día.

—No sabía que vivías aquí, en Kansas.

—De hecho, no vivo aquí.

—¿Entonces?

Phoebe no pudo evitar ser consciente de cómo lo miraban las mujeres que estaban a su alrededor en otras mesas. Ya podía darse prisa su hermana antes de que algunas de ellas se lanzase sobre él.

—Vine ayer en realidad. Hacía tiempo que no disfrutaba de estar con la familia y… bueno… —Mareando el café bajó la vista y Michael supo que algo estaba ocurriendo.

—Mírame a la cara. —Ella alzó el rostro encontrándose con el suyo—. Dime qué pasa.

Ella suspiró temiendo soltar todo aquello que llevaba guardado tanto tiempo y que temía explotaría como una bomba de relojería. Se puso nerviosa, pero él posó su mano sobre la de la chica a la que tanto cariño tenía insuflándole las fuerzas que necesitaba para hablar.

—Estoy embarazada.

El neurocirujano se quedó perplejo, pues ella siempre se había pronunciado respecto a ser madre diciendo que las mujeres eran algo más que eso. Se sentía orgullosa de ser una mujer que no necesitaba tener hijos para ser quien era. Esa había sido siempre su elección.

—¿Enhorabuena? —le preguntó, pues a juzgar por el brillo de sus ojos no sabía si felicitarla.

—Supongo…, no sé qué hacer, Michael. Estoy tan perdida.

—¿Quién es el padre?

—¿Acaso importa? —contestó la periodista.

—Creo que bastante.

—Se llama Graham. Llevamos juntos tres años. Trabaja en la redacción de mi trabajo y hemos sido tan felices… —dijo con un tono lastimero.

—¿Hemos? ¿Ya no lo sois?

—Le vi tonteando con una compañera que me odia literalmente y que está deseando que yo falte para ocupar mi lugar. Él sabe de mis rencillas con ella y se pone a flirtear con la pelandrusca cuando es mi pareja—había dolor en sus palabras sin duda.

—Phoebs —la llamó cariñosamente como tantas veces había hecho—, ¿él sabe lo del embarazo?

La chica le miró a los ojos con culpabilidad. Negó con la cabeza y se encogió en la silla con el nudo apretándole fuerte la garganta.

—¿Y no consideras que tiene derecho a saberlo? Que yo sepa ha habido dos en la concepción de ese bebé.

Por un momento le pareció irónica aquella frase pronunciada por Michael, pues ella le había dicho lo mismo a su hermana siete años atrás cuando supo que estaba embarazada. Seguramente a él le hubiese gustado saberlo, al igual que sabía que Graham se merecía tener conocimiento de aquel bebé.

—No sé si quiero tenerlo… —se precipitó a decir.

—Aun así, él debe saberlo. Es su derecho, Phoebs. No es un bebé que has decidido tener tu sola yendo a una clínica de fertilidad ni has optado por adoptarlo. Tiene un padre. ¿Y si él quiere saber de su existencia? ¿O si simplemente quiere acompañarte en el proceso sea cual sea?

A ella siempre le costó mucho mantener secretos con su querido excuñado y le estaba costando la vida no decirle que él mismo era padre de dos niños mellizos maravillosos de los que seguro se enamoraría nada más verlos.

—Bueno y tú, ¿se puede saber qué demonios haces trabajando en el mismo hospital que Maddi?

—Te aseguro que no ha sido nada premeditado. Ha sido una absoluta y abrumadora coincidencia —confesó alegre.

—¿Y…? ¿Qué piensas hacer?

—Ojalá pudiera hacer algo, pero ya conoces a tu hermana. Dios, Phoebe, yo todavía sigo en shock habiéndola encontrado después de lo que me costó olvidarla. —La chica se reclinó en el asiento y miró fijamente al médico.

—¿Olvidarla? A Maddison podrás engañarla, pero a mí no. Tú no la has olvidado, lo veo en tus ojos al hablar de ella.

—Lo sé, maldita sea, lo sé. Estos años he tenido alguna que otra relación, pero, ninguna ha llegado a nada y todo porque sigo enamorado como un condenado de tu hermana.

El corazón de Michael incluso se aceleraba al pensar en la mujer rubia que poblaba sus sueños día a día. Durante siete largos años quiso olvidarla con otras, pero fue misión imposible. Ella era sin duda la mujer de su vida.

—Pues si la vida os ha dado esta nueva oportunidad, ve a por ella. No te rindas y lucha.

—Estoy confundido. Creo que hay alguien en su vida. Esta mañana le sonó el teléfono y no quiso cogerlo delante de mí. Al mirar la pantalla me ha parecido ver que se le enternecía la mirada.

—La tía de Jayden y Alice sabía que era su madre quien la había estado llamando, pues ella iba en el coche con los pequeños—. No quiero entrometerme en nada, Phoebs. Si hubiera conseguido hablar con ella cuando volví a buscarla…

—¿Cuándo hiciste eso?

—Hace siete años vine aquí, a vuestra casa, pero tus padres me echaron diciendo que Maddi no quería saber nada de mí. Tú tampoco estuviese muy comunicativa conmigo y no pude hacer más.

La joven periodista no daba crédito a lo que escuchaba. Tanto ella como su hermana pensaron siempre que Michael no había ido tras ella. ¿Cómo habían podido sus padres ser tan fríos y no darle ni siquiera el beneficio de la duda? Dejarle hablar con ella, aunque fuera una última vez.

—¿Phoebe?

La jefa de Neurocirugía nombró a su hermana en voz alta sin ser consciente de ello hasta que las palabras salieron por su boca. Su hermana sentada en la misma mesa junto al hombre que amaba. Eso no podía salir bien. Solo esperaba que, a ella, que no podía guardarse un secreto, no se le hubiera escapado nada sobre los mellizos o la mataría.

13

—Bueno, creo que es hora de irme. Gracias por ese café y ya sabes…, chitón. —Le dio un beso en la mejilla y se largó de allí saludando con la mano a su hermana.

Maddison no podía salir de su asombro al ver sentada a su hermana en la misma mesa que Michael. Cuando la joven periodista se acercó a ella solamente para decirle adiós ella abrió la boca queriendo hablar. Se fue sin más mientras el padre de sus pequeños no dejaba de mirarla. Maldición, podía derretirla con esa mirada. Fue inútil querer avanzar pues él ya se estaba encaminando hacia la doctora.

—¿Has venido a tomarte un descanso? Quien lo diría…

—Yo… —No se le ocurría nada.

—Acompáñame a tomar un café entonces. —Le señaló la mesa donde había estado con su excuñada y no pudo resistirse.

Se sentó alejando la silla para que el aroma del perfume que llevaba no se le colara por las fosas nasales hasta el fondo del corazón. Recordaba el olor, pues Michael era un hombre de tradiciones y durante años tuvo la misma colonia, a pesar de que ella le regalaba otros perfumes. Nada. Él se negaba a cambiar porque le gustaba mucho la que siempre usaba.

—Ya hemos empezado con el trabajo y por lo que veo en este hospital no descansáis ni un segundo.

—¿Y qué esperabas? No es muy diferente a Nueva York. Si creías que por ser un lugar más pequeño iba a ser más tranquilo, estabas equivocado. —Él se arrimó aún más a ella mareándola con el olor de la colonia que inevitablemente se había colado por su nariz.

Maddi miró a su alrededor y se percató de que algunas de sus compañeras no dejaban de mirar de reojo a donde estaban sentados, pero no se fijaban en ella precisamente. Siempre había sido un tipo muy atractivo con bastante éxito entre las mujeres. Ella se removió inquieta en la silla y carraspeó.

—Voy a por un par de cafés. ¿Me prometes que no te irás?

Ella asintió y observó cómo un par de doctoras que ella conocía se acercaron a flirtear con él. Le molestó sobremanera. Sabía que no tenía derecho a molestarse, pero no podía evitar esa sensación. Cuando volvió estaba más seria que antes.

—Este sitio es bonito, tranquilo. Entiendo que vinieras aquí, aparte de refugiarte en tu familia.

—No quiero hablar de eso. —Él asintió, respetándola.

—Si lo prefieres podemos hablar de lo guapa que estás.

Aquello no estaba bien. Maddison debía cumplir con su papel de jefa del departamento de Neurocirugía del hospital de Topeka y limitarse a ser cordial y amable. No podía permitir que irrumpiera en su vida poniéndola patas arriba.

—No sigas por ese camino si no quieres que me levante y me marche —le dijo estirándose todo lo que pudo.

Michael la buscaba con la mirada pues ella hablaba y se la retiraba mirando a todos lados menos a los ojos de él.

—Para que quede claro: no soy la misma chica de veintipocos años que conociste. Las cosas son muy diferentes ahora. Olvídate de mí. Todo ha cambiado por completo, un giro de ciento ochenta grados. Ahora soy más madura, vivo feliz en el rancho familiar, soy la jefa en el hospital de la especialidad de Neurocirugía y no necesito que me rondes, que ligues conmigo. Hay muchas mujeres interesadas en ti. Ya lo habrás notado.

—¿Estás celosa?

La doctora bufó sabiendo que aquello no iba a ir a ningún sitio. Miró el móvil que tenía en el bolsillo de la bata blanca que se ponía nada más llegar al trabajo para después guardarlo en su mismo lugar.

—Está bien, no insistiré.

Maddi se levantó para marcharse cuando él la agarró un instante por el brazo y ella emitió un pequeño grito, asustada. Se giró encontrándose con la mirada de Michael y su aroma… ¡por Dios, ese aroma!

—Tuve el gran honor de conocer a esa mujer y de amarla hasta el extremo. Por nada del mundo querría olvidarme de ella.

No podía soportar el contacto con él, pues el mínimo roce la ponía nerviosa y le entraban deseos de lanzarse a sus brazos y besarlo como ocurrió en su despacho. No podía mentirse a sí misma y ella reconocía los sentimientos que tenía por él.

—Michael, por favor…

La soltó muy a su pesar, ya que notaba que se estaba agobiando y cuando eso le pasaba se bloqueaba y no acertaba a hablar ni a

pensar. No era lo que él pretendía.

—¿Eres feliz entonces?

—Más que nunca, incluso más que cuando estábamos juntos.

El doctor neoyorquino sintió como si le clavasen una puñalada en el corazón sangrando sin remedio. Echó un paso hacia atrás y, a pesar de tener mil ojos puestos en ellos, no le importó.

—¿Hay alguien más en esa vida tan feliz? —quiso saber usando la ironía, dolido.

—Sí —contestó ella sin mentir.

Fue entonces cuando él guardó silencio tratando de asimilar aquel monosílabo que quería decir que ya no había cabida en su vida para él. Maddi no hacía caso a los latidos frenéticos de su corazón y a su conciencia que le pedía que retirase aquella palabra y le dijera que no era verdad. En el fondo quería decirle que durante siete años nadie había ocupado su corazón porque él se apropió de él un día y nunca más se fue.

—Entiendo que lo quieres.

—No te imaginas cuánto, más que a mi propia vida, más que a ti cuando estábamos juntos —respondió conteniendo el aire en los pulmones arrepentida por no poder decirle que lo seguía queriendo a él.

Un silencio más espeso circuló a su alrededor.

—Entonces no me entrometeré más. Siento si te he molestado estos días.

Michael se rindió hablándole con un tono frío como un puñal, como ese que sintió le clavaban a él al escucharla. Se alejó de allí aún con las miradas de otras mujeres puestas en él. Quizá era lo mejor. Seguramente así podría fijarse en alguna de ellas y hacer su vida con alguna. Maddison se moriría al tener que verlo, pues no podía negarse el amor que seguía inundando su pecho al estar cerca de él. Sin embargo, no le mintió en ningún momento, ya que había dos personas a las que quería más que a su propia vida.

14

Nueva York en invierno era uno de los lugares más mágicos que había. Maddison se había criado en un lugar soleado, entre praderas y vida de campo. Cuando llegó a la ciudad de los rascacielos para estudiar Medicina todo le sorprendía. Sentía que no encajaba en aquel lugar, esa cosmopolita ciudad le venía grande. Sus padres la acompañaron para conocer la residencia y la universidad donde iba a estudiar. Phoebe todavía era pequeña y se quedó en la casa familiar junto a los abuelos que entonces aún vivían.

Tuvo distintas compañeras de cuarto a lo largo de todos los años de estudio hasta que se fue a vivir con Michael. Una chica de Oklahoma fue con quien compartió el primer año, pero no fue nada sencillo. Decidió que cada una comprase su comida y en la nevera ponía etiquetas con su nombre a todo lo suyo. Maddi prefería que entre las dos compartiesen los gastos, pero la otra se negó en rotundo. La cosa se complicó tanto que incluso una vez la acusó de comerse su comida cuando al final resultó que el ligue de turno de la compañera era el que le robaba la comida y se la llevaba a su habitación para comérsela con sus amigos para así evitar esos gastos. ¡Un caradura en toda regla!

El segundo año llegó otra chica, pues la muchacha rara o «Doña Etiquetas», como la futura doctora la bautizó, se fue a otra universidad. No supo nunca el motivo, pues desde que la acusó de quitarle la comida la cosa se tergiversó y apenas se trataban. Por suerte la siguiente chica era más normal, aunque tuvieron trato escaso al estar más en la habitación de su novio que en la suya propia con Maddison. Tras la primera experiencia incluso la alivió.

Y ya no hubo más compañeras, pues se fue a vivir con Michael a un modesto apartamento. Estuvieron conviviendo en ese pequeño espacio varios años y fue realmente un hogar para ellos. No tenía más de cincuenta metros cuadrados y un cuarto, pero a ellos les sobraba. Para ella fueron los mejores años de su vida. Ambos estudiaban y trabajaban unas cuantas horas, hacían trabajo voluntario, las prácticas… apenas les quedaba tiempo libre, pero

estaban felices pues compartían la misma pasión: convertirse en los mejores neurocirujanos. Maddison conoció algunas chicas en sus años neoyorquinos que se convirtieron en buenas amigas y estas no compartían la misma suerte de tener una pareja como ella que comprendiese su amor por la medicina. Por lo tanto, eso acababa siempre mal.

Fue con una de ellas con la que fue a la fiesta donde conoció a Michael. La chica en cuestión se llamaba Caroline, aunque ella la llamaba Carol. Era estudiante de Medicina al igual que Maddison y se conocieron en el primer año de universidad. A ella no le gustaba perder el tiempo en salidas, pero siendo el cumpleaños de su amiga no pudo negarse y accedió acompañarla esa noche sin saber que iba a marcar un antes y un después en su vida.

15

Phoebe no se había ido del hospital aguardando a su hermana, ya que prefería llevarse la bronca allí y no en casa para así evitar los cotilleos de su madre. La esperó en la puerta del despacho, pues la chica que sustituía a Kate no la conocía y no la dejó entrar en su interior. Mientras la esperaba cogió el móvil y vio los mensajes de Graham al que había dejado con una nota. ¡Qué manera más cruel de romper una relación! Quizá fue producto de las hormonas de mujer embarazada que la hicieron ver fantasmas en aquel inocente coqueteo con la redactora del programa, pero a ella le dolió porque se llevaba fatal con la chica. Su pareja lo sabía y no le importó o, al menos, no lo pensó. Hizo las maletas y le dejó aquel papel manuscrito donde le decía que, a pesar de quererlo, había cosas de él que le dolían mucho y no podría estar con esa persona. Siempre se caracterizó por ser una persona exagerada y a lo mejor había llevado las cosas al extremo, pero saber que estaba embarazada también la había asustado mucho. Comprendió a la perfección a su hermana mayor siete años atrás cuando se plantó en el rancho con las maletas y dos bebés en camino.

Cuando vio aquellas dos rayitas en el test de embarazo que se hizo sintió un nudo en el estómago que apenas le permitía tragar. Graham estaba en la habitación roncando sin tener la menor idea de nada. Deseó poder llamarle y contárselo, pero ya había pasado lo de la redactora y se sentía traicionada por él, asustada por el embarazo y enfadada por haberse quedado embarazada sin desearlo. A él le hacía gracia lo de tener un hijo, pero Phoebe nunca se lo había planteado porque se sentía un alma libre que iba de aquí para allá. Trabajar en diferentes países, incluso en esos que estaban en guerra, le hacían sentir viva y completamente feliz. Orgullosa de su trabajo, mujer empoderada que no necesitaba de nadie para sobrevivir. Por eso cuando le conoció y se enamoró como una loca de él tuvo miedo. Nos crían de tal manera que nos hacen sentir que no necesitamos de un hombre para vivir, aunque eso no es del todo cierto. Phoebe lo necesitaba, pero no para pagar las facturas sino

para ser feliz. Por sí sola se sentía completa, pero emocionalmente era parte importante en su vida, ya que él completaba esa felicidad que inundaba su vida.

—¿Vas a contarme qué hacías tomándote un café con ese?

Llegó su hermana y dejó de pensar en todas las bombas que se agolpaban en su mente agobiándola e incluso a veces impidiéndole respirar con facilidad. Entró en el despacho tras ella, y a juzgar por los bufidos de Maddison, estaba incendiada. Apenas le dio tiempo a sentarse cuando la gran neurocirujana volvió a la carga.

—¿Cómo vienes a tomarte un café con él? ¿No se te habrá ocurrido decirle lo de Jayden y Alice? ¡Porque te mato! Juro por Dios que lo haré. Phoebe, te quiero mucho, pero no pienso poner a mis hijos en esa situación.

—Lo primero, cálmate, que te va a dar un infarto. Segundo, sabes que siempre he tenido una excelente relación con Michael y me apetecía volver a verlo. Y tercero, ¿por quién me tomas? Yo jamás haría nada que te provocase un problema. ¿No confías en mí?

Maddison circulaba por el despacho como atrapada, y es que era exactamente así cómo se sentía. Desde que su expareja llegara al hospital apenas había podido conciliar el sueño e iba por los pasillos con miedo a encontrárselo.

—No he necesitado más de un día para darme cuenta. —Exhaló el aire sentándose.

—Para darte cuenta de que lo quieres, ¿verdad? —Ella asintió, desolada.

—Sé que debería haberlo superado, pero es que no puedo…

Phoebe fue hacia ella y se agachó colocándose a su altura.

—Huirle no es la solución. Entiendo que no quieras declararte así de buenas a primeras, pero tienes que trabajar con él, porque por si no lo recuerdas eres la jefa de Neurocirugía de este sitio y tienes que supervisar el proyecto en el que está inmerso.

—¿Pero y cómo lo hago si hoy cuando me ha pillado en la cafetería me temblaban las piernas y no paraba de latirme el corazón a mil revoluciones por milisegundo?

Su hermana se levantó pues se estaba haciendo polvo las rodillas. Se sentó en el sofá dando una palmadita en él para que fuera hasta allí con ella. Maddi así lo hizo.

—Él sigue loco por ti. Lo he visto en sus ojos y después me lo ha confirmado.

—Ese no es el problema, Phoebs. El quid de la cuestión son dos niños de siete años de los que no tiene la menor idea y de los que seguramente no quisiera saber nada. Michael nunca deseó tener

hijos. ¡Por Dios, sabes que ese es el asunto! Esa es la razón por la que tuve que dejar a la persona que más he querido en mi vida.

—Y la única… —la escuchó susurrar.

—Pues sí, la única. Yo no he conocido a nadie más y tampoco lo he querido. Él fue la primera persona de la que me enamoré, mi primer amor, pero es que hay gente que con eso les basta. No necesitan nada ni a nadie más.

Su hermana asintió sabiendo que era alguien muy tradicional, de esas que piensan que no puedes acostarte con un tío sin tener algún sentimiento hacia él y que ve extraño cómo hay personas que sienten una fuerte atracción sexual y se lanzan uno en brazos del otro. Era muy diferente de ella, que había tenido varios novios oficiales y muchos más ligues o rollos. La noche y el día las hermanas Stephens.

—Bueno, no voy a hurgar más en la herida, que por cierto sigue sin cicatrizar. Yo solo quería verle después de tantos años porque le tengo un cariño inmenso. Sabes que para mí siempre fue como un hermano mayor. Por supuesto, no le he hablado de mis adorables sobrinos, a pesar de tener yo una opinión bien distinta a la tuya.

La doctora posó su mano sobre la de la periodista entrelazando los dedos una con otra. Se sonrieron para después abrazarse. Phoebe la entendía mejor de lo que ella pensaba, pero aún no estaba lista para soltar la bomba de su embarazo. Quería poder disfrutar todavía de unos días de descanso en casa con su familia y después ya vería qué hacer con todo aquello que revoloteaba sobre ella. Se despidió de su hermana, que tenía una agenda apretada ese día, pero antes de marcharse quiso saber algo.

—¡Phoebe! —Esta se giró—. Cuando quieras hablar bien de lo que ha pasado con Graham sabes que mi puerta siempre está abierta.

Su hermana asintió sabiendo que era cierto, pues siempre había estado ahí para ella. Nunca le había fallado o defraudado, al revés que ella, que en alguna ocasión se había largado a otro país a trabajar dejándola sola. Las oportunidades nunca podían dejarse escapar según decía su padre, aunque el mundo de otros se estuviera derrumbando, tenía que seguir con el suyo propio.

Volvió a la computadora para ver el informe médico del siguiente paciente que entraría en su consulta e hizo lo que mejor se le daba: olvidarse de su mundo para concentrarse en sus pacientes que la necesitaban con todos los sentidos alerta. Al cien por cien, no se merecían menos que eso.

Al mediodía recibió un mensaje de Frank, que le pedía accediera

al laboratorio donde estaba trabajando su equipo, entre los que estaba Michael. Antes de ir pidió algo rápido en la cafetería para comer y subió a su despacho, que a veces parecía una cueva donde esconderse, y comió tranquila. Recordó lo que le dijo Phoebe de no huirle más y se dijo que debía hacer un titánico esfuerzo, porque la investigación lo merecía. El hospital estaba invirtiendo una cantidad de dinero generosa y confiaban en ella. Ese trabajo sobre los aneurismas cerebrales eran clave para seguir confiando en ella como jefa de Neurocirugía o sustituirla por alguien más. Desde que aceptó el cargo el nivel de estrés se había incrementado en un trescientos por ciento, veía menos a sus hijos y muchas cosas dependían de ella. Cuando soñaba con ser neurocirujana nunca pensó en ser jefa, pero al entrar en aquel lugar y ver la oportunidad se dijo que el miedo era para los cobardes. No obstante, a veces se sentía mal, en especial por todo el tiempo que le robaba el trabajo en el hospital.

Llegó al laboratorio y se sorprendió al no ver por ningún lado a su exnovio. Un alivio le recorrió el cuerpo. Eso le hizo caminar con aplomo y seguridad hacia Frank, quien le empezó a hablar de los avances que llevaba mientras le enseñaba gráficos y documentos. Al poco vio entrar a otra de las doctoras inmersa en aquella investigación. Se trataba de Loren, una muy buena profesional que también aspiraba a ser la jefa de Neurocirugía y que, al no ser la elegida, había desarrollado un odio extremo hacia su persona.

—Vaya, vaya, qué inmenso honor tenerte por aquí —le dijo al verla.

—Ya sabes que estoy muy ocupada, pero a la vez estoy involucrada en este proyecto que está desarrollando el hospital como jefa de Neurocirugía.

—Maravilloso, querida… —Se acercó un poco más a ella para que Frank no pudiese escucharla—. Y magnífica contratación la del nuevo neurocirujano. Te felicito.

Maddison vio claramente sus intenciones y sintió rabia por no poder decirle que Michael había sido su novio. ¡Más que eso! Era el padre de sus hijos, la persona que le había calado tan hondo que sabía que jamás volvería a enamorarse como de él. Por desgracia aquella mujer era de las insistentes y cuando veía a un hombre que le atraía no cejaban en su empeño hasta conseguirlo.

—Porque… entre vosotros no hay nada, ¿cierto?

—Absolutamente nada —respondió con rapidez, aunque hubiera deseado decirle que no se acercase a él ni a cinco metros de distancia.

—¡Fenomenal! Hoy he empezado a flirtear con él y hemos comido juntos. Solo puedo decirte que en unos meses te invitaremos al enlace matrimonial. —Le guiñó un ojo y se alejó de allí para hablar con otros médicos.

La jefa de Neurocirugía estaba que explotaba. Le creaba una inmensa impotencia verla tan triunfante y segura de sí misma. Por desgracia no podía hacer otra cosa más que tragar y seguir actuando como si aquello no le afectase. Se despidió de Frank pidiéndole que la avisara de cualquier avance y salió tan rápido de allí que al salir se topó con alguien tirándole varias carpetas al suelo.

—Lo siento…

—No pasa nada —respondió Michael al ver cómo le ayudaba a recoger todos los folios desparramados por el suelo.

—Ah, eres tú. Adiós.

No se paró a ayudarle como si sintiera que de alguna manera la estaba traicionando. Su cabeza era una locura. No podía echarle la culpa de nada y más cuando él había tratado de acercarse a ella miles de veces en tan pocos días. Él no entendió su reacción. Se la veía realmente enfadada. Recogió con rapidez todas las carpetas y las dejó en una de las mesas al entrar en el laboratorio. Se dio la vuelta con rapidez persiguiendo a la doctora, y cuando la alcanzó tiró de ella llevándola a las escaleras por donde pasaba poca gente.

—Pero ¿qué demonios…?

—Eso digo yo, Maddi. ¿Qué te sucede? Hablo contigo y eres fría como el hielo, te beso y me dices que no te afecta lo más mínimo cuando sé que es al contrario. Me ruegas que te deje en paz porque hay alguien en tu vida y ahora me vuelves a echar la mirada que me echabas cuando te cabreaba por haber hecho algo mal. ¿Qué he hecho ahora?

Ella apenas podía pensar teniéndole tan cerca. No pudo más y actuó sin pensar. Se lanzó a su boca besándole como deseaba hacerlo. Dejando claro que ni Loren ni ninguna mujer le harían sentir lo que ella siempre había conseguido, pero en cuanto acabó el beso se arrepintió. Se separó de un Michael más que confuso y salió huyendo a su despacho, porque que huir era lo que mejor sabía hacer.

16

Recogió sus cosas todo lo rápido que pudo, pues sabía que Michael iría tras ella después de aquel arrebato en las escaleras. ¿Cómo había sido tan idiota de dejarse llevar por lo que sentía? No era capaz de enfrentarse a él en ese estado de nervios y huyó, como siempre hacía. Al salir le dijo a Mara, la sustituta de Katherine, que le había surgido una emergencia familiar y tenía que irse. Corrió como nunca hacia el coche y arrancó alejándose del hospital como alma que lleva el diablo. Una vez en su casa telefoneó de nuevo a su secretaria pidiéndole que le enviase por correo electrónico un informe escaneado que debía leerse. Por suerte ya no tenía consultas y pudo escaparse sin abandonar su labor profesional.

Michael, por su parte, se quedó impresionado por el beso en las escaleras sin comprender absolutamente nada. Le costó unos pocos minutos reaccionar a lo sucedido, pero cuando llegó al despacho de su jefa ya se había largado. «Huyendo, como siempre», fue lo que pensó. Recordó la charla con Phoebe y entonces se preguntó por qué la hermana de la mujer que amaba le animaba a tener algo con ella si ya tenía a alguien en su vida. Todo estaba siendo demasiado extraño, pero iba a averiguarlo.

—Frank, esto… hoy me voy a ir ya a casa, que no me encuentro muy bien.

—Vale, tío, pero ¿necesitas algo?

—No, no, nada —se dio la vuelta hasta que fue consciente del choque con su exnovia en la puerta del laboratorio—. ¿Ha estado aquí Maddison?

—Sí, después de comer, para contarle en qué estábamos trabajando, pero se fue enseguida. Apenas intercambió unas palabras con Loren y se fue. Esa mujer siempre tiene mil cosas que hacer y aunque yo quería…

—Si me disculpas, mañana nos vemos.

Le paró en seco o volvería a hablarle del proyecto y de lo que llevaban hasta ese momento, y por mucho que le apasionara su trabajo en ese instante solamente quería contrastar lo que por su

imaginación iba pasando. Se acercó a Loren, que al verle sonrió coqueta.

—Perdona, Loren, ¿puedo hablar un segundo contigo?

Ella, que había compartido una comida ese día con él, ya estaba oyendo campanas de boda, porque era una mujer que se hacía ilusiones con poco. Le dio los papeles al compañero con el que estaba debatiendo haciéndole una señal para que se largara de allí. Se tocaba el mechón de la melena sin dejar de sonreír.

—Para ti todos los segundos del mundo.

—¿Has hablado hoy con Maddison? —Se quedó muy sorprendida, pues ella se imaginaba que como poco la iba a invitar a cenar.

—Sí.

—¿Puedo saber sobre qué?

—Quería saber cómo estábamos avanzando en el proyecto y la puse un poco al día. Ya sabes, es la jefa —mintió.

—¿Y eso es todo?

—Bueno…, y además la felicité por haber contratado a un gran neurocirujano como tú —respondió moviendo las pestañas en señal de flirteo.

No necesitó saber más. Si algo conocía a esa mujer sabía que se había percatado a la perfección de que a Loren le gustaba él. Quizá por eso le dio ese beso apasionado en las escaleras, pero ¿por qué salir huyendo tras eso? Dios santo, apenas llevaba unos días en la ciudad y ya se estaba complicando todo sobremanera.

—Gracias, Loren. Mañana nos vemos.

Se giró con rapidez para que aquella *femme fatale* no volviera a la carga. Con una comida ya había tenido suficiente. Conocía bien a aquel tipo de mujeres a las que no le importaban los medios para llegar a un fin.

—¡Michael! ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente. ¡Hasta mañana! —le dijo desde la puerta.

Fue hasta el despacho de su jefa creyendo que aún la encontraría ahí. Antes de girar el pomo de la puerta inspiró para tomar las fuerzas suficientes, pues estaba decidido. No se iría de allí sin una explicación plausible de lo que estaba sucediendo. No podía jugar con él de esa manera, porque le estaba empezando a volver completamente loco.

—Doctor Lowell —la secretaria de la jefa de Neurocirugía le llamó y él le miró.

—¿Sí?

—La doctora se ha tenido que marchar.

—Maldición…

—¿Cómo dice? —volvió a mirar a la muchacha y se le ocurrió una idea.

—Nada…, es solo que me pidió que tratásemos algo hoy con urgencia y al no encontrarla no sé ahora qué podré hacer. Espero que no me eche mañana la bronca, porque me ha pedido varias veces a lo largo del día que viniera, pero se me ha pasado por completo hasta ahora que lo he recordado…

Dar pena siempre era un remedio infalible, pues a la gente por norma les suele enternecer el corazón y se apiadan del pobrecito que utiliza la pena para ganar su propio beneficio. Por suerte Mara era una muy buena persona y no quería que eso le sucediera al doctor, por lo que Michael obtuvo lo que deseaba.

—¿No tiene usted la dirección de su casa? Tenga —se la apuntó en un trozo de papel al negar con la cabeza el médico.

Vagamente recordaba las señas de la residencia familiar en el rancho y aquel joven le dio la confirmación. Tendría que hablar con Maddi para que no la pagara con aquella chica que se veía tan inocente. Le dio las gracias y se fue del hospital en el coche de alquiler que tenía desde hacía unos días. Puso en el GPS la dirección y en unos pocos minutos estaba frente al rancho de los Stephens. Por un instante recordó la última vez que estuvo allí siete años atrás cuando la madre de la mujer que quería más que a nada en el mundo le rogó que se fuera porque ella no quería nada con él.

Salió del coche inspirando hondo varias veces, porque no deseaba volver a tener un encontronazo con los padres de ella ni que se negase a verlo. Esa vez se quedaría allí a la intemperie si era necesario y por las noches comenzaba a refrescar. No sería algo muy agradable. Fue hasta la puerta y llamó al timbre. Oyó la voz de Maddi resonando en el interior de la casa avisando de que sería ella quien abriese la puerta. Se irguió mirando hacia el frente y rogó a Dios que aquello fuese bien. Por fin la puerta se abrió y una atónita doctora se quedó blanca al verlo.

—¿Tú?

17

Caroline llevaba más de hora y media en el baño arreglándose para la fiesta del siglo o del milenio por lo menos. Convenció a Maddison para acompañarla, porque no le gustaba ir sola para no parecer desesperada, a pesar de estarlo.

—¡Por fin! ¡Lista!

Salió del aseo maqueada y vestida con una falda negra y un top bastante sugerente a juego.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he rizado, ¿no queda bien? —Regresó al baño a mirarse en el espejo del lavabo. Maddi se odió por soltar aquella pregunta sin pensar, pues no soportaría otra hora y media más de espera.

—Carol, te queda superbién. Es solo que no sabía que ibas a cambiar de look también en el pelo, pero te queda genial.

—¿Y tú? ¿Vas a ir en pijama?

A la futura doctora no le había dado tiempo a arreglarse, ya que el monopolio del baño había sido de Caroline casi toda la tarde. Aún tenía puesto el pijama de conejitos con las zapatillas con muñecos.

—No he podido ni ducharme debido a que *alguien* se ha apoderado del cuarto de baño. Por si no eres consciente de ello.

—¡Corre que tenemos que ir a esa fiesta! —Maddi miró el reloj y por lo menos ya llevaban una hora de retraso.

—Sabes que habrá empezado hace un buen rato, ¿no?

La empujó al aseo mientras fue a su cuarto a ver qué tenía en el armario. Eligió el atuendo por ella y se lo dejó en la cama cuando recibió un mensaje en su teléfono.

—¡Aaaaaaah!

Su amiga y compañera de piso salió de la ducha aún medio enjabonada con la toalla enrollada a lo loco muy asustada por el grito que Carol dio.

—¿Qué ocurre?

—¡Maddi! ¡Me ha escrito! Jonathan me ha mandado un mensaje de texto. ¡Mira!

Le dieron ganas de abofetearla y quitarle todo ese maquillaje de un tortazo.

—¿Has pegado esa voz por un simple mensaje de un tío?

Y se arrepintió al decirlo, pues tiempo después ella sentía lo mismo cuando Michael la llamaba, le mandaba un mensaje o aparecía en su residencia por sorpresa. El revoloteo de mariposas se sumaba y la felicidad se dibujaba en su rostro. Volvió a la ducha a terminar de quitarse el jabón, se vistió y maquilló, pero cuando llegó a su habitación la que pegó el grito fue ella.

—¡Caroline! ¿Qué demonios se supone que es esto?

Su compañera de cuarto fue hasta allí sonriéndole de forma pícara.

—Te quedará genial.

—Hace meses que no me pruebo esta ropa y ya te digo yo que no me vale. He engordado de tanto estudiar y comer a la vez. Además, no pienso ponerme esta ropa. ¡Pareceré una fulana!

—Deja se ser tan mojigata y póntelo. Es solo un vestido. Eres joven, Maddi, y date prisa que he pedido un taxi ya.

Hizo caso omiso a la loca enamorada de Jonathan y eligió otra ropa que ponerse. Mejor una camisa con lazo al cuello y falda negra a juego con las medias y unas botas con un poquito de tacón. Al verla Carol se echó las manos a la cabeza, pero no iba a pelearse con ella cuando ya tenía al taxi esperándolas. Se subieron a él y llegaron a la fiesta de la residencia donde vivían algunos de sus compañeros de carrera. Maddison iba de la mano de su amiga cuando entraron en aquel lugar ensordecedor debido al volumen de la música.

—Maddi, intenta no ser tú, ¿vale?

—¿Cómo? —no comprendió aquella frase.

—A ver…, siempre estás muy encorsetada. Por eso quería que te pusieras ese vestido para que te desinhibiera un poco. Bueno, vamos a tomar una copa.

Fueron hasta una de las mesas donde había varios vasos y alcohol a raudales. Carol se puso una copa mientras la otra chica buscaba dónde había algún refresco *light* que poder tomar. Nunca le había gustado beber y no iba a comenzar esa noche cuando de repente se sentía tan nerviosa.

—Venga, anima esa cara mujer.

Se sirvió el refresco *light* y su amiga le puso los ojos en blanco, así que se dio la vuelta bebiendo mirando a todos lados.

—¿Te vas? —le preguntó a voces a Caroline al notar que se alejaba de su lado.

—Sí, acabo de ver a Jonathan y me está saludando. Vamos, Maddi, relájate. Volveré en un rato.

De pronto se sintió pequeñita e insegura. No le gustaban nada los eventos sociales, muchos menos las fiestas multitudinarias de estudiantes universitarios que gritaban, se echaban bebida encima unos a otros y flirteaban con todo lo que tuviera una falda.

—Yo me largo de aquí —murmuró.

—Hola.

Cuando se encaminaba a la salida para pedir un taxi y volverse a su habitación a esconderse se encontró con un chico más alto que ella con unos impresionantes ojos que la miraban.

—Hola…

—¿Te apetece otra? —le preguntó señalando al vaso de plástico vacío.

—No…, ya me iba.

Siguió caminando, aunque el chico parecía interesado en hablar con ella pese al poco interés de Maddison.

—Es una lástima que te vayas. Dentro de un rato me toca a mí elegir la música y había pensado en poner algo menos ruidoso. ¿Alguna idea?

—Pues… a mí me gusta Britney Spears, pero no sé si eso te servirá. Creo que sigue siendo cañero.

Y así, hablando de música, empezaron a entablar una agradable conversación en la puerta de la residencia, donde no había ruidos que les impidiese poder escucharse. De la música pasaron a hablar de la neurocirugía y lo mucho que les apasionaba a ambos, de sus lugares de nacimiento y sus respectivas familias, de películas y series… y poco a poco rozaron la medianoche. No volvió a saber nada de Carol y eso empezó a preocuparla.

—Debería entrar a buscar a mi compañera…

—¿Caroline? —Ella asintió—. Mi amigo es Jonathan. Es buen tío, te lo juro sobre la memoria de Mark Hamill, que ya te he dicho es uno de mis actores favoritos por todo eso de mi frikismo de Star Wars.

—No sé, acabo de conocerte…, no te ofendas.

Michael sacó su teléfono y tecleó algo en él. Al rato salieron del interior de la residencia su amigo y una Carol embobada sin soltarse de la mano del chico. Ellas charlaron un poco y al ver que ella estaba completamente feliz con él le dio las buenas noches. Su compañera y el amigo del futuro doctor se fueron en un coche a vete a saber dónde.

—Tranquila, que no es ningún psicópata. Yo no sé tu amiga,

pero él está loco por ella. No hace más que hablarme de Caroline. Carol por aquí, Carol por allá…, creo que les ha llegado el amor de forma bestial.

Maddison se ruborizó al oírle hablar del amor, pues ella misma empezaba a sentir algo por aquel muchachote friki que amaba su profesión tanto como ella. Se decidió a acompañarla hasta su residencia, pues no quería que caminase sola tan de noche, aparte de que no quería que ese rato a solas terminase jamás.

—Gracias por acompañarme, pero créeme que no era necesario. Sé defenderme solita.

Michael entonces quiso hacerle una broma y la agarró suavemente por el cuello tratando de tirarla hacia atrás. Lo que no se esperaba era que ella supiera defenderse a pesar de la sorpresa inicial. Le dio un puñetazo en el estómago soltándose de él mientras se agachó en el suelo boqueando como un pez al que le falta el oxígeno. No contenta con eso le tomó de los brazos y lo tumbó en el suelo sentándose encima de él a horcajadas.

—Joder…, no puedo… respirar.

—¿Creías que una chica de Kansas no sabe defenderse? Mi padre se encargó de criar bien a sus dos hijas.

Se levantó tras darle un par de palmaditas en el pecho mientras él tosía poniéndose de lado. Le dio tiempo a levantarse ocultando la risa al haberlo derribado en más de un sentido.

—¿Estás bien?

Él le hizo una seña queriendo decir que estaba perfectamente, pero aún le costó un par de minutos reponerse. Cuando por fin normalizó la respiración empezó a reírse junto a ella.

—Nunca des nada por sentado —le dijo ella.

—Bueno, ahora me debes un café al menos —Maddison frunció el ceño— por las heridas causadas.

Se percató de que estaba bromeando y se le escapó una carcajada, a lo que él contestó sonriéndole. Daría la vida entera por la sonrisa de aquella joven chica estudiante de Medicina que amaba su profesión tanto como él lo hacía. Cruzó los brazos sobre el pecho esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—Si mañana te encuentras bien de tus *heridas*, ven a este mismo lugar a eso de las cuatro y puede que te invite a un café.

Michael le hizo una reverencia antes de que ella se girase sobre los tacones para andar hacia la puerta de la residencia. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura con las primeras mariposas revoloteando en el estómago. No atinaba a abrir pues sentía la vista de él sobre ella. Al entrar se despidió de él con la mano a lo que

Michael respondió de igual forma. Esa noche Maddison se echó en la cama sin poder dejar de sonreír intuyendo que aquel chico sería quien poblase sus sueños por el resto de sus días.

18

—Buenas tardes.

Maddison no supo cómo reaccionar, pero si no hacía algo pronto escucharía las voces de los pequeños correteando por la casa y era lo último que quería. Tras la puerta de malla que todas las casas en Estado Unidos solían tener lo miraba estupefacta. Se apresuró a salir de allí cerrando tras de sí la puerta y abriendo la de malla para salir al exterior.

—¿Se puede saber qué demonios crees que haces aquí? Esto ya es acoso…

Él se rio al igual que la primera noche que se conocieron, con esa mirada que a ella le derretía el corazón.

—Quizá si no hubieras huido, como siempre haces, no habría venido hasta aquí.

Maddi bajó las escaleras para acercarse más a Michael e incluso caminó unos pasos más allá para alejarlo de la residencia familiar.

—Mañana podríamos haber hablado sin ningún problema.

—O a lo mejor no. Me habrías evitado.

Siguieron andando por las tierras de los Stephens llegando casi a las puertas del granero, que estaban a unos cuantos metros de la casa donde se crio desde niña. Estaba más que nerviosa, rozando el histerismo. Su objetivo primordial era que no se acercara para nada al interior de la casa donde sus hijos se estaban terminando de bañar.

—Michael…, no sé qué decirte. Solo puedo defenderme diciéndote que ha sido un impulso y nada más. Te pido mil perdones y te aseguro que no volverá a suceder, y ahora por favor te ruego que te marches.

—¿Y ya está? ¿Y con eso tengo que entender que ha sido un lapsus y no volverá a pasar?

La doctora caminaba intranquila de un lado a otro mirando hacia la casa rogando que a ninguno de sus pequeñuelos se les ocurriera la mágica idea de salir en busca de su madre.

—Maddi —él se acercó a ella tomándola de la mano—, dime la

verdad, y si realmente no ha significado nada para ti te juro que no volveré a molestarte. Pero, si hay una mínima esperanza, te suplico me lo confirmes, porque ahora que te he encontrado no quiero volver a perderte.

Era todo lo que ella llevaba años soñando. Las mariposas en el estómago, los fuegos artificiales explotando en el cielo, la magia que creaban estando juntos. Se perdió en su mirada como siempre hacía desde que lo conoció y dio un paso más hacia él. Le empezaban a temblar las rodillas, las fuerzas la abandonaban…, volvía a caer rendida en sus brazos, y lo que era peor, no le importaba lo más mínimo.

—Maddi… Mi Maddi…

Un clic en su cabeza se activó y echó un par de pasos atrás. La imagen de sus hijos apareció como un fogonazo en su mente. Ellos se merecían todo el amor que hubiera en el mundo y aquel hombre jamás deseó tenerlos. Aquello no era compatible.

—Michael, te lo digo una última vez. No deseo tener nada contigo nunca más. El pasado quedó atrás. Ahora, por favor, márchate de mi propiedad. Mañana nos veremos en el trabajo y a partir de hoy haremos como si nunca hubiéramos tenido una relación.

Se apresuró a llegar a la casa casi corriendo sin mirar atrás. El neurocirujano esperó a que ella lo hiciera con el corazón desbocado.

—Vamos, pequeña, date la vuelta. Venga, mi amor… hazlo.

La desolación marcó su rostro y resquebrajó definitivamente su corazón. Quizá su mente y los deseos que tenía de que Maddison lo siguiera queriendo tanto como él a ella le habían vencido y había visto fantasmas donde solamente había unas cenizas frías. Se subió al coche después de ver cómo ella entraba en casa y no daba muestras de volver a salir a por él. Llegó al apartamento alquilado, se abrió una botella de güisqui y se emborrachó llorando por haber perdido de nuevo a la mujer a la que jamás dejó de amar.

19

—Por la cara que traes no son buenas noticias —dijo Phoebe al verla llegar por la escalera principal de la casa.

—¿Dónde están los niños?

—Mamá los está secando. —La madre de los mellizos anduvo camino al cuarto de la abuela, pero su hermana la paró llevándosela al baño cercano a ellas.

—¿Qué haces, loca?

La periodista la agarraba por los hombros escrutando su mirada, tratando de averiguar lo que sentía, porque había llegado un punto que no comprendía a su hermana en absoluto. Tenía ganas de zarandearla y abrirle los ojos. ¡Ese hombre estaba loco por sus huesos! Cualquier mujer que recibiera sus atenciones se sentiría feliz de tenerlo cerca, pero Maddison era tan orgullosa y cabezota que no era fácil convencerla de la verdad en muchas ocasiones.

—¿Le has dicho que le quieres?

La doctora se zafó del agarre de su hermana sentándose en el borde de la bañera.

—¿Cómo esperas que le diga eso? No estoy zumbada.

—Pues yo diría que sí. ¡Por Dios, Maddison! Michael sigue tan enamorado de ti como el primer día. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Hoy le he besado en las escaleras del hospital —se sinceró.

Phoebe se llevó la mano a la frente sin entender menos que nunca.

—Maddison, ¿a qué estás jugando? Te puedo asegurar que ese hombre te ama y sería muy feliz de tener a esos dos monstruitos en su vida.

—Eso no lo sabes. Phoebs, tú no viviste con él aquellos días en los que renegaba de traer niños al mundo. No lo deseaba en absoluto e incluso alguna vez le dejé caer la posibilidad de estar embarazada y entraba en pánico. Sé lo que me hago.

Su hermana se apoyó en el lavabo de casa de sus padres chistando.

—No comprendo por qué no le das una nueva oportunidad y tanteas. A lo mejor ha cambiado. Se llama madurar.

—Tienes una idea equivocada del amor que tuvimos Michael y yo.

La periodista la miró confundida, ya que ella misma había vivido esa relación casi a diario y sabía que lo que ellos tuvieron fue un amor de los de verdad, no solo de mariposas en el estómago. Para nada fue algo tóxico o intenso de los que últimamente estaban llenas las consultas de los psicólogos. Fue de esos que son calma, algo sano y bonito.

—Pues explícame cómo fue.

Maddison miraba los azulejos de aquel baño en el que tantas veces se había bañado de niña e incluso junto a su hermana imaginando ambas una vida de cuento con hombres que las amaran por encima de todo con varios niños criando una familia igual que en la que se criaron.

—Confianza absoluta en la otra persona, sentir que te ayuda a potenciar lo mejor de ti misma, conversaciones de todo tipo, silencios sin ser incómodos. Una pasión tranquila sin dejar de ser apasionado, sin alterar tu vida con ese tipo de sexo que no tiene que ser perfecto, sino que es tranquilo.

—Te doy la razón en todo menos en lo de las relaciones, porque solo conociste varón con él. —Su hermana la miró riéndose.

—¿Y cuál es el problema de eso? Para mí fue perfecto así. No necesito compararle con otra persona ni acostarme con más gente.

Phoebe se encogió de hombros, pues en eso eran muy distintas. Mientras su hermana conoció al hombre que consideraba el gran amor de su vida, ella por otra parte había tenido varias parejas oficiales y diferentes rollos con otros hombres de todas las nacionalidades donde había estado trabajando.

—El primer amor es difícil de olvidar, es probable que jamás se haga.

—Para mí el único. No me interesa buscar lo que tuve con él en nadie más. Con el amor de mis hijos me basta y me sobra. —Se levantó para salir del aseo, pero su hermana se interpuso.

—¿De veras crees que con eso es suficiente? ¿No deseas volver a sentirte amada por un tío? No me lo puedo creer. —Esquivó a Phoebe y abrió la puerta saliendo de allí sin querer continuar con la charla.

Fingió que no se le estaba rompiendo el corazón después de hablar con el padre de los niños y se sentó a cenar sonriendo. Los acostó después de leerles el cuento de rigor y se fue a su cama no

sin antes cruzarse con su padre por el pasillo.

—¿Ya te vas a dormir, conejito?

Le hacía gracia que aún a sus treinta y dos años su padre continuara llamándola con motes cariñosos con el que la nombraba siendo una niña pequeña. Asintió con la cabeza y le dio un rápido abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Va todo bien?

—Sí, papá. Ya sabes que desde que he empezado en el nuevo puesto de trabajo el estrés ha aumentado y estoy menos por casa. Noto que los niños lo extrañan y alguna vez me lo hacen pagar.

—¿Cómo es eso? —Frunció el ceño el señor Stephens.

—A veces no quieren que los bañe yo o que les lea un cuento y os prefieren a vosotros, que me parece maravilloso, porque no hay nada más bonito que crear recuerdos con tus abuelos…

—Pero…

—Pero a mí me encanta hacerlo. Soy su madre. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pues en ocasiones los pequeños pedían a la abuela llamar a la madre, como por las mañanas antes de ir al colegio y en algún momento había estado ocupada con algún asunto del hospital y le había sido imposible cogerlo.

Su padre la abrazó y a ella se le escaparon algunas lágrimas sollozando. La meció como cuando se hacía una herida y acudía rauda y veloz a él a que le soplara la pupa, y le diera un besito en la frente.

—Conejito, tus hijos son niños, como cuando discuten en la mesa o se enzarzan en una trifulca por un juguete, se dicen que se odian y a la media hora tras reflexionar se echan tanto de menos que no pueden evitar ir a la habitación del otro como si no hubiera pasado nada. Son rabietas normales de la edad y contigo sucede lo mismo, solo que a ti te afecta más porque te sientes culpable por no estar el mismo tiempo que antes.

Maddison asintió dándose cuenta de que su progenitor llevaba toda la razón del mundo, aunque a ella le gustaba que sus hijos se pidieran perdón cuando algo así pasaba, pues en casa siempre habían trabajado mucho las emociones. Decirse que se querían, pedirse perdón, expresar la frustración cuando llegaba o el enfado. Comprender que era normal y lógico sentir todo ese abanico de emociones.

—Lo sé, papá. Qué difícil es ser padre… —Él se rio.

—Muchísimo, mi amor, pero lo estás bordando. Esos pequeños son el mejor regalo que nos has dado a tu madre y a mí. Gracias por dejarnos disfrutar de ellos a diario.

Maddison se alegró en parte de lo que le expresaba su padre, pero también le entristecía, ya que su sueño hubiera sido criar a Alice y a Jayden junto al padre de los niños. Por desgracia la vida la había devuelto al hogar familiar siete años atrás, aunque nunca se arrepintió de ello, pues sus padres la habían ayudado muchísimo desde entonces. Se dieron las buenas noches y entró a la habitación para tirarse a la cama a dormir unas cuantas horas hasta que al día siguiente comenzara de nuevo la rutina diaria.

Phoebe desde su cuarto con la puerta entornada oyó la breve conversación de padre e hija y sintió una pequeña punzada de celos. Ella siendo la pequeña siempre había sido el ojito derecho de su padre, pero se marchó lejos a volar, a cumplir su sueño de ser la mejor periodista del panorama internacional y lo cumplió. Lo que no sabía era que ella también podía hacer felices a sus padres con un nuevo bebé en la casa.

20

—No traes muy buena cara.

—¿Katherine? Ya has vuelto.

La secretaria estaba de regreso de sus vacaciones en las que apenas había podido descansar, pues tener un bar familiar le hacía dedicarle horas para echar una mano en su tiempo libre.

—¿Cómo han ido esos días de descanso y de desconexión?

—Pues ha sido desconexión del hospital, pero he trabajado como una mula. Por cierto, no te he visto el pelo. Te dije que te acercaras, que te invitábamos a una cerveza. —Entraron en el despacho para tomarse el primer desayuno juntas.

—No me hables…

Kate sirvió el café en las tazas que tenía Maddi en uno de los cajones regalo de sus hijos. Eran uno de esos detalles que los niños hacían en el colegio para el día de la madre, pintadas a mano con rotuladores y dibujos irreconocibles, pues tenían cuatro años cuando las pintaron.

—Ponme al día… —Y así empezaron el día.

Media hora más tarde comenzaron las consultas y con Katherine por allí le comunicó a Frank que los avances en el estudio de los aneurismas cerebrales se lo mandaran a la secretaria por correo electrónico. De esta manera evitaría a Michael una temporada. Por primera vez en varios días no se lo había cruzado y fue bastante agradable poder caminar por el centro hospitalario sin mirar a su espalda.

A la hora de la comida se maldijo a sí misma por haberse dejado la fiambrera con la comida casera de su madre. Habitualmente tomaba algo de la cafetería, pero en ocasiones, cuando tenía una cantidad de trabajo excesiva, se llevaba deliciosa comida elaborada por la abuela de sus pequeños. La señora Stephens era esa gran mujer, esposa y madre, abnegada cocinera que trabajó toda su vida fuera de casa y dentro. Maddison muchas veces la envidiaba, ya que ella habría tirado la toalla siendo ella muchas veces, pero no recordaba aquello por parte de su madre. Imaginaba que habría

habido días complicados, pero jamás desapareció la sonrisa de la cara. Su padre había tenido mucho que ver en eso, pues siempre la ayudó todo lo que pudo a pesar de su trabajo como granjero, que requiere mucho sacrificio y esfuerzo.

—¿Te apetece que vayamos a la cafetería a almorzar? Invito yo a cambio de esa galleta de chocolate que me has regalado hoy.

La doctora aceptó y ambas se dirigieron al concurrido lugar donde se sentaron a esperar para pedir su comida. Loren llegó también para comer y aquello no le hizo mucha gracia a la neurocirujana. Kate, que conocía bien a su jefa y amiga, se percató de ello.

—Sigues con ese buen rollo con ella, ¿no?

—Cada día mejor, sin duda —ironizó.

Michael entraba con Frank tras la neurocirujana de la que estaban hablando y Maddi se tensó sin remedio.

—No mires y seguro que no vendrán hacia aquí.

—Dios te oiga…

Afortunadamente fue así, aunque al doctor recién llegado a Topeka no le pasó desapercibido que la mujer que amaba estaba a unos pocos metros de él. No obstante, asumió que no podía seguir acosándola y aceptó el rechazo de una vez, aunque le dolía enormemente en el alma.

—¡Maddison!

Uno de los neurocirujanos más respetados del hospital, y a la vez más pesado, se acercó a la doctora nada más verla. Se trataba de Alexander, un tipo de unos cuarenta años enamorado de ella desde casi el primer día que no dejaba de cortejarla a la manera antigua siempre que veía oportunidad.

—Como se te ocurra largarte ahora te despido —amenazó a su amiga.

—Qué bueno verte por aquí. Últimamente estás tan sumamente ocupada que es imposible alegrarse la vista con tu presencia.

—Oh, Alexander, qué alegría. —Él tomó su mano y besó los nudillos mientras se sentaba a su lado ignorando a la secretaria.

Llevaba más perfume que un bebé recién bañado mareando a la mujer con la que flirteaba. Katherine hizo caso omiso a la amenaza de su jefa y se fue a pedir la comida a pesar de las señas de la doctora.

—¿Qué tal va todo?

—Bastante bien, aunque un poco apesadumbrado por no poder verte tanto estos últimos días. —Ella sonreía, cortés.

—Eres un adulador, Alexander.

—En absoluto. Soy todo lo sincero que puedo ser. Y dime tú, ¿cuándo me harás el inmenso honor de cenar conmigo fuera de estas paredes.

Dos mesas más allá Michael observaba distraído cómo Maddi se reía con aquel hombre que él no conocía. Hacía tiempo que no escuchaba su risa y eso le encantaba, a pesar de no reírse con él. Loren no paraba de hablar sobre ella, cosa que le importaba lo más mínimo y Frank de vez en cuando conseguía meter baza.

—¿Y tú qué opinas, Michael?

Su compañera de laboratorio le preguntó rozándole el brazo. Momento en el que dejó de mirar hacia la mesa de Maddison y el doctor que se la comía con los ojos.

—Disculpa, ¿sobre qué?

Loren llevó la vista hasta la mesa de su contrincante y se dio cuenta de su interés en aquella mujer a la que tanto odiaba.

—Frank, ¿ese es Alexander?

Los tres miraron en dirección a la mesa donde las risas llenaban el ambiente y Frank asintió.

—El mismo. Veo que sigue sin perder el tiempo intentando que Maddison le dé una cita. Pobre hombre, a ver si se la da de una bendita vez. Llega a ser humillante.

—Yo creo que finalmente el objetivo está cumplido. —Ambos hombres la miraron sin comprender—. Vosotros los hombres sin entendernos…, miradla a ella, no deja de reírse y de sonreír. Está encantada con sus atenciones y mucho me temo que acabará saliendo con Alexander, que, por otra parte, es un gran partido. Todo hay que decirlo.

A Michael no le gustó nada oír eso, pues se estaba muriendo de celos. Deseaba levantarse e ir hasta la mesa donde la mujer que quería se reía tanto para decirle que seguía amándola como el primer día. Aquel tipo no la conocía como él hacía, no sabía qué le gustaba ni cuáles eran sus miedos. Seguramente era uno de esos médicos presuntuosos al que poco le importaban las mujeres, a las que consideraba trofeos. Maddison era una mujer muy inteligente con grandes logros en su carrera. No era habitual a su edad haber llegado tan lejos, pues se tardaba mucho en estudiar y llegar a donde ella había conseguido llegar. Y los hombres como él estaban acostumbrados a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, deslumbradas.

—Si me disculpáis regreso al laboratorio. Allí nos vemos.

Salió de la cafetería sin volver la mirada a Maddi y al médico que trataba de conquistarla. La doctora por su parte hizo un gran

esfuerzo por aparentar que la charla con Alexander le encantaba y le hacía reír muchísimo, pero era todo un montaje para su exnovio.

Cuando Katherine le llevó la comida volvió a lanzarle la mirada asesina por no haberle permitido levantarse ella a cogerla. Por suerte la secretaria estuvo interviniendo en la conversación, haciendo la situación más amena y tranquila. Al finalizar se excusó con que tenía que irse a trabajar. Él le repitió cinco veces más la pregunta de cuándo iba a cenar con él, pero supo esquivarla perfectamente.

Camino a su despacho vio al fondo del pasillo a Loren junto a Michael. Él de espaldas a Maddison miraba unos documentos que la mujer le enseñaba. Esta al ver cómo la jefa de Neurocirugía los observaba agarró por la cintura a su compañero aprovechando la cercanía. Se sintió morir al ver ese contacto y suspirando entró en su despacho con el nudo en la garganta. Si su exnovio se quedaba allí varios meses debería estar preparada para verlo flirtear e incluso salir con otras mujeres. Durante el tiempo que estuvieron juntos no le fue ajeno el hecho de que las mujeres suspiraban a su paso y lo miraban poniéndole ojitos.

Al sentarse en la silla de su escritorio abrió el móvil rescatando de él la fotografía guardada en una de las carpetas donde se les veía a los dos juntos. Era la única instantánea que ella guardaba de Michael, a modo de recuerdo. Estaban en la pista de hielo del Maddison Square Garden, ella con un gorro morado y una bufanda roja y blanca riéndose mientras él miraba hacia abajo soltando una carcajada. No podía recordar el porqué de esas risas, pero mirar la foto le hacía sentir ese amor que se respiraba. Una tímida lágrima se derramó por la mejilla sonriendo por aquella Maddi feliz y enamorada que nunca más volvería a ser.

21

Los días transcurrían en el hospital y poco a poco Maddison fue acostumbrándose a la presencia de Michael por todas partes. Desgraciadamente no podía ignorarlo por completo y tenía que cruzárselo en alguna ocasión. Se alegraba de que él hubiera llegado a comprender que ella no quería involucrarse emocionalmente con él nuevamente y no había vuelto a sacarle el tema. De hecho, si tenían que dirigirse la palabra era para temas estrictamente profesionales.

Phoebe por su parte no había regresado al hospital de visita ni se había vuelto a acercar a su excuñado, aunque no por falta de ganas. Decidió que dejaría que el albedrío hiciera su trabajo mientras ella pensaba qué hacer con su vida. Tenía que tomar una decisión importante y rápida, pues el bebé que crecía en su interior necesitaba una respuesta.

No obstante, tampoco ayudaba que Graham no hiciera más que llamarla y mandarle mensajes a todas horas. Quería poder desconectar de él, pero no le estaba ayudando nada. Se tocó la barriga que aún no delataba el secreto mientras miraba a los caballos galopar. Recordó la última vez que estuvo en la cama con el padre de aquel bebé y sonrió. No se trataba del sexo esporádico que a veces tenía con otras parejas. Con Graham fue completamente distinto y eso fue quizá en parte lo que la asustó y le hizo buscar excusas en otras cosas para romper la relación tan abruptamente.

Cuando mantenía relaciones con ligues desarrolló la técnica del escaqueo con sutileza y elegancia. No era de las que le gustaba quedarse a charlar o a darse mimos. Fingir que sentía algo más que una pura atracción sexual era engañarlos. Era divertido y más una liberación que una entrega de nada. Con Graham, sin embargo, le encantaba el letargo de revolcarse en las sábanas junto a él tras la llegada del orgasmo. Ambos desnudos aprendieron a abrazarse y a darse esos mimos a los que con otras personas nunca llegaron. Era algo perfecto, la ecuación del amor de la que tanto había huido Phoebe toda su vida. No quería despegarse de la piel de él y eso

comenzó a darle miedo, pero decidió no pensar en ello demasiado hasta que fue tarde.

A veces la vida nos sorprende poniéndonos en el camino a la persona con la que menos pensaríamos que acabaríamos sintiendo que el corazón late al unísono con el del otro. Phoebe recordó leer en su libro favorito esta frase: «al primer amor se le quiere más, al resto mejor». Ese libro era *El principito*. Graham le regaló una edición exclusiva el día de su cumpleaños y lloró mucho. Ahí fue cuando se dio cuenta de que aquel hombre de verdad la amaba. Él mismo le puso aquella frase a modo de dedicatoria. Por desgracia con las prisas se lo había dejado en el apartamento donde vivían juntos. Lo que no sabía la periodista era que volvería a poder tocar y leer aquel libro, ese y solo ese que él le regaló.

21

Michael ya llevaba casi un mes en Kansas y apenas había salido a conocer la ciudad, así que cuando Loren le propuso hacerle un tour eligió hacerlo de día y así evitar ideas tontas como cenas románticas a la luz de las velas. Cuando estuvo con Maddison apenas habían ido a la casa de sus padres y las pocas veces que fueron no salían del rancho familiar. Un sábado por la mañana que amaneció gris fue el momento indicado para conocer algo más de Topeka. Se arrepintió de haberse citado con la neurocirujana, pero no le parecía bien desquedar con ella de golpe. Se puso un chubasquero y acudió al punto de encuentro. Su compañera de trabajo apareció más maquillada y arreglada que nunca. Él al verla se dio cuenta del tremendo error que había cometido al aceptar ese tour, aunque ya no había marcha atrás.

—Buenos y lluviosos días —sonrió ella bajo un paraguas azul oscuro.

—Si quieres lo dejamos para otro momento…

—¡En absoluto! Ya ves que vengo preparada. Vamos, Michael, comámonos la ciudad.

Le agarró del brazo y bajó el paraguas, pues ya estaba lloviznando cuando comenzaron a caminar por la ciudad donde vivían. La primera parada fue en el museo *Evel Knievel* dedicado al motociclista de acrobacias de los años setenta. Como en alguna conversación le había hablado de lo mucho que le gustaban las motos ella entendió que era un lugar idóneo. No es que no le gustase, pero tampoco le apasionó aquel comienzo. También le llevó al *State Capitol Building* o edificio del Capitolio donde había oficinas del gobierno que podían ser visitadas, aunque aquello tampoco es que le apasionase. Michael fingía que le agradaba asintiendo con la cabeza, mientras ella parecía una historiadora sin dejar de contarle cosas sobre esos lugares.

Cuando llegaron al parque Gage era la hora de comer y Loren quería poder llevarle a un restaurante caro, pero a él se le ocurrió comprar unos perritos calientes y comerlos dentro de aquel bonito

lugar lleno de flores, sentados en el césped. Con Maddison ese solía ser su plan muchos fines de semana cuando se tomaban un respiro. Sin embargo, a la neurocirujana que iba en tacones altos y falda de tubo no le hizo demasiada gracia. ¿Por qué iría así vestida en un día de lluvia cuando se suponía que iban a caminar por la ciudad sin parar? No se atrevió a decirle que no y pasó por el aro. Fue gracioso verla sentarse en el césped como pudo colocándose al estilo sirena, ya que la tela no daba mucho más de sí.

Aquella mujer no se parecía en nada a Maddi. No hablaron mucho más que sobre el proyecto que tenían entre manos, ya que cuando Loren quería hablar de algo personal, él desviaba el tema. Se inventó que tenía documentos que revisar esa misma tarde para el lunes y ella se ofreció a ayudarle yendo a su apartamento alquilado.

—No, no, no, no. De veras, disfruta del fin de semana y no seas una esclava del trabajo como yo. Te acompaño a coger un taxi.

Al salir del parque con una Loren más que decepcionada se encontró con Maddison acompañada de su hermana.

—¿Michael? ¿Loren?

—Oh, hola, querida.

La mataría con sus propias manos. Vio cómo ella agarraba al médico por el brazo y sintió que se la llevaban los demonios con ese acto tan íntimo para ella. Phoebe, que se percató de la tensión en el aire, se adelantó un paso para saludar a la doctora.

—¿Estáis de turismo?

—Como solo conozco el hospital nuestra compañera se ha ofrecido a que eso cambie, pero ya nos vamos a casa —dijo él.

—¿Vamos? —preguntó Maddi entendiendo que se iban juntos.

—No, no. Voy a acompañarla a subirse a un taxi y me voy a trabajar a mi apartamento —hubiera deseado invitarla a ella a ese pequeño lugar al que llamaba «casa», pero delante de Loren no podía hacerlo.

Phoebe observaba a la compañera de su hermana y excuñado y no le pareció que iba vestida muy acorde para hacer turismo por Topeka. Para tener una cita en un restaurante o ir a un teatro, perfecta.

—Es una pena, hemos visto por internet que hoy hay concierto en el Gage y hemos venido a verlo.

—Pues que os divirtáis —corrió a decir Loren tirando de Michael, pero él se paró.

Maddison comenzó a avanzar junto a su hermana tras despedirse con la mano con el corazón acelerado al cruzarse con el hombre

más importante de su vida.

—Bueno…, quizá podríamos acompañaros, ya que sería mi primer concierto aquí.

La mujer que lo tenía amarrado fuertemente se quedó blanca al escuchar la propuesta del hombre por el que había estado recorriendo media ciudad a pie con esos zapatos. Lo que menos le apetecía era volver a ese césped donde se le clavaban los tacones quedándose atascada en la verde pradera.

—¡Qué buena idea!

Su excuñada tiro de él y le cogió por el brazo obteniendo lo que deseaba: separarlo de aquella mujer con claras intenciones de ligarse a la expareja de su hermana.

Llegaron a la zona del parque donde estaba el concierto y había bastante gente. El camino hasta allí lo hicieron en silencio Loren y Maddison. No eran los planes que ninguna tenía en mente para ese sábado por la tarde.

—¡Pero si es Shania Twain! —alucinó el médico neoyorquino, que no esperaba ver a una estrella de la música tan importante por aquel lugar.

Todas se rieron al escuchar su comentario y buscaron una zona para poder ver mejor el concierto. Loren luchaba por no quedarse atascada en el césped, aunque era bastante difícil. Phoebe le aconsejó descalzarse y, a pesar de rechazar la idea al principio, optó por hacerlo con toda la dignidad posible levantando el mentón.

La hermana de Maddi fue avispada y empezó a darle conversación alejándose del lado de Michael y la jefa de Neurocirugía para darles un poco de privacidad. A Loren no le gustó mucho, pero no era fácil deshacerse de la periodista. Maddison creía que iba a desvanecerse al sentir tan cerca a su exnovio. De hecho, aquella mujer sobre el escenario era una de sus cantantes favoritas, de los dos. Miles de noches se las pasaron tumbados en la cama escuchando un vinilo con una copa de vino, tumbados sobre la cama.

> Tú aún eres el único aún eres el único hacia el que corro, el único al que pertenezco, aún eres el único al que quiero de por vida. Aún eres el único. Aún eres el único al que quiero el único con el que sueño.

Era complicado no sentir cómo les estaba cantando a ellos dos, nota a nota. Michael sin mediar palabra con la mano extendida al lado de la pierna la movió unos centímetros para rozar la de la mujer que amaba. Un par de veces sintieron el contacto faltándoles la respiración, pero sin mirarse. Ambos recordando aquellas veces

en su hogar de Nueva York bailando esa canción mientras se miraban a los ojos o bebían vino tarareándola. Demasiados recuerdos en tres minutos quince.

22

Después de aquel día en el parque Gage, Maddison evitó ir al hospital un par de semanas y se las tomó de descanso. Llevaban meses diciéndole que cogiera vacaciones cuando quisiera y optó por ese momento. Se mantuvo en contacto con Frank para que la pusiera al día de los avances en el proyecto y un compañero se ocupó de sus casos. Sus mellizos fueron los que más disfrutaron de la noticia. Tenían de vuelta a su madre en casa día y noche, además de a su tía Phoebe a la que adoraban. Aprovechó a llevarlos al colegio y recogerlos a diario, fueron al zoo, al parque de atracciones, al cine, a pasear en caballo (aunque ella iba en bicicleta), vieron atardeceres juntos… fueron unos días fantásticos para una madre con sus hijos.

—Son unos niños maravillosos —le dijo su hermana una de las noches con Alice en brazos dormida mientras Maddi sostenía a Jayden en los suyos.

—Lo sé —contestó con la sonrisa de madre orgullosa en la cara.

Ese día habían ido a pasear por los territorios de los Stephens, que se extendían más allá del rancho. Eran tierras de años y años que pasaban de un hijo a otro, de generación en generación, como solía decirse. A los pequeños les apasionaba montar a caballo al igual que al abuelo y ese día salieron con su madre, en bici debido a su fobia a aquellos animales, y un par de mozos de cuadras que la ayudaban a que fuera todo bien. Las risas le llegaban al alma y agradecía haber elegido criarles en aquel fabuloso lugar en plena naturaleza, pudiendo apreciar cosas que los niños de ciudad por desgracia no tenían tan a mano.

Por la tarde vieron un amanecer antes de regresar a casa, donde cenaron en familia tras disfrutar de un baño lleno de juegos con la tía Phoebe, y por la noche montaron en uno de los cuartos de invitados, ya que esa casa era inmensa, unas tiendas de campaña muy particulares. La de Mary Alice con luces de colores en su interior y sus peluches preferidos, mientras que la de Jayden estaba repleta de sus muñecos superhéroes y cómics. Estaban rendidos de

los días tan intensos que estaban viviendo y ese día fue particularmente agotador. En brazos de su madre y de su tía eran dos angelitos. Los metieron en los sacos de las tiendas de campaña que crearon entre todos y ellas se metieron en sus sacos en una tercera tienda.

Cuando se tumbaron una al lado de la otra a la doctora se le escapó una lágrima tras recordar las palabras de su querida hermana, que le dio la mano al sentir cómo se le escapaba un pequeño gemido.

—Sé lo que opinas sobre su padre, pero no puedo arriesgarme a que los conozca y se los quiera llevar. No podría vivir sin ellos.

—¿Entonces no se lo dices por qué tienes ese miedo? Yo pensaba que era porque Michael no deseaba ser padre.

Siempre había pensado en la segunda opción, pero llevaba unos días valorando la primera idea de Phoebe. ¿Y si él realmente había cambiado y al conocer a Alice y Jayden se enamoraba de ellos? Tanto como para querer tener su tiempo con ellos y llevárselos a Nueva York. No podía empezar a pensar siquiera en todo el dolor que eso le suponía.

—Y lo peor de todo es que soy plenamente consciente de lo sumamente egoísta que es eso. ¿Soy mala madre, Phoebs?

La periodista no sabía qué responderle, pues ella misma se encontraba en la situación de su hermana siete años atrás: embarazada y sin padre.

—Creo que después de mamá no he conocido a una madre tan buena como tú.

Un nuevo gemido, pero esta vez de emoción. Apretó la mano de su hermana con fuerza un instante y la miró ladeando la cabeza.

—También sé que ellos pronto comenzarán a hacer preguntas y no quiero mentirles. Antes no había siquiera valorado la idea de decirles la verdad, pero ahora que su padre ha aparecido… ¿Y si como tú dices es una señal? ¡Dios, estoy hecha un lío!

Volvió a mirar al techo de la tienda donde habían pegado estrellas fluorescentes con los niños tiempo atrás cuando se metían los tres juntos allí. Su cabeza daba mil vueltas y no sabía qué hacer, si estaba cometiendo un error, si le debía a los mellizos la oportunidad de conocer a Michael…

—Sabes lo que pienso y, bueno, nunca me ha parecido bien que esos monstruitos a los que adoro se criasen sin padre. Por eso —inspiró para coger fuerza— creo que yo no debería hacer lo mismo.

—¿A qué te refieres? —Volvió a mirar a su hermana que contenía la respiración.

—Estoy embarazada.

Se hizo un silencio entre ambas mujeres que susurraban desde que se tumbaron en esa tienda para no despertar a los pequeños. Maddison movió su cuerpo posicionándose de lado algo más erguida sin dejar de mirar a su hermana, apenas pestañeaba.

—Phoebe…

Su hermana rompió entonces a llorar, en parte, debido a lo asustada que estaba y a lo feliz que se sentía al pensar en tener a una familia como la de su hermana. El tiempo que llevaba con ellos de nuevo en casa se dio cuenta de que ella también deseaba tener algo así ahora que la oportunidad se le había presentado. Ese día en la consulta de su ginecóloga escuchando un corazón latir dentro de ella sin ser el suyo propio le había revuelto por dentro.

—Cada día me doy más cuenta de que quiero eso que tú tienes con ellos, quiero ser madre. Cuando vine aquí el primer día dudaba si tenerlo o no, pero ahora sé que lo deseo. Ser madre, Maddison —dijo esto último mirando a su hermana con los ojos brillando por las lágrimas que no salían, pero estaban a punto de hacerlo.

La doctora se lanzó a abrazar a su confidente y amiga que rompió a llorar, confirmando que siempre tendría el apoyo incondicional de su hermana mayor, su amor y lealtad. Cuando pudieron separarse se sentaron para hablar más cómodas.

—Ahora entiendo que Michael tiene el derecho de saberlo, pues sé que Graham también lo tiene, aunque aún tengo miedo.

—El miedo es libre, aunque muy dañino… —Hizo una pausa—. ¿Él no quiere tener hijos?

Se encogió de hombros restregándose los ojos que le escocían de reprimirse tanto el llanto durante tantísimo tiempo. Habitualmente no era una persona tan sensible y no lloraba por cualquier cosa a diferencia de su hermana, que desde pequeñita lloraba por cualquier cosa en cualquier momento. Además, las hormonas la tenían revolucionada por el embarazo, se sentía como en una montaña rusa.

—¿Soy una mala persona?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué? ¿Qué?

Maddison la miraba como si hubiese dicho una estupidez, una locura.

—Por ocultarle algo así.

—Entonces las dos lo somos —le respondió haciendo referencia a que ella también se lo ocultó a Michael.

Alzó una ceja esperando su explicación.

—Siempre has sabido mi opinión al respecto, pero desde que

estoy embarazada no puedo evitar creer que cometiste un tremendo error. Seguramente habría sido un shock para él, pero habríais tenido una bonita familia.

—La misma que tú puedes tener, ¿no crees?

—Supongo, solo que yo hasta hace poco ni siquiera sabía si quería tenerlo. —Posó la mano sobre la tripa donde crecía aquella pequeña semilla de vida—. Hoy sé que quiero tenerlo y que tiene derecho a tener un padre. Ha llegado el momento de regresar a San Francisco para hablar con Graham y decírselo. Si se une al equipo seré una mujer embarazada, si no lo hace entonces seré una madre y padre feliz, al igual que tú.

Maddi sonrió antes de darle un gran abrazo y acurrucarse junto a su hermana pequeña, orgullosa de su forma de ser y de lo mucho que había crecido. Ya no era aquella niña pequeña que siempre buscaba su aprobación y su conformidad para dar el más mínimo paso. ¡Iba a ser madre! Apenas había conseguido procesar aquella información cuando ya estaban en el porche de la casa despidiéndola. Su madre y los mellizos. Antes de subirse a la ranchera del señor Stephens que la llevaría al aeropuerto, sonrió a su hermana recordando lo que le dijo minutos antes en su habitación.

—No sigas cometiendo errores. Habla con él.

Si de algo había servido esa visita fue para que Maddison descubriera el miedo que sentía al poder perder a sus hijos. Siete años atrás no le había dicho lo del embarazo porque él miles de veces manifestó su disconformidad con traer niños al mundo. Sin embargo, después no lo buscó ni le había revelado el gran secreto al reencontrarse con él por miedo, y gracias a Phoebe había sido consciente de su gran temor.

23

Las vacaciones se terminaron en un suspiro. Era el momento de volver al hospital, pero el primer día decidió que no llegaría tan temprano y fue al bar de Kevin, ya que tenían la casa justo al lado y abrían al amanecer.

—¿Maddison? Qué extraño verte por aquí tan pronto.

—¿Y Kate? He pensado recogerla para llevarla al trabajo conmigo —respondió al marido de Katherine.

Le dijo que estaba en la casa ocupándose de los niños, a los que tenía que preparar para que su suegra, que estaría a punto de llegar, pudiera llevarlos al colegio. Ella la esperó en la puerta, a pesar de que Kevin le había dicho que podía subir a la casa. Cuando su secretaria bajó junto a los tres niños y la abuela de estos, se sorprendió de verla.

—¿Jefa?

—Hoy no traigo ni café ni bollos.

La madre de los tres chavales se dio cuenta de que algo sucedía. No iba a ser un buen día tras el breve descanso. Se despidió de sus niños y se subió al coche de la doctora, que estaba echada sobre el volante.

—Estoy tan perdida…

Kate le tocó la espalda con un par de toques tratando de obtener su atención. Maddi se echó hacia tras apoyándose sobre el asiento.

—No creo que pueda aguantar mucho más cruzándome con él por el hospital sin querer besarlo, abrazarlo y decirle lo mucho que le quiero.

—¿Y por qué no lo haces?

La neurocirujana la miró extrañada. Sabía de sobra que no podía hacer eso. Buscó las llaves para arrancar el coche, pero la secretaria la paró. No era consciente de que se le habían saltado las lágrimas. Katherine le tendió un pañuelo de tela bordado con sus iniciales y las de su esposo. Mucha gente podría pensar que era exagerado. Solo aquellos que han amado de verdad alguna vez lo comprenderían.

—A ese hombre no le interesa ninguna mujer que no seas tú. Estos días que no has estado no ha parado de deambular cerca de tu despacho. El primer día que estuviste de vacaciones comenzó a hacerlo hasta que le dije que no estabas. Asintió emitiendo un «aah», decepcionado y triste. Cariño, no he visto a ese hombre con la mirada feliz más que cuando tú andas por allí. Se le iluminan los ojos. Ni siquiera la petarda de Loren ha conseguido llamar su atención y no será porque esa mujer no lo intenta.

—¿Por qué tuvo que volver cuando estaba todo tranquilo?

—Cielo, tú tienes miedo…

—¡Por supuesto que lo tengo! A que se lleve a mis hijos, que son la razón de mi vida.

Katherine suspiró antes de hablar con el corazón, como siempre hacía con ella.

—No es solo eso, Maddi. Tienes miedo a volver a entregarte a él y que te rompa de nuevo en mil pedazos. A veces somos nuestro peor enemigo permitiendo que los miedos nos devoren y decidan por nosotros, tomando el control, las riendas. Tú no eres así, cariño. No le permitas ganar.

La doctora abrió los ojos tanto como la boca, pues fue plenamente consciente de que era cierto. No solo temía perder a sus hijos, sino volver a amar a aquel hombre que había sido tan importante y había dejado una marca tan profunda que no permitió a nadie más entrar en su corazón. Por mucho que Alexander quisiera salir con ella y la tratase siempre de maravilla como a la antigua usanza, cortejándola en toda regla, era inútil. Ya podía llamarse Alexander o como fuera, que Maddi cerró con llave la caja con sus sentimientos tirando la llave al mar.

—Es hora de irse al hospital.

Hicieron el trayecto hablando de cómo iban las cosas por el bar y con los chicos, evitando a toda costa el tema del nuevo médico, aunque Maddison no dejaba de pensar en él y en las palabras de su amiga y secretaria. Tenía miedo, era cierto, pero no podía permitirse el lujo de rendirse ante el pánico que le producía todo lo relacionado con él. Nada más llegar al trabajo, Kate se fue a por un par de cafés y algo para desayunar, ya que ambas salían de casa sin probar bocado y necesitaban algo para llenar el estómago.

—¿Frank? Muy temprano para ti. —Su compañero estaba esperándola en la puerta de su despacho.

Abrió con llave seguida del neurocirujano, que portaba una carpeta grande con él. Lo que le dijo a continuación no se lo esperaba ni por asomo.

—Recordarás que esta semana me caso y me voy de luna de miel quince días.

La doctora dejó las llaves sobre la mesa; de hecho, se le cayeron y entonces fue consciente de por qué estaba allí aquel compañero con el que se llevaba tan mal.

—¿Ya es la boda?

—Mucho me temo que sí.

No había conocido a hombre menos enamorado que ese. Katherine y ella conocían a la futura esposa, Helen, y sentían pena por ella. Era la hija de uno de los dueños del hospital y por eso pensaban que él quería casarse con ella, debido al estatus social. La chica en cuestión era empresaria como su padre y tenía varios negocios que funcionaban a las mil maravillas. Joven, exitosa, atractiva, extrovertida…, solo tenía un único defecto y era creer en las personas que le vendían humo, como Frank. Para él era simplemente un filón, una forma de ascender en la sociedad, en los círculos de medicina de Topeka.

—No se te ve muy feliz.

—Al contrario, solo que yo la felicidad la llevo por dentro; no como otros que necesitan expresarla agobiando a los demás con tanta purpurina y arcoíris.

Era un imbécil integral. Pobre Helen, enamorada de la persona equivocada. Con lo infeliz que iba a ser al lado de semejante hombre que seguramente tendría a otras mujeres en su cama aún saliendo con ella. Una vida solitaria y falta de esperanza le esperaba.

—Siéntate y dime a qué debo entonces el enorme honor de tu presencia hoy aquí a mi vuelta de vacaciones —ambos se sentaron y ella se sintió poderosa en su silla de jefa.

—Te traigo la carpeta con todo el trabajo que llevamos hasta ahora en el proyecto de los aneurismas cerebrales pues, como te he dicho, me voy de viaje de novios y no podré estar pendiente del trabajo. Comunícate con Michael para que te informe de los detalles. Le dejo al cargo porque Loren será muy buena doctora, pero para organizarse es un desastre.

Se le cayó el mundo encima al darse cuenta de que a partir del lunes tendría que estar en contacto casi a diario con su exnovio para el proyecto. No quería verlo, mucho menos trabajar a su lado. Tenerlo en su despacho como a Frank en ese instante solamente la haría sentirse irremediablemente atraída por él. Estaba convencida de que si pasaban mucho tiempo juntos no podría contenerse y se lanzaría a sus brazos sin remedio.

—Frank, no me informaste de tu viaje antes de comenzar el proyecto y no me parece nada serio por tu parte marcharte y dejarnos tirados.

—Mira, Maddison, lo primero: ya te avisé de la fecha de mi boda; y, de hecho, tengo testigos como tu querida secretaria, Katherine. Segundo: el proyecto estaba en espera de ser aprobado y no sabíamos cuándo iba a suceder. Yo no puedo poner mi vida en suspenso por el trabajo. Lo siento, pero no.

La jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka se mordió la lengua, pues no se trataba de empezar una pelea verbal con aquel sujeto. Entendía sus justificaciones, pero era el tono lo que le sentaba mal. Inspiró antes de hablar.

—Perfecto. Dame esa carpeta y vuelve a tu trabajo.

Le pasó la documentación, satisfecho, con la sonrisa prepotente en el rostro. Ella empezó a hojear los papales deseando que se marchara de allí, pues no soportaba su presencia.

—El sábado nos vemos en la boda.

Se olvidó por completo de que, como jefa del servicio de neurocirugía del hospital, tenía que acudir al evento. Se le encendió la bombilla y recordó que Michael era amigo del novio que se casaba en dos días. Seguramente se verían allí. La cosa empezaba a empeorar y de qué manera.

24

Se llevó todos los documentos a casa para empaparse bien de ellos, ya que había puesto toda su confianza en Frank y le llegaban los informes resumidos de los avances del proyecto. El futuro novio podía ser un ser sin escrúpulos que le interesaba ascender en su trabajo, pero como profesional era uno de los mejores. El viernes no fue al hospital para ponerse al día. Kate le pasó las consultas a otro compañero y ella así pudo estar pendiente de aquel proyecto pionero en Kansas.

—¡Mamá! Alice no quiere jugar conmigo y estoy aburrido.

Pero lo malo de trabajar desde casa es que tus hijos no te dejan mucho tiempo para ello. Al lado de su habitación había un cuarto que durante años fue el despacho donde su padre se encargaba de las cuentas y la gestión del rancho. Cuando Maddison regresó al hogar familiar lo preparó para ella y desde allí trabajaba cuando no iba al trabajo. Pudo cancelar sus visitas a los pacientes, pero no las reuniones con otros especialistas por lo que tenía videoconferencias.

—Jayden, mamá está trabajando —le dijo tras ir a su cuarto.

—Es que Mary Alice no me hace caso —se quejaba el pequeño.

Su madre se sentó en la alfombra con dibujos de coches y carreteras donde los mellizos jugaban o leían cuentos que le regalaban a sus abuelos o a su madre. Le dio un beso en la cabeza y jugó un poco con él hasta que tuvo que irse a la primera videoconferencia.

—Cuando tu hermana termine con sus tareas podrás jugar con ella, ¿vale?

El pequeño Jayden se encogió de hombros con aspecto triste y a Maddi le pareció de lo más raro, ya que afortunadamente sus dos hijos eran niños alegres y vitales. Jugueteaba con un coche en silencio.

—Mi amor, ¿qué pasa?

Volvió a encogerse de hombros sin responder.

—Jayden, mírame y dime qué te pasa. ¿Has discutido con tu hermana? ¿Con algún amiguito? ¿Los abuelos?

A cada pregunta él negaba con la cabeza con aspecto muy triste, a ella empezó a preocuparle aquello mientras miraba el reloj de muñeca, regalo de Michael hace años del que no se había podido despegar nunca.

—Dile a mamá qué pasa antes de que se vaya a trabajar. Tengo que volver al despacho, cariño.

—No es nada, mamá. Solo que el otro día Kevin me dijo que su padre le iba a llevar de picnic y Johnny me contó que se iba a galopar con los caballos los fines de semana con el suyo.

—¿Y?

Ella ya se imaginaba por donde iban los tiros, pero quería que su hijo expresara en alto aquello que le hacía sentirse mal.

—Pues que ellos tienen padres con los que hacen cosas y nosotros no.

—Bueno, mi amor, pero estoy yo, está el abuelo… con nosotros hacéis cosas. ¿No es suficiente eso? —Le acariciaba el cabello moreno heredado de Michael con cariño.

El niño alzó la cabeza y miró a su madre con los ojos más tristes y nostálgicos que nunca había visto la doctora. Aquello le rompió el corazón. Sabía que algún día llegarían las preguntas y las reclamaciones de no tener la figura paterna, aunque nunca creyó que fuera tan pronto.

—¿Por qué no podemos tener un padre nosotros? ¿Es que no nos quería?

Maddison abrazó a su hijo en lugar de contestarle, pues no sabía qué podía decirle. Ojalá borrar la pena que apresaba a su pequeño de siete años. Lo meció en sus brazos tarareando una canción que le cantaba cuando era bebé y el niño la acompañó distrayéndose de su incómoda pregunta. La abuela apareció y les hizo una fotografía al ver la tierna escena: ellos abrazados mirándose a los ojos cantando de forma sonriente. A la señora Stephens no le gustaba usar los móviles y su marido le había regalado una nueva cámara de fotos que a veces utilizaba con sus familiares. Solía llevarla con ella. Era una de sus grandes pasiones junto a la cocina. Había pasado por la puerta minutos antes y, al ver la estampa de su hija y nieto, fue hasta su cuarto a por ella.

La neurocirujana dejó a abuela y nieto leyendo el último libro que le había regalado. Miró a los dos sentados sobre la mecedora, pues la abuela prefería sentarse allí a tirarse al suelo. Los achaques de la edad no le permitían ya hacer según qué tipo de actividades. Volvió al despacho con el nudo en la garganta al recordar las preguntas de su hijo. El pitido de la videoconferencia le hizo

olvidarse por un instante del amargo momento y se centró en su trabajo al cien por cien.

Cuando terminó de trabajar salió del despacho llevada por las risas de sus pequeños. Estaban en la cocina ayudando a la abuela a hacer una tarta de manzana. El abuelo llegó en ese instante y se unió al caos que reinaba. Maddison tomó la cámara de fotos que descansaba sobre la mesa donde comían y les hizo una fotografía, retratando la felicidad en una cocina sucia y llena de cacharros manchados para después unirse a ellos.

25

Llegó el día de la boda de Frank y su jefa no tenía ningunas ganas de acudir al evento. Evento al que acudirían personalidades de todos los campos: médicos, actores, presentadores de televisión… Y es que uno de los dueños del hospital de Topeka había tratado a personas muy importantes. Era una celebración a la que iban a acudir más de quinientas personas. Si hubiera sido su boda lo hubiera pasado fatal con tantos ojos puestos en ella. Nada más abrir los ojos oyó a su hijo Jayden llorar, pero no era el típico llanto de enfado sino de dolor. Dio un salto en la cama y bajó los escalones de dos en dos con riesgo de caerse.

—¡Jayden!

Vio a la abuela que lo sostenía con el brazo derecho en alto. El pequeño al ver a su madre arrancó a llorar más fuerte y Maddi sentía que se le paraba el corazón. Mary Alice y su padre no estaban por allí.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que este pequeño loco se ha emocionado y ha comenzado a saltar los escalones de cuatro en cuatro, a pesar de que la abuela le ha dicho que parase. A la segunda vez que lo ha intentado ha caído sobre el brazo al aterrizar.

Maddison lo examinó y se dio cuenta de que estaba roto. Con cuidado lo sentó intentando calmarlo, aunque era muy difícil. Su madre hacía lo mismo y ni una ni otra lo conseguían.

—¿Jayden?

Su hermana melliza entró con una sonrisa antes de su abuelo, pero al ver al hermano se le ensombreció el rostro. Corrió hacia él y le tocó la cara con la mano derecha diciéndole que no se preocupase, que todo se iba a arreglar. La madre de los niños aprovechó que parecía que se tranquilizaba gracias a los mimos de la hermana y fue rauda escaleras arriba a vestirse. Voló y en menos de cinco minutos ya estaban en la ranchera familiar camino al hospital. La abuela se quedó en casa con Mary Alice a la espera de noticias y su padre se fue con ella. Al llegar a Urgencias le hicieron

una radiografía y le tuvieron que inmovilizar el brazo con una escayola para que soldase el hueso roto. Mínimo quince días y para el dolor un calmante suave. Hizo el camino de regreso a casa en los brazos de su madre, rendido por el dolor y el susto. Al llegar al rancho su hermana lo animó diciéndole que le pintaría la escayola al igual que los compañeros de clase.

—Si no te das prisa no llegarás a la boda —le dijo su madre.

—¿Pero es que piensas que voy a ir?

Su madre la cogió del brazo alejándola del bullicio de Alice animando a su hermano y al abuelo acompañándola.

—Maddison Elizabeth Stephens, soy su abuela y creo que os he criado bien a tu hermana y a ti para saber cómo gestionar el accidente.

—Pero, mamá, yo no quiero ir. Quiero quedarme con él. —Señaló al pequeño al que le volvía el color sonrosado a las mejillas, aunque le costaba reírse debido al dolor que sentía.

El abuelo se acercó a madre e hija dejando a los mellizos sentados en el sofá charlando tranquilamente de sus cosas, como a ellos les gustaba decir. Vio en el rostro de su hija preocupación y desolación.

—Maddi, tienes a un valiente ahí con su hermana. Debes estar muy orgullosa de los dos.

A la doctora se le llenaron los ojos de lágrimas por el susto que se había llevado al ver a su pequeño con el brazo roto llorando desconsolado. Se alejaron llegando a la zona de la cocina, donde cayó sentada en una silla.

—¿Soy una madre pésima?

—¿Por qué dices eso, hija?

Su padre se sentó junto a ella sin entender a qué se refería. Era tan buena madre como lo suya lo fue cuando le pusieron a sus hijas en los brazos. Se había desvivido por los mellizos desde el día de su nacimiento, sumándole la dificultad de criarlos sin un padre. Estaba sola desde el primer momento sin el apoyo paterno, ya que por mucho que ellos la ayudasen no era igual que contar con un compañero de vida.

—Eres una de las mejores neurocirujanas que conozco a pesar de todas las dificultades a las que te has enfrentado, hija mía. No es fácil estar donde tú estás profesionalmente a tu edad. Y siempre lo has hecho todo por el bien de tus pequeños. El estrés, la falta de tiempo para estar con ellos… todo por esos dos pequeñuelos que hay allí… —Hizo una pausa—. Pero, hija, tú tienes que seguir haciendo tu vida al margen de ellos, porque crecerán y se harán

mayores. Volarán como lo hicisteis tú y tu hermana. Por eso quiero que te quede grabado bien a fuego en la cabeza que ellos saben que eres una de las mejores madres del mundo. Que se esfuerza y sacrifica para que no les falte de nada nunca. No vuelvas a decir nunca más que eres una pésima madre.

—Y ahora sube a ponerte ese vestido tan precioso que te compraste para la boda de Frank. Disfruta con tus compañeros de trabajo y no te preocupes, que sus abuelos cuidarán de él —apostilló la madre acercándose a su hija. Ambos progenitores la abrazaron y ella se emocionó al sentirse tan valorada y amada.

Una hora más tarde bajaba las escaleras, enfundada en un atractivo vestido con un acabado con toques de encaje floral en el corpiño y una falda de gasa en tono rosa pálido.

—Ese cuerpo de encaje es una maravilla.

—Se llama *crochet*, mamá.

—Como sea…, y ese cinturón de seda en la cintura es precioso también. Dios mío, creo que me voy a emocionar y todo. —A la señora Stephens se le saltaron las lágrimas y los niños aplaudieron al verla.

—Mamá, estás guapísima. ¡Pareces una princesa! —gritó Alice al verla.

—Bueno, cariño, el maquillaje y el peinado también hacen mucho.

Llevaba un moño bajo perfectamente ajustado y maquillada en tonos pastel muy suaves a juego con el precioso vestido que se compró con la ayuda de Katherine un mes antes. Un mes antes de que Michael reapareciera en su vida trastocándola y dejándola patas arriba.

Se despidió de los niños dándoles un beso y asegurándoles que volvería pronto. Le aseguró sobre todo a Jayden que estaría en casa antes de que se fuera a la cama, pero que aun así podía llamarla o escribirle al móvil si lo necesitaba. Casi tuvieron que echarla de casa y al subirse al vehículo se dio cuenta de que llegaba tarde y eso solamente podía hacerlo la novia. Llegó tan apresurada al evento que casi se llevó por delante a un par de camareros que la miraron mal al bajarse del coche.

—Lo siento… —se apresuró a decir, aunque siguieron mirándola con mala cara.

No había nadie ya en la puerta de la iglesia y a lo lejos se acercaba el coche de la novia. Corrió a entrar en el templo antes de que lo hiciera Helen, para evitar que todos los invitados allí congregados pensaran que era ella la novia. La música empezó a

sonar y todos se pusieron en pie al verla entrar. Maddison, que iba caminando cogiéndose el vestido con la mano derecha, se sonrojó y sonrió disimulando. No fue hasta donde debía sentarse, sino que se quedó en los bancos del final para no llamar más la atención.

La marcha nupcial sonó y de nuevo los invitados se levantaron entonces sí para ver entrar a Helen de la mano de su padre. Con el velo por la cara y un vestido de encaje caminaba feliz con su progenitor. Al llegar hasta el altar todos se sentaron y empezó la boda. Una hora más tarde abandonaban la iglesia para recibir pétalos de flores de distintos colores y aplausos de la gente a la que invitaron, y a la que no conocían al cien por cien. Muchos de los que fueron eran invitados de su padre y Helen tenía que saludarlos uno a uno a pesar de no tener la más remota idea de quiénes eran.

Maddison no dejó de mirar el teléfono, por si su madre le escribía o la llamaba. Salió de las primeras del templo con el auricular pegado en la oreja llamando a casa. Quince minutos más tarde se quedó algo más tranquila al saber que Jayden estaba bien, dentro de lo que cabía.

—Una muy buena entrada, sin duda.

Oyó a Michael hablar a su espalda y le faltó el aire. Se giró sin poder evitar la sonrisa absurda al verlo con el impecable traje azul marino tan elegante. Guardó el móvil en el bolso de mano y asintió encogiéndose de hombros al mismo tiempo.

—Ya sabes que me gusta llamar la atención —mintió, pues era lo que más odiaba.

Él elevó una ceja mirándola y acto seguido a la doctora se le escapó una risotada. Comenzó a andar hacia la carpa donde tenía lugar la comida tras la boda, con el médico neoyorquino a su lado.

—Pues creo que lo has logrado. Has deslumbrado más que la propia novia.

—No digas eso, que está feo. —No quería acercarse mucho a ella para no asustarla y que saliera corriendo, pero su cuerpo solo se arrimaba al de ella.

—Es la verdad. Yo incluso diría que el novio te ha mirado más a ti que a su propia esposa.

Llegaron a la carpa y miraron las pequeñas tarjetas de la mesa principal en las que ponía dónde debían sentarse durante el almuerzo.

—Me parece que eso es lo peor. Sinceramente, no comprendo cómo una mujer como Helen se ha querido casar con alguien como Frank. No me mires así, porque sé que es tu amigo, pero es un ligón y no le importa mirar a otras mujeres hasta con la suya delante. Es

horrible.

—No lo defiendo y nunca lo he hecho. Para ser sincero, no lo recordaba así.

La gente comenzó a arremolinarse a su alrededor para poder acceder a las tarjetas y Maddison se retiró de la mesa. Llegó entonces Loren llamando la atención de su acompañante hasta el momento. De reojo les observó y decidió que lo mejor que podía hacer para su salud mental era alejarse cuanto antes de allí. Se sentó en su mesa descubriendo que sus compañeros de mesa eran otros neurocirujanos con los que se llevaba bastante bien, así que se alegró mucho. Vio que cruzaban la pista Loren y Michael con ella colgada de su brazo mientras charlaban animadamente.

Los novios hicieron su entrada y de nuevo la gente se puso en pie aplaudiéndoles. Helen estaba radiante saludando a los invitados. No obstante, él parecía que estaba deseando que toda aquella parafernalia finalizase cuanto antes. Comieron sin que Maddison dejase de mirar el móvil. Recibió algunos mensajes de su hijo Jayden, al que llamó un par de veces a lo largo del almuerzo. Se alejaba de la mesa y se la veía hablar entre risas. No se le perdía detalle a Michael, que miraba de reojo fingiendo que escuchaba las tonterías de Loren. Se excusó una de esas veces y fue hasta donde estaba su exnovia, cortando su llamada con una sonrisa en la cara.

—¿Va todo bien? —preguntó fingiendo que pensaba que algo iba mal.

—Perfectamente —inició su camino un paso tras otro hasta que él la tomó por el brazo.

—¿Qué haces?

Ambos se miraron a los ojos sin pronunciar palabra. Él porque lo que deseaba era estar todo el tiempo posible junto a ella; Maddi porque no podía permitirse caer rendida ante Michael, por mucho que su corazón le dijera que sí. Debía hacer caso a la mente.

—Hoy estás impresionante, de verdad. Has obnubilado a todos, sobre todo a mí.

Ella abrió la boca impresionada por lo que le acababa de decir. Dio un paso hacia él sintiendo cómo las fuerzas la estaban abandonando. Michael dio otro paso soltándole el brazo para rozar los dedos unos con otros. Los cuerpos vibrando por la cercanía del otro provocaron que se acercaran otro paso más. Quince centímetros de distancia, diez, siete…, y entonces sonó el teléfono de ella.

26

Salvada por el sonido del móvil. Descolgó inmediatamente, alejándose para responder con rapidez. De reojo miraba al sitio donde había estado con Michael, que permanecía allí. ¿Estaría esperándola? Jayden quiso de nuevo hablar con su madre, más con intención de llamar la atención que realmente porque le sucediese algo. Maddison oyó un forcejeo y unas voces para oír a su madre diciéndole que estaba todo bien y que prometía que ya no la llamarían más.

—Disfruta de la boda, baila y pásalo bien.

—¡Pero dile a Jayden que lo quiero!

No pudo acabar la frase cuando su madre ya le había colgado el teléfono. Al girarse se topó con el padre de sus hijos. Dio un respingo en el que casi se le cayó el teléfono.

—¿Va todo bien?

—Te estás repitiendo —continuó caminando seguida de él, aunque no volvió a hablarle.

Se sentó de nuevo con sus compañeros y el neurocirujano regresó a la mesa donde tenía que soportar a Loren el resto de la velada. De vez en cuando se miraban uno al otro para apartar la mirada en cuanto el otro se daba cuenta. Ya no hubo más llamadas ni mensajes, cosa que la inquietó un poco, pero confió en lo que su madre le dijo antes de salir de casa.

Ya bien entrada la tarde pasaron a otra carpa donde no había mesas más que una barra con varios camareros tras ella donde servían copas. A esas horas quedaba menos gente en la celebración y era más fácil ver a todos los compañeros del hospital y a los novios. Helen no se soltaba de la mano de Frank sonriendo sin parar, a diferencia de su recién estrenado marido, que parecía que deseaba salir corriendo.

Comenzó el baile y los novios lo abrieron con el tradicional vals, aunque el marido más bien parecía que tenía dos pies izquierdos. Su mujer disimulaba sin parar de sonreír, pero se la notaba nerviosa. Miles de flashes inmortalizaban el baile más importante en la vida

con tu pareja, y más siendo la hija de una persona tan importante. Precisamente fue su padre quien bailó con ella en un momento dado. Era un instante muy tierno que hizo a Maddi emocionarse. Pensó en que ella no había vivido eso con su padre al no haberse casado; y también pensó en su hija Mary Alice, que nunca podría bailar con su padre el día de su boda.

—¿Me prometes que me concederás algún baile?

—Todos los que desees —respondió a su compañero Alexander.

La tomó de la mano y fueron a la pista a bailar ante los ojos del resto de personal del hospital, que ya empezaban a hablar sobre ellos. Se rumoreaba que estaban saliendo o que finalmente el trabajo de él iba a dar sus frutos. Michael, en la otra esquina de la carpa, sostenía una copa de champán en la mano sin dejar de observarlos. Sentía celos porque quien debía estar cogiendo de la cintura a la jefa de Neurocirugía era él. Era su derecho tras tantos años juntos y no la de aquel tipo que se comía con los ojos a la mujer que amaba.

La música en directo de un grupo de *country* muy famoso fue otro momento importante de la boda. Bailaron sin control, desgañitándose cantando, aplaudiendo fervorosamente muy emocionados. A Loren no le gustaba ese tipo de música en absoluto. Se le notaba por la cara de disgusto que tenía al ver a sus compañeros desatados, entre ellos a Maddison.

—Qué vulgaridad —susurró entre dientes.

Michael acabó su bebida y aprovechó para ir a pedir otra copa. Por unos segundos podía alejarse de la mujer que no dejaba de agobiarle con charlas que no le interesaban lo más mínimo; eso cuando no intentaba tocarlo y agarrarlo. Maddison por su parte consiguió zafarse de Alexander, que desde que bailaron por primera vez no se alejaba de ella. En un descuido de su compañero ella salió de la carpa camino al estanque cercano donde aún se escuchaba la música.

—¿Estás huyendo?

Se le curvó la sonrisa en la cara al oír la voz de Michael a sus espaldas.

—¿Al igual que tú?

Él se acercó a ella inundando el ambiente con su fragancia. Maddi cerró los ojos un instante recordando otros tiempos. Se posicionó a su lado, pero sin rozarse. Ambos miraban el estanque con los nenúfares y los pétalos de flores que habían vertido sobre él.

—Touché.

—No te he visto bailar y recuerdo que te gustaba mucho hacerlo

—le dijo ella con la vista fija en el pequeño lago con un atardecer precioso reflejando la luz en el agua.

—A ti sí que te he visto bailar y disfrutar. Sigues siendo la misma chica de la que me enamoré, por mucho que intentes decirme que no lo eres.

El silencio se alargaba entre una pregunta y otra. Él la dejó pensar, mordiéndose la lengua, aunque presionándola un poco cada vez que hablaba.

—¿Bailamos?

Los acordes de una nueva canción llegaban hasta esa zona del estanque. No había nadie a su alrededor. Maddison miró hacia la carpa donde los invitados seguían bailando. Después lo miró a él, que le ofrecía una mano que ella aceptó. Ya se arrepentiría más tarde, habría tiempo, pero por el momento deseaba disfrutar de ese breve y mágico momento con Michael. Él la tomó por la cintura con ambas manos a la vez que ella le rodeaba el cuello con las suyas. En esa posición no cabía la opción de no mirarse a los ojos. La letra que les llegaba les iba calando hondo, y abrían la boca para recuperar el aliento que perdían en cada respiración.

—¿Eres feliz, Maddi?

—Claro, ¿tú no? —se hizo la fuerte.

—Yo no sé ser feliz…, desde que desapareciste de mi vida no sé cómo serlo.

—Michael, no…

Se separó de él, pero fue rápido y volvió a cogerla por los brazos. No deseaba separarse de ella nunca, pero como eso no iba a ser posible, porque ella no se lo permitiría, al menos quería poder disfrutar de esos minutos que durase la canción en sus brazos.

—No sigas, por favor —le rogó.

Él asintió con la cabeza y volvieron a la postura anterior mirándose a los ojos, escuchando la melodía que les iba destrozando el corazón con cada letra. La canción hablaba de un amor perdido, de una persona que le decía a otra que le sobraba el aire si no estaba allí, que no entendía por qué seguía amándola.

Y quizá fuera producto de la canción o de que no pudieron resistir más la atracción que sentían uno por otro, que se fueron acercando lentamente hasta que unieron los labios en un beso. Michael añoraba sus cálidos besos. El deseo de protegerla, cuidarla, amarla, crecía de nuevo cada día más. Ella temblaba de pura emoción, movieron los labios despacio, recorriendo cada centímetro sin negarse a ese beso. De nuevo, Maddison sentía las mismas emociones que cuando estaban en Nueva York y eran felices. El

corazón acelerado, tanto que parecía que les iba a dar un infarto. Cuando se separaron él aguardó a que ella, como siempre, se arrepintiese de aquello y saliera huyendo.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —no le soltó la mano, aunque ella se alejó bastante de él.

—¿Quién es Jayden?

No pudo evitar querer saber quién era aquel nombre que había escuchado en una conversación que mantuvo ella por teléfono. A la doctora casi se le salió el corazón del pecho al escuchar el nombre de su hijo en sus labios. Quiso irse, pero él no la soltaba.

—Deja que me vaya.

—No puedo. Si lo hago no contestarás a mis preguntas ni podré respirar sin ti a mi lado. Apenas puedo hacerlo cuando tú no estás. Llevo siete años malviviendo, sobreviviendo, y ahora que te he encontrado de nuevo, quiero vivir otra vez, Maddi.

Ella le acarició la mejilla con la otra mano y le besó la mano que sostenía la suya, soltándose. Le sonrió y salió andando hacia la carpa casi en una carrera, todo lo que sus tacones le permitieron. Cogió el bolso y se despidió de algunos compañeros. Una vez más, salía huyendo.

27

Jayden se fue recuperando con más rapidez de lo esperado, y es que los niños siempre sorprendían a los adultos en cuestión de accidentes y enfermedades. Frank llevaba una semana de viaje de novios por Europa y había estado casi a diario comunicándose con Michael para saber cómo iban los avances del proyecto. Con eso ya se veía lo poco emocionado que le hacía estar con su mujer disfrutando de unos días de descanso.

Maddison había tenido muchas reuniones y a duras penas pudo saber cómo iban con el proyecto, para su suerte, pues desde la boda se había cruzado con su expareja algunas veces, pero sin llegar a mediar palabra. Suspiró ante la carga de trabajo que se le presentaba sin sospechar que su secretaria acabaría aguándole el resto del día.

—¿Cómo lo llevas?

Era casi mediodía y no llevaba comida de casa, así que quería poder bajar a la cafetería un rato a comer algo que engañase al estómago para después continuar con el estresante trabajo.

—Tengo dos noticias. Una buena y una mala. ¿Cuál quieres primero?

La jefa de Neurocirugía con el bolso en la mano se quedó quieta al escucharla. Resignada, se volvió a sentar haciendo una señal con la mano para que hablase. Katherine aguardó levantando las cejas.

—La buena.

—Loren se ha roto una pierna y está de baja hasta nuevo aviso, que al parecer no será pronto, según el traumatólogo que la ha visto.

—¿Esa es la buena? Ahora tengo que buscar a otro neurocirujano para entrar al proyecto. Con Frank lejos no creo que Michael pueda llevar a cabo todo el proceso —le confesó a su amiga.

—Pues entonces no sé si te gustará la mala —mencionó.

—Sorpréndeme…

—¿Recuerdas que todos los años hay un congreso al que el

hospital de Topeka acude para poner al día al resto de la comunidad científica de los proyectos en los que está inmerso?

Maddi asintió despacio no queriendo escuchar el final de aquel monólogo.

—Felicidades. Este es el primer congreso al que acudirás como jefa.

Se llevó las manos a la cabeza hundiéndola en ellas sin dejar de negar. No podía ser. Todo de golpe. Era su primer año como jefa del departamento de Neurocirugía y ya le costaba bastante hacerse con el mando, que algunos de sus compañeros no creyeran que le habían regalado el puesto, lidiar con unos y con otros, etc.

—No tiene que acudir la jefa de Neurocirugía. De hecho, no recuerdo que el señor Williams acudiera a los últimos quince… —dijo, haciendo referencia al doctor que se había jubilado y al que ella sustituía.

—Tienes razón, pero sí tiene que ir la responsable del proyecto con uno de los médicos que trabaje en él. Frank, que es quien más conoce el proyecto, está de luna de miel. Loren lesionada y de baja. Creo que adivinas con quién irás…

—¡No! Eso sí que no, por encima de mi cadáver. Irá otro conmigo. Ni de broma pienso ir con Michael al congreso. ¿Crees que podré estar tres días cerca de él, día y noche? ¡Tú estás loca!

Katherine se sentó, le entregó los papeles de inscripción del congreso dejándolos sobre la mesa de su jefa, que parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro.

—Frank siempre te ha dicho que Michael es muy eficiente y de los mejores médicos que ha llegado a este hospital. Sabes que estos días en ausencia del jefe del proyecto es tu ex quien lo lleva todo organizado y a las mil maravillas.

Maddison no podía respirar, se estaba ahogando solo de pensar que tenía que ir a ese maldito congreso, pues esa era su misión. El trabajo, por eso estaba en el hospital. Tenía que dejar los sentimientos a un lado y ser profesional, como siempre había sabido serlo.

—Está bien, ve a verlo, dile que tiene que venir a mi despacho antes de marcharse esta tarde y que sea lo que Dios quiera.

La secretaria murmuró algo entre dientes que no fue audible, aunque ella se imaginaba que sería algo malvado a juzgar por su sonrisa. Comió algo que pidió por mensajero y el resto del día no fue muy productiva pensando en aquel congreso y en tener que decírselo. Estaba convencida de que a él le iba a encantar la idea mientras ella deseaba, como siempre, huir lo más lejos posible. A

eso de las siete de la tarde Kate la llamó por el teléfono que tenía en el despacho.

—Michael acaba de llegar. —Sintió que le faltaba el aire al oír su nombre y le dijo que le hiciera pasar.

—Buenas noches, Maddi.

Estaba tan guapo como siempre, o incluso más, siendo tan tarde y llevando todo el día trabajando en el hospital era increíble. No estaba ni demacrado ni tenía aspecto de cansado. Siempre le había sucedido y muchas veces ella le decía que, si tenía un pacto con el diablo, pues apenas se le notaba el pasar del tiempo.

—Seré breve, pues seguro que estás deseando irte a casa y yo también. —Hizo una pausa mientras él se sentaba sin dejar de observarla, algo que la incomodaba muchísimo. Le costaba mirarle a los ojos—. Lo primero: no sé si sabrás que Loren está de baja por romperse una pierna.

—Me lo ha dicho, sí.

—¡Vaya! Qué buena comunicación entre vosotros, cómo fluye —ironizó muerta de celos.

—A diferencia de ti, yo me comunico perfectamente con todo el personal de este sitio.

—¿Qué quieres decir con eso? —quiso saber, molesta.

—Pues que yo no soy el que tiene un problema de comunicación.

Chasqueó la lengua viendo que era imposible ser amable, ya que él no perdía oportunidad de lanzarle un dardo envenenado. Maldito fuera…

—No…, si con ella ya vi que te comunicabas muy bien en la boda de Frank. —Él levantó la ceja haciendo una mueca.

—¿Eso es lo que crees?

—No importa lo que yo crea; además, estamos aquí para hablar de trabajo. Lo demás carece de importancia —confirmó poniéndose muy rígida en la silla.

—Para ti…, a mí sí que me importa lo que pienses. Loren es una compañera más con la que me llevo bien y a quien sentaron a mi lado en la mesa. No tengo ninguna clase de relación sentimental con ella.

Maddison no quería seguir hablando de eso, porque seguía sintiendo los celos que no deseaba sentir. Abrió la inscripción que Katherine le había llevado horas antes viendo el programa del congreso y evitando la mirada de Michael a toda costa. Sin embargo, él no se lo iba a poner tan fácil y alargó el brazo rozando su mano con los dedos. Un escalofrío la hizo encontrarse con la

mirada de él y dio un respingo en la silla.

—Con quien quisiera tener más comunicación es contigo, pero no me dejas…

Ella retiró la mano como si le quemara, abriéndola y cerrándola un par de veces. Se giró en la silla dándole la espalda, pues empezaba a notar cómo se ahogaba con la mirada de aquel hombre puesta en ella. Tenía que ser fuerte y no sucumbir una vez más a él, pero es que era tan tremendamente difícil… Se puso en pie y sacó a la profesional que llevaba dentro.

—Ya es tarde e imagino que querrás irte a casa después de un día duro. Yo al menos no puedo esperar a estar en mi hogar rodeada de los míos —entonces fue ella quien le tiró el dardo—. El viernes tenemos que salir en un avión al congreso donde tendremos que hablar sobre el proyecto, tú como médico involucrado en él y yo como jefa de la especialidad en la que se lleva a cabo. No nos queda mucho tiempo, así que a partir de mañana por la tarde buscaremos ambos un hueco para poder prepararlo lo mejor posible. ¿Ha quedado claro?

—Meridiano —contestó, echándose sobre la silla cruzado de brazos y el semblante feliz al saber que iba a volver a pasar tanto tiempo a su lado.

—De acuerdo, pues mañana hablaré con Katherine para que te diga a qué hora debes venir, pues tengo algunas citas pendientes. —Miraba la agenda de cuero beige donde tenía apuntado al milímetro cada pequeña cosa que reinaba en su vida.

Michael se levantó estirándose pues, a pesar de no aparentarlo físicamente, estaba realmente agotado. Se dirigió a la puerta, pero antes de irse se giró para mirarla.

—Esta vez no podrás salir huyendo. —Y se marchó.

28

Comenzaba a hacer frío en Topeka y llevar una chaqueta de lana ya no bastaba para resguardarse de la frialdad de las primeras horas de la mañana. Maddison se enfundó en su chaquetón amarillo y, tras coger el bolso con toda la documentación del proyecto que estaban llevando a cabo en el hospital, salió de casa muy temprano. Ni siquiera su madre, que era la primera en despertarse, estaba levantada. Se compró un café en un servicio de veinticuatro horas y una chocolatina y se subió al coche camino al trabajo. Al llegar aún estaban sus compañeros de guardia por allí. A ella le había tocado guardia esa noche, pero no era necesario estar físicamente en el hospital. Con estar pendiente de una llamada al móvil era suficiente. Afortunadamente no sonó en toda la noche, porque no la necesitaron y pudo empaparse bien del proyecto que debía defender y argumentar en el congreso anual de neurocirujanos.

Se dio una vuelta por Urgencias para después llegar al laboratorio donde trabajaban en el proyecto de los aneurismas cerebrales. Se le pasó volando el tiempo y no se dio cuenta de que los trabajadores empezaban a llegar, cuando alguien entró en aquel lugar y le rozó la espalda. Ella se sobresaltó, quitándose las gafas que utilizaba para leer de cerca.

—Dios santo, qué susto. Casi me da un infarto.

—Perdona, no era mi intención. Hoy te has adelantado a todos —murmuró un aún somnoliento Michael, que se dejó caer en el taburete a su lado.

—He estado de guardia en casa y entre duermevela y duermevela he estado leyendo toda la documentación que me dejó Frank.

El médico vio los papeles a los que se refería asintiendo con la cabeza. Bostezó y se estiró crujiéndole el cuello.

—¡No hagas eso! Siempre he odiado que te crujiera tanto el cuerpo.

Él se rio de forma encantadora y Maddi dejó de fruncir el ceño riéndose con él. Se miraron y por un segundo recordaron aquellos

instantes en los que él, en el piso de Manhattan, llegaba de trabajar y, antes de darse una ducha, se estiraba de tal forma que le crujían todos los huesos del cuerpo. Ella, si estaba sentada en el sofá descansando tras la dura jornada, le lanzaba los cojines que él acababa parando antes de lanzarse a por ella para comérsela a besos.

—¡Buenos días!

El recuerdo se evaporó al escuchar la voz familiar de una doctora que se suponía que estaba de baja por la lesión en la pierna. Ambos dirigieron la mirada hasta la puerta. Allí estaba Loren con las muletas, pero tan arreglada como siempre. A su jefa se le abrió la boca al ver que iba a trabajar al hospital de aquella forma.

—¿Qué haces aquí? —le salió del alma.

—He venido a trabajar. No me puedo permitir quedarme en casa.

En cierto modo era cierto que las personas que tenían problemas de salud apenas podían seguir adelante, pues la Sanidad era terrible en Estados Unidos. Facturas y facturas de miles de dólares que arruinaban a veces a los pacientes. No obstante, a ella no le faltaba el dinero de ninguna de las maneras. Su familia era millonaria desde hacía décadas y ella misma contaba con una buena riqueza. Su estilo de vida no era sencillo precisamente.

—Pero ¿qué haces aquí estando como estás? —preguntó él.

Loren se apoyó en una de las muletas sujetándose con dificultad y miró a Michael desafiante. Por el momento no estaba cumpliendo su objetivo y se le llevaban los demonios al verlo junto a su archienemiga, la doctora Stephens.

—Tengo un proyecto que sacar adelante y no puedo dejaros colgados. Frank está de viaje de novios y es uno menos en el equipo de trabajo. Además, a estas alturas es el congreso internacional al que acudimos cada año. Puede que tú no lo sepas, Maddison, ya que no has ido nunca.

El doctor, que estaba entre ambas mujeres, podía sentir la tensión que flotaba en el ambiente. Maddi fruncía el ceño a la vez que lo observaba a él de reojo. No hablaba ni se pronunciaba y a él le estaban entrando ganas de darle una mala contestación a su compañera de equipo a la que no soportaba. ¿Cómo se atrevía a hablar así a la mujer que amaba? Incluso, ¿cómo se atrevía hablar así a su propia jefa? Nunca le había gustado que ella no se defendiera y que aguantase burlas o comentarios dañinos sobre su persona. Cuando eso sucedía antaño, él salía en su defensa como un flamante caballero.

—¿Acaso es que quieres ir tú a ese congreso del que hablas? No me hagas reír, mírate.

Se dio la vuelta y siguió viendo los documentos, a lo que un perplejo Michael respondió girándose para seguir analizándolo todo. La mujer con muletas no podía creer que aquella mosquita muerta le hubiera dado la espalda. Eso la hizo enfadarse aun más y estampó una muleta contra el suelo. Ambos médicos, concentrados en el trabajo, se asustaron y dieron un salto antes de darse la vuelta.

—¿Me vas a decir que ahora la todopoderosa jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka va a encontrar tiempo para asistir a ese congreso al que nunca ha querido ir? ¿En serio? ¿A pesar de que te lo llevan ofreciendo años y siempre, siempre, siempre lo has rechazado? —Hizo una pausa irguiéndose altanera —. ¿Qué aliciente has podido encontrar?

Esto último se lo dijo mirando a Michael con una sonrisa malévola. Su jefa resopló y avanzó hasta cogerle la muleta que le entregó con mucha calma.

—Loren, vete a casa. Te sobra el dinero y no necesitas estar aquí con la pierna rota andando a la velocidad de un caracol con estas muletas. Este año siendo la jefa de Neurocirugía de este hospital seré yo quien acuda a ese congreso que llevo años evitando. Más que nunca es mi responsabilidad, dado el proyecto que nuestra especialidad está llevando a cabo.

Se dirigió a la puerta orgullosa y con el corazón acelerado, ya que no le gustaban los conflictos. De hecho, los detestaba y enfrentarse a alguien era lo que menos quería, pero aquella mujer ya estaba necesitando un repaso. Agarró el pomo, pero se dio la vuelta antes de abrirla.

—Y, por si quieres saberlo, Michael me acompañará al congreso, pues Frank seguirá de viaje para cuando tengamos que irnos. En unos días partiremos. Mientras tanto tú recupérate. —Y con el latido del corazón zumbando en los oídos debido a la excitación del instante desagradable vivido, abrió la puerta y desapareció por ella.

Katherine la vio que llegaba sonriendo y bastante orgullosa con el labio elevado por una de las comisuras. Se bajó las gafas por el puente de la nariz y su amiga le guiñó el ojo. Tras entrar en el despacho cerró, sintiéndose completamente victoriosa. Se sentó en el sofá respirando con tranquilidad y mirando por la ventana. Estaba amaneciendo y le gustaba ver cómo salía el sol en su ciudad natal. Si miraba al horizonte veía cómo comenzaba a salir reflejando la luz en los altos edificios. Cuando vivía en Manhattan con Michael muchas veces iban a uno de sus parques preferidos a

ver el atardecer, momento del día que también le encantaba. Acudían al Riverside, al noroeste de la ciudad, tenían que recorrer algunos kilómetros, aunque a ellos no les importaba. En ocasiones se llevaban una cesta con comida y sobre todo vino. Se servían una copa y bebían viendo el sol ponerse. Otras, sin embargo, solamente iban con la manta a cuadros para sentarse sobre ella. Maddi apoyada sobre él mientras la rodeaba con sus brazos.

Al oír la puerta sonrió, pues sabía que su secretaria iba a entrar a hablar con ella por el gesto que le hizo con las gafas al verla.

—Me encanta la tranquilidad de este instante…, me hace recordar buenos momentos.

—¿De veras?

Se asustó, pues no era la voz que ella esperaba. Michael entró y se sentó a su lado en el sofá mirando también por la ventana. Se percató del bello amanecer y fue consciente de los buenos momentos de los que ella hablaba: los atardeceres juntos en Nueva York. Se arriesgó a rozar la mano de ella posada sobre el cómodo sillón, provocándole un dulce cosquilleo que le hizo suspirar, pero por un segundo no quiso apartar la mano. Se sumieron en un silencio eterno mirando al sol, viendo cómo nacía por el horizonte sin dejar de recordar los millones de veces en los que ambos, abrazados, vieron momentos como aquel. Esa mañana, en el sofá de un despacho del hospital principal de Topeka, sonrieron.

29

Al día siguiente no fue a trabajar al hospital, sino que lo hizo desde casa. Avisó a Kate y se quedó en la tranquilidad de su hogar, llevó a los pequeños al colegio y los recogió a su hora. No lo hizo por no querer volver a ver a Michael tras el íntimo momento que vivieron en su despacho, aunque en parte agradeció quedarse en casa. El motivo real era que sus padres acudían cada año a una feria a la que llevaban el producto que comercializaban: las tartas de manzana caseras. A eso se dedicaban en parte sus progenitores. Tenían bastante éxito. Durante años fue el señor Stephens quien se encargaba de todo hasta que su esposa se jubiló y se unió al negocio familiar, ayudando todo lo que podía. En dicha feria anual había puestos donde se mostraban los productos e incluso había catas para degustar las delicias que allí se ofrecían. Un jurado profesional premiaba únicamente a un negocio con diez mil dólares y publicidad durante un año.

Partieron a la feria después de cargar en la ranchera todo el material que debían llevar. Estarían una larga jornada en un pueblo cercano dedicándose en cuerpo y alma a promocionar su producto: las tartas de la abuela. Así lo denominaron hace años cuando su padre quiso llevar a cabo esta idea y, a pesar del miedo y la incertidumbre, se lanzó a ello. Cuando le confesó a su mujer lo que llevaba rumiando un tiempo, tuvo miedo de que ella creyera que era una locura. Con dos hijas pequeñas no podían arriesgarse a que algo saliera mal y el futuro de esas pequeñas se fuera al traste. En cambio, la reacción de su esposa lo emocionó. Le tomó de la mano y, mirándole a los ojos, le dijo que si era su sueño era también el de ella. Señaló el anillo que un día se pusieron en el dedo uno al otro y que significaba en parte que debían hacer feliz al otro en todo lo que se pudiera, y así lo harían.

Afortunadamente, todo salió a las mil maravillas y las tartas de la abuela fueron un gran éxito. Se comercializaban en todos los supermercados de Topeka e incluso en alguno más de Kansas, pero nunca estaba de más ser ambicioso y ellos seguían luchando para

que las recetas de la familia fueran conocidas en más lugares.

Por ese motivo Maddison se quedó con sus hijos ese día atendiéndoles mientras ella trabajaba desde casa. Como ya sabía de aquella feria, la agenda estaba organizada y no trastocaron nada. Le mandó a Michael un mensaje avisándole de que ese día no podría ir al hospital y que mantendrían el contacto telefónico si era necesario. Katherine ya había hecho las reservas del avión y del hotel al mismo tiempo que mandó la inscripción al congreso. Cada año se realizaba en un sitio diferente, y ese año era en Acapulco. Era una lástima que no pudieran disfrutar de las playas de arena blanca y el sol, pero iban a trabajar y a exponer el proyecto en el que el hospital estaba trabajando. A Michael le extrañó que ese día no fuera a trabajar, pero después de que ella le permitiera rozarle la mano no quiso desperdiciar esa aparente calma y no le preguntó nada.

—Vamos, muchachos, tenemos que ir al colegio.

Nunca estaba en casa para llevarlos y estaba emocionada por ello. Sin embargo, no fue consciente de lo difícil que resultaba hasta ese día. Pensó en la bendita paciencia de su madre y de su padre sacando de la cama a aquellos dos monstruitos de siete años que remolonearon en la cama tanto que casi no llegaron a tiempo. Se levantaban de mal humor los diez primeros minutos. Le costó un mundo asearlos mientras estaba pendiente de preparar el desayuno. Mary Alice estaba contenta porque su madre los llevaba ese día al colegio, ya que nunca podía hacerlo, pero no se habían despedido de los abuelos y estaba molesta.

—Cariño, ya te he dicho que se han ido muy temprano y no te iban a despertar. Además, vuelven esta noche.

—Sí, pero cuando yo ya esté dormida —rezongó.

—Han pasado a vuestras habitaciones a daros un beso antes de irse…

—Ya, pero no me he dado cuenta y el abuelo un día me prometió que siempre le podría decir adiós antes de irse —seguía quejándose mientras mareaba los cereales.

Maddi optó por no seguir con la conversación, pues su hija era idéntica a su padre y cuando algo la enojaba no había Dios en la tierra que la hiciera cambiar de estado de ánimo. Necesitaba tiempo para que se le pasase y volviera a tener ese buen ánimo diario. Jayden, por su parte, estaba tan emocionado por que fuese su madre quien lo llevaba al cole que no le importó tanto no ver a los abuelos. Total, en unas horas regresarían a casa y al día siguiente serían ellos los encargados de llevarlos al colegio.

Una vez que desayunaron y consiguió que se preparasen adecuadamente, le entregó a cada uno su fiambrera con el almuerzo y los subió al coche. Se pusieron los cinturones y de camino al colegio cantaban canciones que sonaban en la radio a voz en grito. Risas y felicidad. Maddi estaba orgullosa de los niños que estaba criando con la ayuda inestimable de sus padres, aunque sentó una pequeña punzada al no poder compartir eso con Michael. Salieron del vehículo con las mochilas y las tarteras, y sin soltarse de la mano de su madre fueron hasta la puerta. Sonó el timbre cuando estaban llegando y dieron una pequeña carrera para entrar a tiempo. Le dio un beso a cada uno y les despidió con la mano diciéndoles adiós. Unas horas más tardes regresaría a por ellos.

Una vez estuvo de vuelta en casa se sentó en el sofá del salón suspirando. Apenas llevaba cuatro horas en pie y ya estaba agotada. Miró hacia la mesa de la cocina y vio el desastre que había tenido lugar un rato antes. Leche esparcida, cereales caídos, vasos y tazas vacías… Se levantó y volvió a calentar leche para hacerse otro café. El primero se lo tomó al levantarse al alba cuando sus padres se marcharon a la feria anual. Al sacar la leche del microondas se tropezó con un juguete que Jayden había dejado por el suelo, con tan mala suerte que el contenido de la jarra se le cayó sobre la mano.

—¡Maldición!

No parecía una quemadura muy mala, pero tenía que ir al hospital a que se la curasen, pues ella sola, y sobre todo por el dolor tan grande que sentía, era incapaz de hacerlo. Condujo como pudo y llegó a Urgencias con la mano quemada. Tardaron poco en atenderla, por suerte. Era una quemadura de primer grado, pues ella enseguida soltó la jarra lejos y se rompió en mil pedazos que ya recogería a su regreso. No obstante, ser de primer grado no quitaba que le doliese como el demonio. Mientras tanto, una de las enfermeras que la vio en triaje antes de que el médico de guardia la atendiese pasó por el mostrador donde estaba Katherine y le contó lo ocurrido. Michael en ese momento iba a dejarle unos documentos a la secretaria para que al día siguiente se los diera a la jefa de Neurocirugía y oyó lo sucedido. No esperó a entregárselos, así que se los dejó en la mesa de Kate y salió camino a Urgencias tras ella.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado?

—Aquí las noticias vuelan… —dijo Maddi mientras un enfermero le acababa de vendar la mano.

—¿Cómo ha sido esto? Si es que no te pueden dejar sola en casa.

—Ha sido cosa de Jayden —y justo cuando pronunciaba esa

frase Michael entró en la sala.

Los ojos de la doctora viajaron hasta él en ese instante y se quedó pensando si de nuevo había escuchado el nombre de su hijo como aquel día en la boda de Frank. La secretaria, al verla petrificada, miró hacia la puerta donde seguía el médico de pie. Tragó saliva y se excusó tras darle un beso a su amiga deseándole buena suerte al oído antes de marcharse.

—Doctor —lo saludó y él tuvo que quitarse de la puerta. Él hizo lo mismo y avanzó hasta Maddi, que tenía ya la mano completamente vendada.

—¿Qué ha pasado?

El enfermero terminó y le entregó las recetas con los calmantes que el médico le había prescripto para las molestias y el dolor. Salió de allí y se quedaron solos en la pequeña sala de curas del hospital de Topeka.

—Ya ves…, una, que es torpe. Me he echado un poco de leche hirviendo encima.

Él se acercó a la mesa donde aún reposaba el informe del doctor que la había atendido y lo leyó atentamente. Asentía con la cabeza ante todo lo redactado en el papel, aunque chasqueó la lengua al acabar de leerlo.

—Bueno, no parece grave. En una semana estarás bien. Vas a ir guapísima con la venda al congreso.

Ella no pudo evitar soltar una risotada mientras se bajaba de la camilla con algo de dificultad por no poder apoyar la mano herida. Casi dio un traspiés, pero él estuvo rápido y la ayudó para que no se cayera. Resultado: sus caras quedaron a escasos centímetros uno del otro, sintiendo el aliento en la cara.

—Gracias…, parece que estoy torpe de veras —se justificó separándose velozmente.

—Venga, que te llevo a casa. Si es por ti lo mismo provocas un accidente en la carretera.

—Oh, no te preocupes. He venido en mi coche. Podré llegar a casa sana y salva sin matar a nadie.

Michael levantó la ceja negando con la cabeza. Cogió el informe y el bolso de ella y la agarró del brazo con suavidad, saliendo de allí.

—No me puedo creer que hayas llegado bien conduciendo tú con esa mano. De hecho, creo recordar que no se te daba muy bien conducir, así que con la mano quemada habrá sido un auténtico espectáculo.

—Pero es que he traído mi coche…

Él hizo oídos sordos a lo que le decía y la llevó hasta el coche de alquiler que tenía. Le puso el cinturón y se sentó en el asiento del piloto. Maddison se arrepintió de subirse, porque el aire estaba cargado del olor de Michael y notaba que se estaba empezando a marear. Bajó la ventanilla suspirando al no sentir tanto el aroma de él que siempre le había gustado. Hicieron el trayecto sin apenas dirigirse la palabra, con las ganas de tocarse reprimidas. La mano de él cerca de ella era una tentación muy grande, pero entonces miraba por la ventanilla tratando de ignorar que estaba allí, a su lado. Cuando llegaron la ayudó a bajarse del coche y la acompañó hasta la puerta.

—Gracias por traerme.

—Siempre es un placer oírte decir algo agradable. —Ella puso los ojos en blanco y fue hasta la puerta. La abrió sin mirar atrás y cerró tras ella.

Aguardó a escuchar el sonido de las ruedas alejándose y cuando lo oyó llamó a Kate para que recogiera a los niños del colegio. Ni siquiera había sido capaz de llevarlos y traerlos de vuelta. Se sentía la peor madre del mundo, pues sabía de la emoción de sus pequeños porque su madre ese único día aparecería por el centro escolar. Odiaba decepcionarlos, pero cuando la vieron con la mano vendada no había rostro de dolor en sus caras sino una terrible preocupación por ella. Les contó lo ocurrido y se quedaron sentados a ambos lados acariciándole con delicadeza la cabeza, cuidándola, mimándola.

Por la tarde Katherine volvió a ver cómo estaba y le llevó el coche, pues antes de salir del hospital le había dado las llaves al decirle que se iba con Michael. Su amiga le sonrió viendo que aquello empezaba a despegar poco a poco. Quizá después de todo habría una posibilidad entre ellos.

—No te preocupes, que Kevin viene a por mí en un par de horas. Deja de poner esa cara de perrito abandonado y lastimero.

—Mil gracias por lo de hoy, de verdad.

—Nada que agradecer, con que me cuentes con todo lujo de detalles el regreso al hogar junto a ese hombretón me vale.

Ella le dio un golpe en el brazo con la mano sana mirando hacia donde estaba sus hijos a escaso metros viendo los dibujos animados. Se levantaron del sofá las dos, alejándose para que los niños no las escuchasen hablar, pues a veces parecía que tuvieran antenas y oían lo que los adultos decían.

—Deja de hablar de hombretones cerca de mis hijos. ¿No sabes que lo oyen todo y hacen mil preguntas? —susurró.

—No busques excusas y cuéntamelo todo.

—¿Qué esperas que te cuente? No sé aún cómo se enteró de que estaba allí. Simplemente le vi aparecer y obligarme a traerme de vuelta.

Se hizo la mujer sufrida cuando estaba feliz de que se hubiera preocupado por ella y la hubiese tratado tan bien. Recordó cómo el olor de él la envolvió, ese aroma tan familiar y cercano que en ese momento de su vida parecía tan lejano, tan inalcanzable.

—¿Acaso no viste la expresión de su cara? Estaba realmente preocupado por ti.

—¿Y eso cambia algo? Nada, Kate. Sigue siendo el neurocirujano que ha venido seis meses a ocuparse de un trabajo y se largará por donde ha venido. Solo tengo que aguantar un poco más…

Su amiga decidió que no la machacaría más por el momento. Si quería creerse sus propias palabras engañosas la dejaría. Asintió con la cabeza y le hizo saber que si necesitaba algo no tenía más que llamarla. Maddison le dijo que no haría falta, ya que sus padres llegarían en unas pocas horas. Al cabo de un rato llegó el marido de su amiga, que estuvo un rato conversando con ellas y jugando con los pequeños. Hora del baño y de cenar, de contarles el cuento y de dormir. Se sentó en el porche más que agotada y dolorida a esperar a sus padres cuando su teléfono móvil pitó.

Deseo que estés mejor y que la herida cure en poco tiempo.

Michael se moría de ganas de mencionar al tal Jayden, ese mismo nombre que oyó el día de la boda de Frank. Sin embargo, sabía que agobiarla no daría resultado, sino que debía ser amable y aguardar a que ella estuviera preparada para poder dar un paso más.

Gracias por el mensaje. Ojalá sane pronto, sí. De nuevo, gracias por traerme hoy a casa. Si te soy sincera no lo esperaba.

Ni que fuera yo un ogro…

Maddi se rio mientras se mensajeaba con él.

No esperaba que quisieras ayudarme. Eres muy selectivo con la gente que ayudas y no son tus pacientes.

Hubo un silencio de varios minutos en los que ella creyó que él se había enfadado por lo que le había dicho. Era muy selectivo con sus amigos y no con todos siempre se ofrecía a tenderles la mano. En palabras del propio Michael se debía a que se había llevado demasiados palos y no podía exponerse tan libremente para sufrir una nueva decepción.

Contigo, nada más.

Y aquellas tres palabras fueron las que pusieron el punto final a

la breve charla. Aquellas tres palabras que significaban mucho más. Aquellas tres mágicas palabras para Maddison que la llevaron al día que las oyó por primera vez de los labios de Michael.

30

Demasiado trabajo, demasiado estrés, demasiado agobio…, así se sentía Maddison entre el trabajo en el hospital de Nueva York y el voluntariado que debía realizar. Apenas le daba tiempo a limpiar el apartamento. No entendía cómo Michael sí que encontraba la forma de encargarse de aquello que ella iba postergando, pues llegaba más que agotada a casa. A las once en punto llegó después de una guardia interminable. Por suerte no trabajaba en los dos días siguientes, en los cuales tenía pensando dormir sin que nadie la molestara. Cuando abrió la puerta le llegó una música a sus oídos y un aroma delicioso a pollo a la barbacoa que su novio sabía cocinar a las mil maravillas. Él ese día libraba y se había dedicado a limpiar a fondo el apartamento y a preparar uno de los platos favoritos de su chica. Llevaba notándola cansada hacía tiempo y, sobre todo, muy agobiada, pues la carga de trabajo era inmensa.

—¿Qué es esto?

A su novio casi le dio un infarto al escucharla, pues con la música y lo concentrado que estaba cocinando no la había oído entrar.

—¡Dios santo, Maddi! Lleva un cascabel al menos para que se te escuche al caminar. Pareces un gato.

Ella sonrió arrastrándose hasta él que le abrió los brazos y se refugió en ellos. Aspiró su aroma y sintió que por fin estaba en casa.

—Hoy estás de subidón, cena casera, música romántica…, cómo se nota que estás librando.

Él le besó la coronilla y se separó de su chica para seguir pendiente del horno y las verduras que tenía en la sartén. Maddison se acercó a los fogones y vio auténticas delicias. Se sentía afortunada no solo de contar con una persona que la apoyaba y la quería más que a nada, sino que además le cocinaba platos muy ricos. A pesar de tener una madre que siempre se había decantado por la cocina, ella era bastante torpe y básica a la hora de cocinar. Hacía lo que se puede llamar «cocina de supervivencia», es decir, comer para subsistir.

Michael desapareció un momento de la cocina y puso el fuego bajo mientras ella se desplomaba en el sofá mirando el móvil. Al poco regresó y le tendió la mano. Maddi la aceptó y fue con él hasta el baño, donde le había preparado la bañera con agua caliente y pompas de jabón con olor a fresas. Frunció el ceño y su chico le dijo que se relajara y no saliera de allí hasta que el agua estuviera fría. Le dio un beso en la frente a lo que ella contestó con una amplia sonrisa. Antes de que el agua dejase de estar caliente vio a su novio entrar con un libro en la mano. Se sentó en un taburete bajito que tenían para poder llegar a los estantes más altos y le dio la mano entrelazando sus dedos con los de su chica. Estuvo leyéndole poemas, el género favorito de la chica de Kansas, y cuando empezaba a estar tibia el agua lo cerró dejándolo en el suelo.

—Muchos detalles hoy, ¿quieres algo?

—O sea, que solo puede tratarte bien porque tengo un objetivo en mente, ¿no?

—¿Qué te propones? —insistió.

—Hacerte lo más feliz que pueda el tiempo que me quede vivo.

Maddison se levantó y él la envolvió en una toalla abrazándola. Quizá por el cansancio extremo que sus músculos sentían, o por la frase que le acababa de decir, se le empañaron los ojos y lloró algo emocionada. Se secó y se puso el pijama de cuadros escoceses. Gracias al baño se sentía menos entumecida y más relajada.

—¿Hacía falta vestir de etiqueta? —le preguntó al llegar a la mesa de la cocina con los platos sobre ella y un par de velas y flores.

—Tú siempre vas preciosa lleves lo que lleves —ella se acercó a darle un beso—, y sobre todo cuando no llevas nada.

Michael sirvió vino y degustaron aquella sencilla y a la vez deliciosa cena. Hablaron del trabajo, del estrés al que estaban siendo sometidos, de los estudios, del hospital… Al acabar la cena se sentaron a descansar en el sofá y vieron una película de esas que ponían por las noches, aunque ella se quedó dormida a los pocos minutos. Él le acariciaba la cabeza con la yema de los dedos para que estuviera más tranquila. Apagó el televisor y la llevó en brazos a la cama para terminar el día descansando uno al lado del otro.

A la mañana siguiente no la despertó y, aunque él aún estaba disfrutando de su día libre, no se quedó en la cama. Se levantó a preparar tortitas y la comida igual que la noche anterior. Cuando trabajaba no le quedaba tiempo para poder hacer nada, así que preparaba algo sencillo para los dos. Maddison se levantó cerca de las doce de la mañana. Estiró el brazo en la cama y no sintió el

cuerpo de su novio. Se desperezó y fue hasta la cocina donde le vio preparando la comida de aquel día. Se restregó los ojos y vio que en la mesa donde cenaron la noche anterior había un plato con tortitas al lado de sirope de arce, su favorito.

—En serio, estás planeando algo y no sé lo qué es.

Michael se rio mientras fregaba los cacharros y ella se sentó a comerse las tortitas tan feliz. Al acabar abrazó a su chico por detrás agradeciéndole tantos gestos bonitos. El chico se limpió las manos en un paño y correspondió a su abrazo.

—Ya te lo dije ayer, Maddi. Solo planeo hacerte feliz.

Sonriéndole fue hasta el sofá donde hibernó el resto del día. Únicamente salió de él para ir al baño y a comer. Se vio varios capítulos de la última serie que estaba viendo y acabó de leer el libro que tenía pendiente hacía un mes. El tiempo libre era casi una utopía en su trabajo. Por eso aprovechaba los días como ese, aunque por desgracia sentía que pasaban demasiado rápido.

—Date una ducha y vámonos.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

Dicho y hecho. Una ducha rápida y vaqueros con jersey de cuello alto gris, el abrigo rojo y el gorro gris a juego con el jersey. Michael la estaba esperando en el salón leyendo un artículo de medicina cuando la vio llegar. Cogió las llaves del apartamento y tomaron el metro para llegar a la sorpresa que le tenía preparada a su chica. Aquel día libre de ella quería que fuese especial y sintiera todo lo que la quería.

—¿El Madison Square Garden?

A ella le encantaba el hockey sobre hielo. En Topeka no había muchos sitios en los que ver este deporte o simplemente patinar, y desde que había llegado a Nueva York nunca antes había asistido a un partido. Michael la había llevado allí para que disfrutase del espectáculo que le apasionaba.

—Es increíble que criándote en Kansas te guste tanto el hockey sobre hielo.

Se sentía igual que una niña pequeña en una tienda de caramelos. Emocionada mirando a todos lados cuando accedieron al interior del recinto y como una loca aficionada cuando el partido comenzó. Michael no paraba de reírse al verla tan metida en el juego. Él se pidió unas palomitas y un refresco para entretenerse, pues no entendía mucho del juego y, aunque ella se lo iba a explicando, a voces porque el gentío no paraba de chillar, no acababa de comprenderlo. En uno de esos momentos en los que se

levantaba gritando le tiró lo que le quedaba de palomitas y refresco por el suelo y no se dio ni cuenta. Al terminar el partido Maddison salió de allí eufórica y muy feliz.

—Veo que te ha encantado. —Ella le miró y al ver que tenía una mancha de Coca Cola en el pantalón puso cara de extrañeza.

—Ay, todavía me parece impresionante estar en este lugar que me dio el nombre.

Él, que no sabía el origen de su nombre la miró sin entenderla, y ella procedió a explicárselo mientras caminaban por las frías calles de Nueva York de regreso a su apartamento.

—Mis padres se conocían desde niños y lo suyo fue algo más que premeditado. Estaban juntos día y noche y a la edad de dieciséis años ya formalizaron el noviazgo. Mi abuelo era fan de los New York Rangers y mi madre enseguida se convirtió en otra fanática de ese deporte. En el viaje de novios mi padre y ella vinieron aquí, y por supuesto vinieron al Madison Square Garden. A mi madre le gustó tanto que le dijo que si un día tenía una niña la llamaría igual que aquel pabellón deportivo, solo que mi padre al registrarme me puso dos *d* en lugar de una. De ahí Maddison y no Madison.

—Es una muy bonita historia.

Michael la rodeó con el brazo y siguieron andando hasta que vieron una carroza de las que llevaba a los turistas por la ciudad. Se subieron a una cubriéndose con la manta mientras volvían a casa de la manera más romántica posible.

—No sé el motivo, pero entre ayer y hoy siento que estoy viviendo en un cuento. ¿Por qué me tratas tan bien?

Él se sonrió y la apretó más contra ella besando su cabeza. El trote del caballo rompía el silencio de una ciudad que ya dormía con apenas unos cuantos taxis y vehículos propios por la calle.

—¿Vivir un cuento es que te cocine, te prepare un baño y te lleve a ver tu deporte favorito? —Ella negó con la cabeza.

—Ser detallista con la persona que quieres y cuidarla, eso es vivir en un cuento de hadas perpetuo.

Michael la miró a los ojos muy seriamente y le dijo tres palabras que jamás consiguió olvidar. Se grabaron en su corazón a fuego sacándola la mayor de las sonrisas.

—Contigo, nada más.

31

Los padres de Maddison llegaron de la feria anual en la que ganaron el primer premio al postre mejor elaborado. Tuvieron, como siempre, bastante éxito y volvieron a casa orgullosos de un buen trabajo, aunque muy cansados. Se sorprendieron al ver lo que se había hecho en la mano su hija y lamentaron no haber estado para poder llevarla al hospital a curarse. Ella le quitó importancia y disfrutó un rato junto a ellos en el sofá del salón hablando de la feria, del accidente, de lo bien que se lo había pasado con sus hijos ese día a pesar del dolor de la quemadura, del congreso al que saldría al día siguiente…

—Seguro que sale todo bien. Eres una gran neurocirujana, querida —le dijo su madre alentándola como siempre.

—No me cabe duda de que lo harás genial, como dice tu madre —le dio un beso en la frente—, y yo me marcho ya a dormir que ha sido un día muy largo.

El señor Stephens se retiró dejando a madre e hija junto a un café cerca de la madrugada. Al día siguiente Maddi debía preparar la maleta y terminar la documentación para el congreso mientras que la señora de las tartas, como la conocían en la feria, se dedicaría a su rutina de cada día en el rancho.

—¿Michael va contigo?

—Es quien más está al día del proyecto. Ojalá no viniera y pudiera ir con otra persona, pero Frank sigue de luna de miel y Loren, que es otras de las doctoras que más sabe del tema, está de baja por romperse una pierna.

—Entiendo.

Su madre sabía perfectamente que su hija seguía más que enamorada de aquel hombre al que ella misma un día le impidió traspasar el umbral de su casa tras verla llegar hundida días antes. En el fondo se arrepentía de haber hecho eso, pero era madre y al tener a su hija rota de la pena en su casa no quiso que nadie le hiciera sufrir más.

—¿Cuánto tiempo os vais?

—Un fin de semana. Mañana temprano cogemos el vuelo. El domingo regresamos por la noche.

—Pues vete a descansar, que con esa quemadura vas a estar un poco fastidiada, cariño.

Maddi fue a abrir la boca, pero su madre la interrumpió.

—Y no te preocupes por los niños, que estarán felices con sus abuelos.

—Gracias, mamá. No sé qué habría hecho sin vosotros todo este tiempo.

Cuando su hija le decía frases como esa una punzada de culpabilidad asomaba. Ese mismo sentimiento de culpa que ocultó a todos, incluso a su marido. Ella, como madre de Maddison, había decidido por ella siete años atrás al verlo en su porche. A lo mejor si su hija hubiera visto que él fue a buscarla todo habría sido distinto, pero su propia hija se reafirmaba cada día que no quería volver a verlo. No se dio cuenta de que hablaban por ella el dolor y el miedo.

A la neurocirujana le costó conciliar el sueño, pues al día siguiente iría sentada junto a Michael en un avión varias horas y prácticamente se pasaría más de cuarenta y ocho horas cerca de él. Por la mañana se levantó como siempre antes del alba, pero en aquella ocasión fue porque el avión salía muy temprano, rozando el amanecer. Le dio un beso a cada niño sin apretarlos, aunque ganas no le faltaron. No quería que se despertasen. Ya les había explicado días antes que tenía que irse de viaje un fin de semana. Fue duro porque era la primera vez que se separaba de sus hijos. Nunca antes se había ido de casa sin dormir en ella desde que volvió de Nueva York embarazada. Sus padres, que estaban habituados a levantarse casi cuando el gallo cantaba, se despidieron de su hija antes del desayuno. Los abrazó y ellos le prometieron que los niños estarían muy bien atendidos y cuidados. Su madre en concreto le pidió algo que la desconcertó.

—Maddi, querida.

Su hija se giró para mirarla después de dejar la maleta en la entrada de la casa y antes de salir para subirse al taxi que la llevaría al aeropuerto.

—Disfruta de estos días. No pienses en que eres madre ni jefa de una especialidad en el hospital de Topeka. Vuelve a ser esa chiquilla que abandonó el rancho para estudiar la carrera que tanto amaba. Que sea lo que tenga que ser.

Y tras darle un abrazo le guiñó un ojo y salió al porche cargando con la maleta amarilla que usaba cuando viajaba con las amigas. No

era muy grande y tenía pegatinas de lugares a los que había viajado por todo el mundo. Llegó al aeropuerto a la media hora y fue hasta la terminal, donde había quedado en verse con Michael. Estaba en una esquina esperándola ojeando el móvil. Iba con un jersey de cuello alto, una bufanda, unos vaqueros y un chaquetón negro, guapo a rabiar. No se atrevía a cruzar sus ojos con él, porque sentía cómo la atravesaba al mirarla si se lo proponía. Se limitó a quedarse en silencio cuando llegó hasta él.

—Hola.

Maddison le sonrió y pasaron por las medidas de seguridad para acceder a la puerta de embarque. Llegaron con tiempo de sobra, por lo que podían dar una vuelta por las tiendas o simplemente para sentarse en las sillas a esperar.

—Como aún queda mucho para embarcar podemos ir repasando las notas que tengo para el congreso.

—¿Qué tal tienes la mano?

—Mejor…, mira, nos podemos sentar en esas sillas y saco las notas del IPad. —No le dio tiempo a sacar el dispositivo de la mochila cuando tenía la mano de él en su hombro.

—Maddison, relájate un poco. Vas a estar dos días en un paraíso de ensueño. Nuestra parte durará una hora como mucho y el resto del tiempo a disfrutar.

—¿Pero tú vas a trabajar o de vacaciones?

Él se rio, pero a Maddison no le hizo ninguna gracia. Si esa era la seriedad con la que se iba a tomar el trabajo estaba fastidiada. Ella era la imagen del hospital en ese proyecto innovador tan importante que iban a llevar a cabo. Una ráfaga de aire le heló el cuello y las orejas al pasar un grupo por su lado, y fue consciente entonces de que había perdido la bufanda. Debió habérsele caído en algún momento. Se puso a mirar por todos lados e incluso deshizo sus pasos, pero nada. Michael seguía queriendo saber qué demonios hacía, aunque ella no le contestaba, hasta que él la agarró por los brazos.

—¡Maddison! ¿Se puede saber qué haces?

—He perdido la bufanda.

Él, muy serio, se quitó la suya y la enrolló en el cuello de su jefa colocándosela con sumo cuidado. Una vez anudada se echó hacia atrás para ver cómo le quedaba y asintió con la cabeza como queriendo decir que estaba perfecta. Todavía estaba caliente, de su propio cuerpo. Lo miró callada, con atención, hasta que terminó con el corazón encogido por tenerlo tan cerca sin previo aviso. Las mejillas arreboladas y el corazón tan cálidos que sentía poder

encender la leña con un solo pestañeo. Iba a ser un fin de semana muy difícil…

32

Su historia podía resumirse en instantes. Esos momentos que marcaron la diferencia y se convirtieron en especiales por sí solos. Un camino que recorrieron juntos, de la mano, hasta que se bifurcó y cada uno tomó una senda distinta. Y Maddison supo, la noche en la que volvieron a casa en la carroza bajo la manta y un cielo estrellado, que ese instante determinaría todo.

—¿Estás bien?

Michael la miraba esperando a que ella respirase, porque se había quedado demasiado quieta tras ponerle su propia bufanda. Ella nadaba en un mar de recuerdos y reflexiones hasta que movió la cabeza y salió de aquel embrollo que mareaba su cabeza.

—Sí…

—Pues ahora que ya tienes una nueva bufanda y yo una menos podemos empezar a disfrutar de este fin de semana. Y sí, vamos a trabajar, pero no me digas que vamos a ir a Acapulco para no pasarlo bien, aunque sea un rato. Maddison, te sabes esas notas de memoria. Te conozco y cuando preparas un trabajo lo haces a conciencia. Yo me sé mi parte, ¿podemos ahora relajarnos un poquito antes de subir al avión?

Le tomó de la mano llevándola por el aeropuerto como si en realidad fueran algo más que compañeros de hospital y eso a ella le gustó. También la asustó, porque no quería sentir nada más, pero con él era misión imposible. La neurocirujana se zafó de su mano a los pocos segundos simulando que miraba un escaparate de perfumes y él entendió que no era ese el motivo. Aun así, la dejó, porque agobiar a Maddison Stephens era el error más garrafal que se podía cometer. De esa manera se bloqueaba y no avanzaba. Deambularon sin rumbo conocido hasta que fue la hora de coger su vuelo y se dirigieron a la puerta de embarque. Una vez en el avión ella avisó a su madre de que ya estaba preparada para salir rumbo a Acapulco y desconectó el móvil. Se preparó mentalmente para el vuelo, pues no era muy amiga de aquellas grandes máquinas aladas. A pesar de haber cogido diferentes aviones a lo largo de su vida

siempre sufría cuando se subía a uno.

—Tranquila… —susurró él sabiendo de su miedo.

Ella tragó saliva y no solo por los nervios que le apretaban el estómago, sino por tener tan cerca la voz susurrante de Michael. Él le ofreció la mano, colocando boca arriba la palma. Maddi la miró de reojo y cerró los ojos antes de aceptarla. No era capaz de no dársela, ya que necesitaba siempre una mano amiga en situaciones como aquella. El capitán del avión avisó de la temperatura y les dijo que el vuelo tenía una duración aproximada de cinco horas y cuarenta y cinco minutos. Una vez terminado su discurso las azafatas explicaron las medidas a tomar si hubiese un accidente y ella comenzó a sentir que se mareaba. Odiaba aquellas explicaciones, aunque comprendía que eran vitales. Exhaló el aire varias veces respirando tan deprisa que corría el riesgo de hiperventilar.

—¿Cómo está Phoebe?

Ella le miró mientras inspiraba y espiraba sin control. ¿A qué venía hablar de su hermana en un momento como ese?

—Sé que está embarazada y la pobre estaba muy angustiada cuando hablé con ella antes de marcharse. Es una chica fantástica, le tengo un cariño enorme y no me gustaría que estuviese mal.

Ella comprendió que lo que estaba haciendo era distraerla, aunque eso no tapaba el ruido de los motores encendiéndose ni las ruedas derrapando a toda pastilla por la pista hasta que el tren de aterrizaje desapareciese.

—Bien…, nos dijo que iba a tener el niño y que había vuelto con Graham, su pareja, con el que aclaró todo. Está la mar de feliz en San Francisco junto a él —le dijo apretando los ojos y su mano al mismo tiempo.

—Pues me alegro una barbaridad. Debe de ser maravilloso poder compartir tu vida con alguien y si es teniendo hijos y son felices así, mejor que mejor.

Maddison abrió los ojos al escucharle hablar de tener niños, aunque esa frase fue demasiado aséptica y no consiguió encontrar el significado real de la misma. Lo miró tratando de descifrar si le hubiera sucedido a él qué habría sentido, pero él solamente le sonreía mientras apretaba firmemente su mano.

Sonó la alarma de quitarse los cinturones y ella soltó la mano de él como si le quemase el contacto. Por suerte no se mareaba en los aviones, aunque se sintiera un poco aturdida. No era por estar a miles de pies de altura, sino por tenerle a él tan cerca. Sacó de la mochila el IPad y se puso a leer una de las novelas de ciencia

ficción que tanto le gustaban y que por norma general no tenía tiempo para leer. Michael se dispuso a ver una película mientras tanto. No seguiría por el momento hablándole de nada que la incomodase. Tenían muchas horas por delante.

Comieron, hablaron una vez más del discurso que debían dar comprobando que lo tenían milimetrado y perfectamente preparado, cenaron, hablaron de cosas banales, de la familia de uno y otro con la que habían compartido años de sus vidas e incluso dieron cabezadas, pues dormir bien en un avión era bastante complicado. Ella apoyó su cabeza en alguna ocasión en el hombro de él, aunque nunca fue a conciencia. Simplemente la cabeza se le caía y estaba tan cansada que no era capaz de ponerla erguida.

Por fin terminó el vuelo y llegaron al aeropuerto de Acapulco en México. El jersey de cuello alto, las bufandas y los chaquetones les estaban asfixiando. Se lamentaron por no llevar ropa de verano en la mochila para poder cambiarse antes de bajar del avión. Afortunadamente los recogieron con rapidez en un coche que ponían los organizadores del congreso y los llevaron a su hotel. Allí cada uno fue a su habitación y pudieron ducharse y descansar un poco. Era la una del mediodía cuando bajaron a la cafetería a comer algo, una hora de hecho bastante tarde para almorzar, pero antes no habían tenido tiempo de hacerlo. Maddison escribió a su madre nada más pisar suelo mexicano y de nuevo lo hizo ya en la tranquilidad de su habitación, haciéndole una llamada tras ducharse y así saber mejor cómo estaban los niños.

Se puso un vestido de color blanco suelto y se recogió el pelo en una coleta para bajar a comer algo con Michael. Él, por su parte, llevaba un pantalón beige fino y una camisa blanca. Ambos se miraron de reojo observando al otro, pero sin hacerlo de forma descarada. Buscaron una mesa y se sentaron para comer algo, aunque ninguno tenía mucha hambre debido a las horas de vuelo y al *jet lag*.

—Aquí hace un calor increíble —dijo él abanicándose con la mano.

—Desde luego. No me lo imaginada así.

Comieron algo y miraron el reloj. Hasta el día siguiente no empezaba el congreso en aquel mismo hotel, así que tenían toda la tarde libre para hacer ¿qué? Se acordó de Katherine y de lo malvada que fue al no encontrarles o cogerles un vuelo más tarde, pues la doctora sospechaba que lo había hecho adrede. De aquella forma tendrían que pasar muchas horas sin hacer nada en aquel precioso lugar.

—Podemos ir a la playa, de hecho, se puede llegar a través de la terraza de la habitación, ¿te has dado cuenta? Este lugar es como el paraíso del amor.

Ella escupió el zumo de naranja que había cogido del buffet libre al oírle decir eso y tosió varias veces tratando de no atragantarse. Michael escondió una risa tras la mano y se metió una cucharada de natillas en la boca.

—Yo necesito una copa.

—¿Ahora?

Su compañera de mesa se levantó buscando algo de vino en el buffet y uno de los camareros le dijo que tenían de varios tipos, pero que en la terraza del hotel e incluso en la piscina podían servirle otra clase de bebidas alcohólicas.

«Disfruta de estos días. No pienses en que eres madre ni jefa de una especialidad en el hospital de Topeka. Vuelve a ser esa chiquilla que abandonó el rancho para estudiar la carrera que tanto amaba. Que sea lo que tenga que ser». De nuevo las palabras de su madre resonaron en su mente como las del padre de Escarlata O'Hara al final de *Lo que el viento se llevó* mencionando la tierra roja que tanto amaba.

Salió del comedor y subió a su habitación donde buscó un bañador que había comprado para darse algún baño, pero no estaba. En su lugar se topó con bikinis y una nota:

Enseña ahora que puedes o te arrepentirás. Mamá.

Algunos pareos acompañaban a las prendas de baño. Sin duda Kate había tenido algo que ver, ya que su madre era tradicional y no se le habría ocurrido comprarle semejante bellezas. Eran preciosos, a decir verdad. Se puso uno de ellos y, a pesar de tener la piel nívea como la nieve, se anudó un pareo a la cintura y tras coger el móvil para meterlo en una pequeña bolsita con varias cosas agarró el pomo y salió de aquellas cuatro paredes en busca de a saber qué.

33

No podía creerse que fuera en bikini en uno de los hoteles más conocidos de Acapulco en busca de la terraza para beber. ¿De dónde había sacado de pronto ese carácter? Le recordaba precisamente a aquella joven que abandonó el rancho de donde jamás había salido para comerse la gran ciudad años atrás. Por el pasillo a lo lejos vio a Michael, que al verla se quedó petrificado en el suelo sin poder avanzar un paso. Ella pisaba con firmeza cada vez más nerviosa al saber que en apenas unos metros se encontraría con él cara a cara.

—¿Maddi?

—¿Vamos a por esa copa?

Él apenas se creía que lo estuviese invitando a una copa. Con aquel precioso bikini a rayas moradas y blancas estaba increíble. La mano vendada le aportaba un toque de humor. Sentía cómo le palpitaba el corazón y lo que no era ese órgano… Se encaminaron al ascensor, donde se juntaron con otros clientes. Una de ellas era una doctora japonesa a la que ella admiraba bastante, pero no era plan presentarse de esa guisa. Al llegar a la terraza descubrieron que había arena porque ¡estaban en la playa! Desde luego que era un paraíso aquel lugar y no podía desperdiciar la oportunidad de estar en un sitio como ese. Vislumbraron un par de hamacas más allá de donde se encontraban de pie y fueron a por ellas casi en una carrera.

—¡Llegué! —gritó él lanzándose de tal manera que aterrizó fuera de la hamaca. Maddison se rio a mandíbula batiente al verlo comerse la arena y se sentó en la otra.

—Y tanto que llegaste, aunque el truco está en sentarse sobre y no debajo —bromeó.

Él iba preparado con el bañador bajo la ropa. Un camarero se acercó hasta ellos y le pidieron un par de copas. Maddison se sentía liberada sin cargas familiares ni profesionales. Al día siguiente tendría lugar el congreso, pero hasta entonces había optado por liarse la manta a la cabeza y tener unas auténticas vacaciones de

lujo. De fondo el rumor de las olas se mezclaba con la música del bar de la terraza que les llegaba de lejos. Se posicionó de tal forma que la sombrilla tapase la mano, pues no debía darle el sol y, tras ponerse las gafas de sol, cerró los ojos disfrutando de cómo los rayos del sol doraban su blanca piel.

—¿Te has echado crema?

—Ay, no…, menos mal que la tengo aquí.

En la pequeña bolsa donde iban las gafas y el móvil, entre otras cosas, estaba la crema protectora. Se la repartió por todas las zonas menos por la espalda, a lo que Michael se ofreció. Bueno, decir que se ofreció sería un eufemismo en toda regla, ya que le quitó el bote de las manos y le empujó la espalda sobre la hamaca para que se tumbase. Sentir las grandes manos del hombre que amaba sobre su cuerpo la encendió y sintió deseos de darse la vuelta para lanzarse a su boca y besarlo sobre la arena. Se mordió el labio aguantando las ganas locas de hacer aquello y se dijo que debía pensar con más claridad. Difícil tarea que no estaba segura de llegar a cumplir.

Al terminar de untarle la crema por toda la espalda ella se dio la vuelta dándole las gracias en un tímido susurro, tragando saliva al encontrarse con sus ojos, que la miraban también con deseo. Se fue hasta el mar a darse un baño, seguramente para bajar el calor corporal que estaba dominándolo y el bulto de su entrepierna, que era visible a ojos de todos. Maddison se quedó bajo la sombrilla observándole nadar a lo lejos en el mar que brillaba bajo el sol de Acapulco.

Cuando él volvió fue el turno de ella de ir hacia el mar, aunque le apetecía más sentarse en la orilla a mirar las olas. En la mesita de al lado de la sombrilla había una pamela grande con un lazo amarillo anudado y el camarero le dijo que las dejaban allí por si las clientas querían usarlas para cubrir su cabeza. Ella lo hizo y fue hasta la orilla una vez que Michael se quedó secándose a su lado. Gotitas caían de su bañador y a Maddison se le fueron los ojos a su cuerpo, ese que conocía tan bien…

Se sentó en la arena con las piernas sobre el pecho. Oír tan de cerca el mar la relajaba. Fue todo un descubrimiento esa tarde en una playa de Acapulco. Dentro del agua había bañistas disfrutando de sus vacaciones. Ella no quería perder de vista su objetivo, que era ir a trabajar, pero era delicioso estar allí. Las pequeñas olas del mar bañaban sus pies mientras él dibujaba surcos en la arena mojada. Permanecieron en silencio, uno junto al otro sin hablarse.

—Cuánta calma transmite, ¿verdad? Recuerdo las veces que estábamos en Manhattan en nuestro pequeño apartamento y

hablábamos de la posibilidad de irnos de vacaciones a unas playas paradisíacas como estas.

—Y nunca teníamos tiempo ni para respirar —comentó ella, melancólica.

Michael sonrió recordando los buenos tiempos con ella sin dejar de dibujar surcos en la arena mezclada con el agua.

Mentalmente Maddison hizo una lista de todo lo que él le hacía sentir, aunque no quería hacerlo premeditadamente, pero lo que él le comentó momentos antes la llevó a revivir esos días en el diminuto apartamento donde fueron tan felices.

Lo miró de reojo y de nuevo supo que iba a ser una tortura estar esos dos días cerca de él. Si no fuera porque estaba controlada por la razón ya se habría lanzado a sus brazos. Por desgracia debían volver a Kansas y seguir siendo quienes eran. Pasarían los seis meses y Michael se marcharía de nuevo asolándola y oscureciendo su vida. Lo que él siempre había hecho era darle color y luz a sus días.

—También recuerdo que nos desvivíamos por nuestro trabajo, nos dejábamos la piel estudiando por conseguir nuestro sueño y creo que lo hemos conseguido —mencionó ella mirándole de soslayo.

—Desde luego, aunque es una lástima que no lo hayamos vivido juntos, después de soñarlo tanto tiempo uno al lado del otro.

Pico y pala, pico y pala, pico y pala. De esa forma iba a ser verdaderamente complicado no girarse y besarse sin remedio. No hacía más que lanzarle indirectas y las fuerzas comenzaban a flaquear.

—No sabía que el mar podía ser tan relajante, transmitir tanta paz, tanta calma… —volvió al tema del océano para evitar ir por otros derroteros.

—Te has convertido en una gran neurocirujana y has llegado muy lejos, Maddi. No sé si te servirá, pero yo… estoy orgulloso de ti.

Maldición, se había propuesto fundirle los plomos y derretirle el corazón como hacía desde el primer día que se vieron.

—Michael…

Él aprovechó aquel susurro pensando que era una pequeña barrera desmoronándose. Se acercó un poco hacia ella, pero Maddison no se inmutó, quedándose como estaba. Podía notar el calor que emanaba el cuerpo de él cambiando el ritmo de su pulso, acelerándose. Miraba al mar soltando el aire que llevaba contenido en los pulmones desde que él se sentó junto a ella.

—Siempre supe que conseguirías tu sueño y lo has hecho con creces. Jefa de Neurocirugía de un hospital. Eso es tremendo…

—A ti tampoco te ha ido mal…, ¿no hay nadie que comparta ese éxito en tu vida en Nueva York?

¿Por qué se ponía ella a sacar ese tema en aquel momento cuando parecía que se estaban acercando? Michael no lo comprendía y le enfrió un poco. Quizá eso hubiera sido lo mejor, pero la quería tanto que pensar en el tal Jayden le revolvía las tripas.

—¿Por qué haces esa pregunta?

—Simple curiosidad.

—Que yo sepa aquí la única que tiene a alguien en su vida eres tú, el tal Jayden.

Maddison se dio cuenta de la pena mezclada con la rabia que salía de la boca del padre de sus hijos. Si él supiera que la persona de la que estaba hablando era su propio hijo no se lo habría creído, pero ella habló con su niño en la boda de Frank y él lo oyó. Al decirle días antes la doctora que había alguien en su vida, él ató cabos, solo que erróneamente. Ella se rio ante la cara de lástima que puso el médico neoyorquino y se levantó. Caminó un poco hacia el mar mojándose los muslos dando saltitos. Michael podía haberse quedado embobado ante esa maravilla toda la tarde, pero notaba que empezaba a quemarse los hombros porque no se había puesto crema y fue hasta las hamacas.

Abrió la bolsita de ella y se iluminó el móvil de Maddi al rozarlo sin querer. De fondo de pantalla vio a sus padres con dos pequeños niños que rondarían los seis años si sus cálculos eran correctos. ¿Quién demonios serían esos pequeños? Phoebe le había confesado que estaba embarazada, pero que él supiera era la primera vez. No podían ser sus sobrinos y no contaba con más hermanos. Entonces pensó que eran una familia muy grande y ella misma le había presentado durante lo que duró su relación a infinidad de primos y tíos. A lo mejor eran los hijos de alguna de sus primas con las que recordaba tener siempre una relación excelente.

Miró hacia la orilla y la vio disfrutando con el agua salada, por lo que, con disimulo, tomó el teléfono entre sus manos y miró la foto. Recordaba a los padres de su expareja exactamente igual a como estaban, quizá con algunas arrugas y canas menos, pero eran los mismos. Se fijó después en los niños y sonrió, pues se les veía enseñar los dientes en una amplia sonrisa abrazados a los padres de Maddi. Parecían adorables, aunque tenían cara de revoltosos. Soltó enseguida el móvil al ver que volvía la doctora y se puso la crema.

Pasaron el resto de la tarde hablando del trabajo del día siguiente, a pesar de que él pretendía sonsacarle datos de su familia para intentar descubrir algo de aquellos niños. Desgraciadamente no obtuvo respuesta ni siquiera con varias copas encima.

—Está a punto de atardecer. —Maddi le miró y al cruzar las miradas ambos recordaron aquellos atardeceres que vieron juntos tantos días en un parque en Manhattan.

Miraron al horizonte y vieron una de las puestas de sol más bonitas que habían presenciado. El sol escondiéndose a lo lejos poco a poco, los destellos que seguían reflejándose en el mar. Varios turistas sacaron sus móviles e incluso algunas cámaras fotográficas para inmortalizar ese mágico instante y guardarlo para siempre. Ellos no lo hicieron. Tenían el aire contenido mientras observaban la estampa con las manos muy cerca uno del otro. Aún sentados sobre las hamacas las tenían sobre la arena tocándola y jugando con ella. Fue Michael quien comenzó el avance de dos de sus dedos caminando hacia los suyos. Uno rozó el lateral de la mano de ella y otro se atrevió a acariciar el dorso. La doctora exhaló un suspiro sin apartarse. Ese día estaba siendo demasiado intenso con tantos recuerdos atormentando su mente y la cercanía de ese hombre estaba derribando todas las fortalezas que le llevó años construir en torno a ella. Él se hizo fuerte al sentir que no se apartaba y terminó por darle la mano. Ella aceptó, vieron ese atardecer entrelazados sin mencionar una sola palabra y con el latido de sus corazones de banda sonora.

34

Después del momento tan bonito y especial que vivieron, regresaron a sus respectivas habitaciones para ducharse y descansar antes de ir a cenar. Ella habló con sus hijos y su madre, y se puso un poco la televisión de fondo, ya que apenas podía concentrarse en lo que estaban echando. Únicamente podía pensar en el hombre que estaba al otro lado de la pared, en cómo buscó su mano viendo el atardecer y en que debía bajar a cenar con él antes de irse a dormir, porque realmente estaba agotada del día tan intenso.

Media hora más tarde llamaron a su puerta un par de veces, dos toques y ella inspiró antes de ir a abrir. Ya estaba preparada con un vestido blanco de crochet de tirantes y unas sandalias sin tacón. Al otro lado estaba un imponente Michael con una camisa blanca, un pantalón del mismo tono y una sonrisa preciosa.

—¿Estás lista? Me muero de hambre —a juzgar por la mirada lujuriosa no se refería expresamente a la comida del buffet.

Maddison asintió, cogió la bolsita que había llevado a la playa donde tenía el teléfono, el monedero y algún objeto personal más y cerró tras de sí guardando la tarjeta imantada. Bajaron en silencio en el ascensor en una tensión sexual que podía cortarse con un cuchillo. Al entrar al comedor vieron que era una noche temática y es que el hotel cada día preparaba un espectáculo de cena para los comensales con actuación incluida. Llegaron a una mesa donde se sentaron tras llevar los platos que les apetecía tomar.

—Por fin he podido cenar contigo.

—No te hagas el afligido que en Topeka tienes mujeres suspirando por ti deseosas de compartir contigo una cena de este calibre —contestó ella evitando su mirada.

—El problema es que ninguna de esas es la que a mí me interesa.

Unos mariachis interrumpieron la charla cantando cerca de ellos. Permanecieron en silencio escuchando y mirando de vez en cuando al grupo musical, y aplaudieron una vez concluida la canción. Iban de mesa en mesa cantando a las parejas por allí

congregadas y, efectivamente como ellos temieron, llegaron hasta la suya. Maddi fue a decir que no eran pareja, pero él le tomó la mano cruzando la mesa y mirando a los cantantes. Cuando se fueron y tras aplaudirles ella seguía sonrojada por el gesto de Michael y la canción.

—No quería que se ofendieran y les sentara mal que no quisiésemos escucharlos. Es su trabajo —se defendió él antes de que ella pudiera atacarlo de alguna manera.

La neurocirujana volvió a hacer lo que siempre hacía cuando se sentía incómoda y era hablar de trabajo. Él lo sabía, ya que la conocía perfectamente. Le siguió la corriente y tras acabar de cenar le propuso dar un paseo por la playa antes de volver a las habitaciones. Ella aceptó, quizá algo imbuida por el vino que habían tomado durante la cena.

—¿Entonces Loren y tú…?

—Es mi compañera de trabajo única y exclusivamente —sentenció.

—¿Seguro? Ella no deja de afirmar que… —Pero no pudo acabar cuando él la agarró por el brazo girándola para que lo mirase a los ojos. Tomó su cara entre las manos y la besó antes de que existiera alguna duda de lo que tenía con Loren.

Maddison estaba indefensa, no se esperaba ese cambio en absoluto. Ella, con las sandalias en una mano no podía abrazarlo y corresponderle a ese beso con el cuerpo, pero sí lo hacía con los labios. Se abandonó al sabor que tanto echaba de menos de él, a las ganas reprimidas y al deseo de tanto tiempo escondido. Se besaron en una playa de Acapulco bajo la luz de la luna reflejada en el mar. Maddi sentía que se mareaba, que la abandonaban las últimas fuerzas que le quedaban de resistencia. Se doblegó a sus besos sin querer ser racional por un momento. Soltó las sandalias y se abrazó a Michael, pegando sus cuerpos con la inmensa ola del deseo creciendo en su interior. Esa ola que más bien parecía un tsunami que arrasaba con las pocas fortalezas que quedaban en pie. No podía respirar otro aire que no saliese de la boca de él, bebía de sus besos olvidándose de todo.

—¿Crees aún que me interesa alguna mujer en este planeta que no seas tú? —le dijo en un susurro casi ronco a escasos centímetros de sus labios. Ella reaccionó abriendo los ojos después de dejarse llevar en ese beso, los volvió a cerrar y se lanzó esa vez a devorar su boca sin miramientos.

Sintió que su corazón se detenía, parpadeó sin saber qué pensar. Solo quería sentir y las emociones la tenían desbordada. Michael

podía escuchar el latido de su corazón desbocado. Ambos estaban deseosos de entregarse uno al otro. Cuando pudieron separarse siguieron caminando por la playa hasta llegar al hotel y ya en la puerta de la habitación de Maddison se miraron. Ella abrió con la tarjeta imantada y la dejó abierta en forma de invitación. Tiró las sandalias al suelo y dejó los objetos personales sobre la mesita de noche a la vez que se quitaba los pendientes, sentada en el mullido colchón. El doctor que la acompañaba se posicionó detrás de ella, sentándose de rodillas. Maddi sonrió al sentir cómo el peso del colchón se equilibraba y cedía al acercarse hasta ella. Bajó los labios hasta su cuello y lo besó lentamente. La neurocirujana gimió al instante y eso le hizo a él sonreír satisfecho, depositando miles de besos por el cuello y bajando hasta la clavícula. Cuando la mujer que amaba se giró fue el momento de besarse en los labios como en la playa. Ambos estaban ávidos uno del otro y se desnudaron con una pasmosa rapidez. Se conocían, por lo que esa noche se reconocieron.

Tumbados uno sobre el otro estaban relajados y plenamente conscientes de lo que iban a hacer. Por mucho que hubieran disfrutado de una cena regada con buen vino no podía decirse que estaban bajo los efectos del alcohol, ya que eran conscientes de todo. No tardaron mucho en reconocerse. Ella abrió las piernas para recibir a Michael mientras no dejaban de besarse. Maddi se recreaba en los besos sin dejar de acariciar el cabello de él, enredando los dedos en su pelo moreno. Estaban tan deseosos uno de otro que no se entretuvieron demasiado e hicieron el amor con fogosidad y pasión, mirándose a los ojos gimiendo y diciéndose con la mirada que seguían amándose.

—Oh, Dios mío. No… puedo… —jadeaba Maddi cerca del abismo en las oleadas previas al orgasmo.

—Contigo, nada más —le susurró él antes de que ella explotase entre lágrimas para momentos más tarde llegar al clímax.

35

Después de hacer el amor de aquella manera cayeron rendidos y se durmieron uno en brazos del otro, sintiendo la respiración calmada y sosegada. Cerca del alba Michael se levantó y volvió a su habitación para ducharse y prepararse para el congreso. Ese día comenzaba y ellos eran los primeros ponentes tras el discurso de apertura de los encargados. Le costó mucho dejarla con la sábana cubriendo su cuerpo que siempre había adorado por mucho que ella se quejara de una curvita aquí o algo de grasa por allí. Para él era la mujer perfecta. Miró el reloj y se dio cuenta de que debía irse a la habitación por mucho que le costase hacerlo. Tras ducharse y vestirse con la carpeta de documentos bajo el brazo llamó a la puerta de Maddison, que había dormido casi hasta las ocho de la mañana. Al oír llamar a su puerta pensaba que seguía en su casa en Kansas y que lo sucedido la noche previa había sido un sueño. Sin embargo, al oler a Michael en las sábanas en las que estaba envuelta, supo que había ocurrido de verdad. Aún somnolienta le abrió la puerta y lo vio tan imponentemente guapo y atractivo como siempre.

—Buenos días, dormilona.

Ella se restregaba los ojos volviendo a la cama en la que quiso esconderse. No era de esas personas que tenían sexo con alguien y al día siguiente actuaba de manera natural. Por desgracia en esos temas siempre había sido demasiado tímida y retraída a diferencia de su hermana Phoebe. Daba igual que conociera al hombre que la miraba en la distancia como si se hubiera tragado un buzón que le hacía sonreír sin remedio.

—Dios santo, ¿qué hora es?

Saltó de la cama al darse cuenta que había dormido más de lo que estaba habituada. Él se rio y fue hasta la cama para tranquilizarla.

—Aún tenemos tiempo. Para ir más deprisa he pedido un desayuno que llegará en breve. Tú mientras ve a darte una ducha y después desayunamos juntos, ¿te parece?

Estaban muy cerca, tanto que él pudo darle un beso en los labios sin tiempo a echarse para atrás, aunque tampoco tuvo deseos de ello. Asintió con la cabeza y se dijo a sí misma que lo primordial era prepararse para el congreso que tendría lugar en uno de los salones de actos del hotel en cuarenta minutos. Tras ducharse se vistió con ropa formal y se sentó en la mesa pequeña redonda que había en la terraza, donde ya empezaba a calentar el sol de Acapulco.

—Que aproveche —le dijo Michael sentado en la otra silla.

Todo tenía una pinta de lo más apetitosa y se lanzó a devorarlo todo, porque debían darse prisa. Al estar ingiriendo alimentos no tuvieron tiempo para hablar de lo ocurrido, aunque estaba bastante claro lo que sentían. No obstante, ninguno se atrevió a sacar aquel tema de conversación. Él por miedo a que ella se arrepintiese y ella por miedo a que él le dijera que después de hacer al amor se había dado cuenta de que ya no la amaba.

Justo a tiempo salieron de la habitación con todos los documentos camino al salón de actos. En la entrada se encontraron con muchos médicos con etiquetas en las solapas donde podían leerse sus nombres. A algunos los conocía de vista de conferencias y con otros había charlado en algún encuentro en el hospital de Topeka, aunque fueron directos al interior de la sala sin cruzar palabra con nadie.

Tuvo lugar el discurso inaugural y tras los primeros nervios fue su turno. Michael y ella estuvieron radiantes, profesionales hasta el extremo enseñando documentos en la gran pantalla y dando hasta el mínimo detalle de los avances que llevaban hasta la fecha en su proyecto sobre los aneurismas cerebrales. Recibieron una gran ovación y ambos sonrieron satisfechos del trabajo bien realizado.

Una vez finalizaron su parte fue el turno de tomarse un descanso en el que apenas pudieron hablar de sus impresiones, ya que con un café en la mano los doctores venidos de todas partes del mundo se acercaron a ellos a felicitarlos y a preguntar muchas más cosas. Después del receso regresaron a la sala donde siguieron sucediéndose las conferencias y, a pesar de ser de lo más interesante, estaban más pendientes de tener al otro tan cerca que del trabajo de sus compañeros de profesión. Él tiró de su mano en un momento y se escaparon del congreso.

—¡Michael! Esto es muy poco profesional.

—No te preocupes, diremos que me encontraba mal y acudiste a ayudarme.

En aquel hotel daba igual la hora, siempre había música sonando. Siguió tirando de su mano y salieron a una de las terrazas

donde había una cantante de jazz interpretando una melódica canción. Él la cogió por la cintura con una de sus manos y la otra se encargó de entrelazar los dedos para bailar al ritmo de la música.

—Nunca, ni en nuestros años de juventud más jóvenes, hemos faltado así a nuestro trabajo —dijo ella haciendo referencia a los tiempos en Nueva York.

—Tenemos mucho tiempo que recuperar —respondió él.

Se mecían al ritmo de la banda de jazz junto a otros clientes del hotel que parecían disfrutar de la bonita música. Maddison sentía que la cabeza le daba vueltas, o quizá era porque él de vez en cuando la giraba sobre sí misma para volver a encontrarse con su cuerpo pegado al suyo.

—Como nos vean aquí…

—Relájate y disfruta —susurró el neurocirujano en su oído.

Al acabar la canción le rogó volver a la conferencia y él aceptó. Iban más relajados que antes de estar en aquella terraza. El baile había destensado mucho el ambiente entre ellos dos. De camino al salón de actos incluso hablaron, aunque no de lo que ella esperaba.

—¿En algún momento vamos a hablar de lo de anoche?

Ella se detuvo en seco temiendo que ese momento había llegado.

—Quiero decir, tú eres una de las personas más racionales que conozco y cuando suceden hechos que se escapan a tu raciocinio necesitas destriparlo todo como si estuvieras en quirófano. Analizarlo, sopesar todo y después hablar sobre ello.

—¿Crees que ahora es el momento? Vale que vivas un instante de locura y me saques del congreso a bailar en una terraza donde toca una banda de jazz, pero ¿quieres de veras sacar el tema de anoche en este preciso momento?

—Lo que de verdad quiero es subir a la habitación y recrearme en tu cuerpo con calma como anoche no conseguí hacer —susurró cerca de su oído antes de dejarla allí.

Siguió caminando hasta el salón de actos donde sus compañeros neurocirujanos continuaban con las conferencias. Maddison tragó saliva, reprimiendo los mismos deseos que Michael tenía. Lo primero era ser profesional y ya se habían largado de aquel sitio para salir a bailar. Por el amor de Dios, a quien le contaran aquello les habría tachado de locos insensatos y poco responsables. Y entonces se acordó de las palabras de su madre, que más bien parecieron una profecía. Se sentaron de nuevo en las tapizadas sillas azules y escucharon una tras otra las conferencias aplaudiendo con ahínco e incluso apuntando cosas que se decían. A la hora de comer se escaparon cuando pudieron de los médicos interesados en seguir

indagando en su proyecto. Contaban con dos horas para hacerlo, pero no les sobró mucho tiempo. Nada más llegar a la habitación de Michael se lanzaron a la cama, donde hicieron el amor esa vez con más lentitud, disfrutando más del cuerpo de su amante. Pidieron unos sándwiches antes de ducharse para regresar al congreso. Maddison sabía, pues así lo sentía, que se estaba dejando llevar por las emociones por primera vez en su vida y no le importaba.

—Si me llegan a decir que vengo a este congreso al que llevo años queriendo venir para esconderme en una habitación contigo no me lo creo.

—Es lo que tiene el amor —dijo él.

—No digas eso… no sabemos…

—Por favor, no lo digas tú, Maddi. —Miró el reloj y por desgracia ya tenían que estar abajo en el salón de actos, por lo que no se entretuvo mucho en contestarle. Fue claro y conciso. Tajante —. Eres la mujer con quien siempre he deseado pasar el resto de mi vida. Una vez te escapaste de mí, pero no volverás a hacerlo.

Ella, con la boca abierta, se recompuso como pudo y salió de la habitación después de que Michael lo hiciera algo molesto. Cuando llegó a la sala ya estaba allí en un grupo con varios médicos charlado animadamente. Se sentó sin acercarse y él hizo lo propio con aquel pequeño y reducido grupo de personas. No le fue posible escuchar lo que sus compañeros decían y seguramente sería de lo más interesante e instructivo. Solamente resonaban en su cabeza las palabras de Michael: «Eres la mujer con quien siempre he deseado pasar el resto de mi vida. Una vez te escapaste de mí, pero no volverás a hacerlo».

Los aplausos de la última charla de la tarde la sacaron de sus pensamientos confusos y salió de allí, aunque varias doctoras la cogieron antes de escaparse a tomar el aire. El doctor neoyorquino no perdía de vista donde estaba ella, y Maddi hacía lo mismo. Casi una hora más tarde tras acabar la última conferencia pudieron reencontrarse.

—¿Qué te ha parecido la última? A mí un peñazo para serte sincero…

—Y más si estás pensando en cosas que nada tienen que ver con la medicina, Michael.

Él se rio y afirmó con la cabeza encogiéndose de hombros.

—Pillado.

Salieron a la terraza donde bailaron por la mañana para descubrir que en ese momento había otro grupo de jazz cantando distinto. Era una delicia oír esa música de la que ambos eran

auténticos enamorados. Se sentaron en una de las mesas, les sirvieron unas copas, bailaron de nuevo como por la mañana y se miraron mucho sin apenas hablar. Sobre todo, no tocaron el tema de lo que había pasado entre ellos, era como si vivieran en una burbuja en Acapulco y su vida en Topeka no existiera. No volvieron a la habitación a cambiarse. Caminaron por la playa viendo un nuevo atardecer, regresaron al hotel para cenar y subieron a la habitación de ella, donde de nuevo hicieron el amor esa noche, con la ventana abierta y el ruido del mar de fondo colándose en la intimidad compartida de dos personas que se lo decían todo sin palabras.

36

Amanecieron igual que la mañana anterior, uno en brazos del otro, y por muy tentador que resultase tenían que levantarse y acudir al congreso. La diferencia esa mañana fue que ella se despertó antes que él y lo observó dormir como cuando estaban juntos años atrás. Michael se desperezó estirándose y abrió los ojos para verla mirándole. Le dio la mano y entrelazaron los dedos jugueteando. No hablaron, simplemente se miraron con las manos unidas y se entretuvieron en besarse. Felices, esa era la palabra que los definía. Sin etiquetas por el momento. Maddison había aceptado que no quería ponerle nombre ni pensar en lo que estaba pasando o incluso en lo que todo aquello suponía al volver a Kansas. Se levantaron como pudieron, ya que estar en la cama era lo que más les apetecía, se ducharon y bajaron a desayunar.

El último día de congreso fue bastante distinto al anterior. Estuvieron concentrados al cien por cien, aunque no se separaron físicamente uno del otro en ningún instante. A mediodía se reunieron a comer con los compañeros, a diferencia del sábado que se escabulleron para disfrutar de su intimidad. Por la tarde asistieron al cierre del evento de medicina más importante en el campo de la neurocirugía y se llevaron el diploma de asistencia y mucha información relevante. Eso era lo bueno de congresos como aquel, el compartir con los compañeros de su misma especialidad ideas, el intercambio de opiniones, la retroalimentación. Nuevamente les felicitaron por el trabajo tan excelente que estaban llevando a cabo y la jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka no pudo irse más orgullosa y satisfecha a casa.

Hicieron las maletas y se vistieron para bajar a cenar, aunque en esa ocasión no iban a cenar en la terraza ni en el comedor. Maddi se vistió con un vestido blanco similar al de día anterior, solo que esa noche se sintió poderosa al subirse a unos tacones. Podía ser una tontería, pero eso y pintarse los labios de cualquier color le hacían sentir una de las mujeres más poderosas del mundo, como si nada más le hiciera falta para sentir el valor corriendo por sus venas.

—Buenas noches, doctor.

—Estás más que impresionante, aunque eso ya lo sabes. —La besó manchándose de su carmín, pero no le importó. Ella se lo limpió después con los dedos y le sonrió antes de dejar un tímido beso en la nariz de él.

Al llegar al comedor Michael tiró de ella, deteniéndola. La neurocirujana se giró para mirarlo mientras negaba con la cabeza. Le señaló la terraza y ella no comprendía qué significaba, aunque confiaba en él plenamente, por lo que dirigió sus pasos hasta allí. En el bar de la terraza un camarero le dio una cesta de picnic y caminaron hasta la playa. Al llegar allí se encontraron con varias fogatas repartidas iluminando la zona. En algunas había gente y otras estaban prácticamente vacías. Llegaron hasta una de ellas y se sentaron.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vamos a cenar de una manera diferente. Hoy me enteré de que preparan estos picnics bajo la luz de la luna con el maravilloso ruido del mar de fondo y me dije que quería vivir este momento contigo para convertirlo en un nuevo recuerdo.

A ella se le iba a salir el corazón por la garganta. Michael siempre había sido un tipo detallista, en especial en todo lo relativo a cuidarla y mimarla. De la cesta sacó una botella de vino, queso para untar, patés y fruta. Se descalzó sintiendo la arena fría por la pérdida del sol, aunque no les incomodaba. Comieron con una banda sonora preciosa, el ruido de las olas chocando en la orilla, con la tenue luz que emanaba de la luna llena y algunas guitarras de otras fogatas donde algunas personas cantaban. Se terminaron la botella de vino entera y tras terminar de cenar se abrazó a él, apoyando la espalda sobre su pecho.

—Sin duda es uno de los recuerdos más bonitos que podré guardar en mi memoria. —Él le dio un beso en la sien y la meció en un dulce vaivén.

—Maddi…, sé que no quieres hablar de ello, pero en unas horas cogemos un avión y…

Ella se giró para poder mirarle a la cara y antes de hablar de nada le besó de una de las formas más bonitas que pudieran existir. Fue un beso cargado de amor y de la misma pasión que sentían uno por el otro.

—Michael, este fin de semana ha sido todo una locura y a la vez ha sido maravilloso. No me he parado a racionalizar nada ni a reflexionar y no sé qué significa todo esto. ¿Es una burbuja que explotará cuando lleguemos a Kansas? ¿Es algo que debía pasar sin

que pudiéramos evitarlo?

—Tú sabes que esto no es algo que queramos evitar. Maddison, nosotros nos enamoramos hace mucho y jamás hemos dejado de estarlo. Esto que ha ocurrido este fin de semana es el amor que llevamos con nosotros desde hace años y años. Y no hay que racionalizarlo, sino aceptar que nos amamos y que nuestro destino es estar juntos. No le busques un sentido más allá porque no lo tiene. Hasta que no he venido a Topeka no me había percatado de que mi corazón se detiene cuando te alejas y late furioso cuando te acercas. Estaba muerto en vida desde hace siete años cuando te fuiste y tú me has devuelto la vida.

Ella no supo cómo reaccionar a su discurso romántico. Simplemente lloró emocionada al escuchar que la amaba y que deseaba estar con ella. No analizó nada ni pensó en todo lo que la esperaba en Topeka. Simplemente se abrazó a él emocionada, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. Él no necesitó que ella le dijera nada, pues sabía leerla y al ver su llanto comprobó que Maddison seguía amándole con la misma intensidad del primer día, solo que había apagado a conciencia ese amor para no sufrir al estar separados.

Con la hoguera casi apagada se marcharon de la playa, devolvieron la cesta en recepción y subieron a la habitación a recoger sus cosas. Ojalá se hubieran podido relajar y hacer el amor de nuevo, pero el avión salía y no podían perderlo. El día siguiente lo tenían libre y él deseaba pasarlo con ella, pero por desgracia la realidad era otra.

—Cuando lleguemos vente al apartamento conmigo y pasemos el día juntos.

—No puedo, tengo obligaciones de las que ocuparme en Kansas. —Besó su mano y se subieron al avión.

Una vez en Topeka cada uno tomó un taxi camino a sus lugares y no se dijeron nada más. Ya verían qué sucedería. Maddi llegó tarde al rancho y entró con cuidado sin querer despertar a nadie en la casa. Lo que no esperaba era que su madre aguardase con un café bien cargado en el salón.

—¿Qué haces levantada? ¿Los niños están bien?

—Perfectamente, deja que te vea. —Su madre se acercó a ella, cogió su cara con ambas manos y la miró a los ojos.

Su hija no entendía qué demonios estaba haciendo. Lo único que podría ver sería un cansancio descomunal después del fin de semana intenso y el vuelo largo. La señora Stephens sonrió y se separó de su hija antes de subir la escalera.

—Me alegro de que me hayas hecho caso y hayas disfrutado de estos días. Ahora sigue con esa sonrisa que desapareció hace siete años el día que cruzaste esa puerta.

37

El día después del congreso Maddison durmió más de lo normal, pero es que apenas había podido descansar y su madre rogó a sus nietos que no subieran las escaleras para llamar a su madre por mucho que la hubieran extrañado. No fue tarea fácil, pero lo logró. Cerca de las once de la mañana la doctora se despertó y lo primero que hizo fue coger el móvil. Sorprendida de tener varios mensajes se restregó los ojos para poder verlos.

Buenos días, espero que hayas descansado. Yo te he echado mucho de menos…

Michael le había dejado un mensaje bien temprano y ella sintió un cosquilleo al leerlo. Ella también lo echaba en falta después de los días tan intensos que habían vivido. Seguía completamente enamorada de él, y lo que era mejor, él también. Por su mente cruzó la posibilidad de estar juntos de nuevo, pero entonces se le iluminó la bombilla con el gran inconveniente. No tenía ni idea de que era padre. Quizá, como decía su hermana Phoebe, habría cambiado de opinión y le haría incluso feliz vivir al lado de esos dos pequeños monstruitos, pero… ¿y si al enterarse de habérselo ocultado la odiaba? No soportaría que ese sentimiento tan terrible y tan despreciable viviera en el corazón del hombre que quería.

No quiso seguir pensando en ello y vio más mensajes de su hermana, que le enviaba fotos de cómo iba avanzando el embarazo en su cuerpo y fotografías de ella con Graham sonrientes y felices. Sintió celos porque ella no pudo disfrutar de eso, no compartió con Michael esos bonitos y duros momentos para algunas mujeres. En el caso de Maddison fue un embarazo típico con las clásicas molestias los tres primeros meses de mareos y vómitos. El resto del tiempo se sintió muy feliz por estar embarazada hasta el último trimestre, que es cuando una mujer que alberga no uno sino a dos bebés se siente más incómoda. En torno al octavo mes de embarazo le programaron la cesárea y fue un parto horripilante. La anestesia no funcionó correctamente y empezó a dormirle partes que no deberían estar dormidas. Los médicos creyeron que se moría, pero

afortunadamente todo se quedó en un gran susto. Tras las interminables horas de parto, cuando despertó y los doctores comprobaron que su vida no corría peligro, pudo ver a esos bultos sonrosados que deseaban conocer a su madre. Maddison lo pasó francamente mal en el parto, pero al ver a sus hijos todo se olvidó. Recordaba llorar mucho entre las hormonas, los dolores y la emoción más pura que jamás había experimentado.

Leyó también mensajes de Katherine queriendo sonsacarle sobre el fin de semana y alguno más de los dueños del hospital que al día siguiente querían reunirse con ella y con Michael para saber más sobre el congreso y el proyecto. Salió de la cama, se estiró y mientras bajaba los escalones sus pequeños se tiraron sobre ella. Se sentaron en la escalera abrazándose con intensidad dándose millones de besos.

—¡Mami! Te hemos echado mucho de menos.

—¿Nos has traído algo?

—Pero, Jayden, mamá ha ido a trabajar a un hotel, no había nada que poder traeros. —El niño puso una mueca de fastidio y su madre le hizo cosquillas para que se riera. Funcionó a la perfección.

—Chicos, dejad a vuestra madre que se espabile. Fue a trabajar y estoy segura que se dedicó en cuerpo y alma a lo que tenía que hacer.

El comentario malicioso de la abuela no le pasó inadvertido, pero en presencia de menores no iba a responderle nada. Se sentó a desayunar cerca de los niños, que ese día por ser festivo en Topeka no tenían colegio. Planearon hacer cosas juntos, pero antes quisieron ir a montar a caballo, y ya que ella lo odiaba les dejó marcharse mientras acababa de desayunar y de asearse.

—Lo creas o no he trabajado muy duro este fin de semana. Mañana tengo reunión con los jefazos para contarles todo.

—Espero que por todo no te refieras a tu cara de felicidad por cierto médico neoyorquino.

Casi se atragantó con la tostada al escuchar el segundo comentario malicioso.

—Mamá, los niños van a oírte.

—Cariño, tienen siete años. No llegan a entender ese tipo de frases. —La madre dejó el trapo sobre la encimera y fue a sentarse al lado de su hija—. Y ahora que no hay moros en la costa cuéntame todo.

—No haya nada que contar. Solo puedo decirte *Vidi, vici, vinci.*

—¿En todos los sentidos?

—Mamáááááááá. ¡Por Dios santo, mujer! Deberías

escandalizarte por tus pensamientos.

—No te preocupes, que iré a la iglesia después a confesarme —contestó ávida tras santiguarse. Era una persona muy religiosa, pero no dejaba de ser una mujer y comprendía perfectamente a su hija y sus deseos carnales hacia el hombre que amaba.

Los niños ya habían desaparecido, pues al salir por la puerta de casa había varios trabajadores que los conocían y que se encargaban de ellos. Estarían un buen rato con su animal favorito galopando, por lo que Maddi no se preocupó de que oyeran algo.

—Ha sido como si no hubiera pasado el tiempo. Mamá —le cogió la mano con los ojos llenos de felicidad—, Michael aún me quiere.

—Me alegro tanto de oírte hablar así, cariño. —Su madre le tomó la mano y posó encima la suya.

—De verdad, ha sido como un sueño. Yo llevaba tiempo aguantando las ganas de besarlo o de decirle algo, y allí fue como estar otra vez en Nueva York. Los recuerdos que nos unen, el amor que nunca se ha ido. Siempre ha estado ahí —confesó en voz alta.

Su madre, la señora Stephens, siempre supo que la historia de su hija con el señor Lowell no había terminado. Nunca se cerró y en el fondo de su corazón ella ansiaba que de alguna forma aquello sucediera. Miraba a su hija y la veía feliz como nunca antes, ni siquiera cuando estaba con sus mellizos se la veía tan resplandeciente.

—¿Y hoy no piensas verlo? Por los niños no te preocupes.

—No sé qué hacer, mamá. Aquello parecía tan bonito, tan de estar en una burbuja que no sé qué debo hacer ahora.

—Yo creo, y es mi humilde opinión que puede que no te sirva, que deberías darte esa nueva oportunidad con Michael. Y si ves que todo marcha bien hablarle de Mary Alice y Jayden.

—Me da tanto miedo…

—Cariño, ni que fuera un monstruo. Nosotros conocemos a ese hombre y estoy segura de que, aunque al principio le sorprenda, estará feliz de ser su padre al verlos. Son adorables.

Su madre siempre pensó que se había equivocado al no contarle la verdad sobre los mellizos, pero ella se obcecaba en decirle que él nunca deseó tener hijos y que hacía verdaderos comentarios dañinos sobre traer hijos al mundo. No pudieron seguir hablando porque llamaron a la puerta. Su madre fue a abrir mientras ella se terminaba el café.

—Maddison, tienes visita.

Ella se giró y se le paró el corazón al ver a Michael en el salón

de su casa.

38

Miró a su madre, que le guiñó un ojo antes de irse.

—No te preocupes, que yo me encargo de todo.

La señora Stephens salió por la puerta camino a los establos para entretener aún más a los mellizos y evitar que corrieran a la casa para buscar a su madre. Maddi se levantó sintiéndose feísima porque seguía en pijama, sin peinar ni maquillar.

—¿Qué haces aquí?

—Como no me has contestado al mensaje he decidido venir a verte —alargó la mano para cogerla por la camiseta y atraerla hacia él.

—Michael, esto no…

Pero no tuvo tiempo de hablar cuando ya tenía los labios de él sobre los suyos. El sabor en la punta de la lengua, el placer de juntar las bocas y se olvidaba de todo.

—Quiero pasar el día contigo. Dime que sí, por favor…

Tragó saliva intentando serenarse tras el beso de bienvenida y se tocó el pelo, nerviosa. Les había prometido a sus niños estar con ellos después de estar separados el fin de semana, aunque su madre le había prometido encargarse ella de sus nietos. Menudo dilema. Fue entonces cuando el corazón gritó alto y optó por hacerle caso, apagando la voz del cerebro maldito.

—Tengo que ducharme y vestirme.

—Puedes ducharte en mi apartamento. De hecho, me encantaría…

Y como una adolescente con las hormonas efervescentes subió rauda a la habitación para guardar en una mochila ropa y algunas cosas para pasar el día, bajó corriendo y salió de la casa cuanto antes. Se subieron al coche de él y desaparecieron del rancho en pocos minutos. De camino al apartamento alquilado de Michael ella lo tenía cogido por la mano y simplemente se separaban cuando debía cambiar de marcha. Se les ponía el vello de punta a ambos cuando se rozaban, no se acostumbraban a aquello. Al llegar ella fue directa a la ducha, solo que no fue la única. Tardó en ducharse

una eternidad porque el sexo desenfrenado la entretuvo un poco. Después de asearse y vestirse salió del baño para llegar al salón, donde se encontró con el doctor con ropa casual sentado en el sofá y leyendo un periódico. Se echó sobre su pecho y allí descansó tranquila mientras él leía como si fueran una pareja.

—Nunca me cansaría de tus besos —dijo ella antes de elevar el rostro y mirarlo. Acto seguido dejó el periódico y se lanzó a besarla nuevamente.

Se habían dado millones de besos desde que se conocieron, algunos representaron instantes de pura pasión y deseo, pero otros como aquel eran más la marca de algo. El inicio de una nueva etapa en la que pretendía olvidar todo lo malo que quedaba atrás. Se transformó en un recuerdo latente en su memoria.

Lamió sus labios apresándolos con los dientes, absorbiendo el calor. Lenguas recorriendo caminos, despacio y luego rápido. Profundizando el contacto tan intensamente que terminaron haciendo el amor de nuevo sobre aquel sofá.

A lo largo del día se comunicó con su madre en un par de ocasiones para preguntar cómo se habían tomado los mellizos su ausencia y qué tal estaban, pero la señora de la casa se limitó a rogarle a su hija que disfrutara olvidándose de que era madre. Al oír eso de boca de su madre se escandalizó un poco, pero comprendió que lo único que intentaba era que su hija fuera feliz y Michael era el culpable de hacer que eso sucediera.

Comieron en casa una deliciosa comida casera que el propio médico preparó como cuando vivían en Nueva York y se encargaba de alimentarla bien. Ella se limitó a disfrutar y a hincharse a comer, saciándose. Sin embargo, no fue solamente saciarse en el sentido de ingerir alimentos, sino que ese día no salieron del apartamento haciendo el amor tantas veces que acabaron agotados. Según él tenían que recuperar tiempo perdido y ella no podía controlarse ni tampoco quería hacerlo.

Por la noche cenaron y él la llevó de vuelta al rancho con todo el dolor de su corazón, pues deseaba pasar de nuevo la noche con ella en su cama, abrazarla hasta quedarse dormido y aspirar su dulce olor.

—Tus padres podrían dormir sin ti en casa. Ya eres mayorcita.

—Michael, ya te lo he explicado mil veces. Mañana tenemos reunión con los jefes porque quieren que les pongamos al día de todo y sabes que soy una mujer de rutinas. Cada mañana me levanto antes del amanecer, me voy al hospital y desayuno tranquila antes de comenzar mi día. Súmale que tengo que estar

preparada para esa dichosa reunión y si me quedo aquí me entretendrás de nuevo con más sexo y no voy a dormir nada.

Él se rio asumiendo que llevaba razón, por lo que aceptó que se marchase. La llevó hasta el rancho, pero antes de bajar del coche de nuevo la besó con pasión durante un rato, enrollándose al más puro estilo adolescente.

—Mañana nos vemos. A las nueve en punto, ni un segundo después. Los jefes son muy puntuales, parecen británicos. No me hagas enfadar o castigarte.

—Si vas a castigarme con más sexo bueno llegaré tarde. —Ella le dio un golpe en el brazo y le señaló con el dedo.

—No me hagas enfadar. —Un beso rápido de despedida y bajó del vehículo camino a casa.

Al entrar por la puerta él se alejó dejando las ruedas pegadas en el suelo y haciendo un ruido ensordecedor. Los niños deberían estar ya metidos en la cama. Ojalá no los hubiese despertado. Al llegar a su cuarto se desplomó sobre la cama realmente cansada y absolutamente feliz. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Era su madre, que también tenía la sonrisa en la cara.

—Veo que ha sido un buen día y antes de que me lo preguntes tus hijos están perfectamente. Te echaron de menos y se enfadaron un poco, pero yo les expliqué que tenías que irte. Ahora descansa, porque a juzgar por tu cara no habéis dormido precisamente…

Maddison abrió la boca escandalizada por las cosas que decía su madre, una mujer tan religiosa y piadosa que la estaba sorprendiendo. Le tiró un cojín, pero cerró la puerta y no consiguió darle. Se lanzó de nuevo sobre la cama y suspiró cuando nuevamente oyó la puerta abrirse.

—Verás cómo acierte ahora. —Cogió otro de los cojines que adornaban la cama, pero antes de lanzarlo vio a su hija pequeña restregarse los ojos medio dormida.

—¿Dónde has estado, mamá?

Su pequeña entró en la habitación más adormilada que despierta y se subió a la cama con su madre echándose sobre ella.

—He tenido que estar fuera de casa.

—¿Pero todo el día, mami? Nos dijiste que íbamos a disfrutar juntos hoy porque mañana ya trabajas y volverás a irte y a regresar muy tarde.

Una punzada de dolor resquebrajó un poco el corazón de una madre trabajadora que quería poder aspirar en su carrera profesional, pero que para ello tenía que renunciar a algo. No era nada justo cómo las mujeres sufrían por desear ascender y debían

renunciar a algo a cambio. Los hombres no tenían ese problema y no era nada justo. Sin embargo, aquella pequeña de siete años con los ojos aguados le estaba pidiendo a su madre pasar más tiempo con ella. Siendo la jefa de Neurocirugía del hospital de Topeka eso no era factible. Abrazó a su hija acariciándole el cabello y tarareando una de sus nanas favoritas de cuando era bebé. La niña se durmió al instante y su madre se quedó vestida sobre la cama sin moverse un milímetro para no despertar a su pequeña.

Lo malo de no poder dormir cómodamente en tu propia cama es que te levantas entumecida al día siguiente con un dolor de espalda bárbaro. Arropó bien a la niña antes de darse una ducha caliente que colaborase a relajar los músculos rígidos. Vestida para salir al trabajo besó a Mary Alice y fue a ver a Jayden que seguía completamente dormido. Al bajar a la cocina se encontró con sus padres desayunando.

—Buenos días, ratita.

—Hola, papá.

Su madre le sirvió más café a su esposo mientras se metía en la boca un trozo de galleta. Miró a su hija y supo que algo andaba mal.

—¿Fue todo bien ayer?

La hija mayor de los Stephens se encogió de hombros sintiéndose culpable por no poder estar más tiempo con sus hijos. Por desgracia cogerse una baja en aquel preciso momento no era lo idóneo. El puesto de trabajo ni siquiera fue pensado para ella, sino que le llegó casi de rebote, y renunciar a él no era una opción. Cuando los jefes le dieron aquel cargo de suma relevancia le exigieron que estuviera unos cuantos años al mando. No obstante, no era muy compatible con criar a dos mellizos de siete años que demandaban mucha atención y cada vez iría a peor según crecieran.

—Alice no está muy contenta conmigo.

—¿Y eso, cariño?

—Anoche vino a mi cuarto y me preguntó que dónde estuve para después echarme en cara que iba a pasar el día con ellos. No lo hice. De veras, ¿cuándo me he convertido en tan mala madre?

Su padre, que siempre fue muy comprensivo con sus hijas, y que en el fondo debido a su trabajo como granjero se había dedicado menos a la crianza de sus dos niñas, la miró muy serio y enfadado.

—No quiero volverte a oír hablar sobre ti en esos términos. Eres la mejor madre que esos dos pequeños puedan tener. Nadie nace enseñado, ratita. ¿Acaso crees que tu madre no se preguntó lo mismo cientos de veces mientras yo estaba trabajando? Las madres

no son máquinas ni mujeres perfectas que nacen sabiéndolo todo, ni siquiera los padres. Ensayo y error la mayoría de las veces. Por desgracia no somos millonarios y tenemos que ganarnos la vida trabajando, y eso implica no poder estar todo el tiempo que desearíamos con nuestros hijos. Lo que importa es que esos momentos sean de calidad, ratita. Y créeme, a tus hijos les regalas calidad a raudales.

Maddison se emocionó llegando a las lágrimas. Su padre se levantó para abrazarla y darle un beso. Besó también a su esposa y se fue a trabajar como llevaba haciendo años. La vida de granjero nunca acababa y, a pesar de tener a trabajadores en el rancho, le gustaba supervisar y ayudar, aunque ya había tareas que por edad no podía hacer. La madre le preparó la comida en silencio, pues su marido había dicho todo lo que ella misma le decía.

—Y ahora ve al hospital, trabaja y sonríe como lo hacías ayer.

—¿Por qué estás tan emocionada de que esté con Michael? No lo entiendo, cuando llegué embarazada hace siete años lo odiabas. —Su madre se sentó de nuevo junto a ella.

—Lo hice porque vi llegar a mi hija con el corazón hecho añicos, quedándose dormida mientras lloraba y con dos bebés en camino. Ha pasado tiempo y el tiempo todo lo cura, cariño. Sé que él te hace feliz, que lo quieres y por lo que me cuentas él también te ama. No dejes pasar la nueva oportunidad que os brinda la vida.

—Pero, mamá, los mellizos… —Le cogió la mano apresándola con fuerza.

—Los niños son sus hijos y no creo que sea tan mala persona como para no quererlos en su vida. Puede que cuando lo sepa se enfade un poco, pero ser padre es un sentimiento maravilloso. Seguro que los querrá tanto como tú. No tengas miedo. Con miedo no se va a ninguna parte, solo te limita y ni tu padre ni yo os hemos enseñado a dejaros limitar por nada ni por nadie.

Con el nudo en la garganta asintió. Cogió la comida y salió de casa rumbo al hospital a afrontar un nuevo día en el que debía pensar de qué manera contarle al padre de sus mellizos de la existencia de aquellos dos maravillosos niños. Lo que ella no sabía era que él lo descubriría sin que ella abriese la boca.

39

Nada más llegar al trabajo se encontró a Michael esperando en el pasillo junto a su despacho hablando con un par de compañeras, enfermeras en ese caso. Los celos no eran nada buenos, pero tampoco algo que pudieran controlarse. Saludó y se metió entre sus cuatro paredes, lista para beberse el café. Esa mañana estaba nublada, por lo que no podría disfrutar de la bonita estampa que solía verse desde su ventana. El médico neoyorquino entró y ella se puso rígida al escucharle.

—Buenos días. Has pasado rauda y veloz como un rayo.

—No quería molestar —contestó bebiéndose el café. Ni siquiera se había parado a charlar con Kate, que estaba sentada en su mesa.

Él se rio y fue a darle un beso en la cabeza mientras masajeaba sus hombros, que seguían entumecidos. Ella quiso estar arisca, pero era imposible con ese hombre. Se levantó y lo besó en los labios antes de abrazarlo.

—Se me está ocurriendo que podemos echar ese pestillo…

—Tú estás loco. Tus jefes vienen en cuarenta minutos —él comenzó a dejarle besos por la clavícula y el cuello, su punto débil.

—Tiempo más que suficiente.

Michael la dejó confundida cuando fue a cerrar el pestillo, pero Maddison le dijo que estaba loco. Había gente fuera, aunque fuese poca, y no podían estar teniendo sexo sobre el suelo de la oficina. Aquello era de locos. Por desgracia cuando Michael la besaba se olvidaba de todo y desaparecía la cordura. Detrás del escritorio se tumbaron sobre el suelo y él hizo maravillas besándola por todas partes, aunque ella le rogó que no se quitaran la ropa. Fue algo rápido y animal. Ambos se tapaban la boca al otro para detener los gemidos que salían de sus bocas. Una auténtica locura, pero qué bien sabía. Al acabar se recompusieron y ella se terminó el café.

—Y aún nos sobra tiempo, ¿ves?

—Yo es que no me puedo creer lo que acabamos de hacer —se dijo llevándose las manos a la cara. Él se le acercó y le retiró ambas manos acariciando su nariz con la suya.

—Me encanta la forma de ruborizarte cuando haces algo inapropiado.

A ella no le hizo gracia su comentario y le dio un golpe en el pecho antes de sentirse cobijada entre sus brazos. Se mecieron en un suave vaivén hasta que se dieron cuenta de que se les echaba la hora encima y tuvieron que aparentar normalidad. Maddison estuvo mirando los documentos del proyecto mientras Michael la miraba embobado. Se sentía tan orgulloso de la persona en la que se había convertido que no daba crédito. ¡Dios, cuánto la quería!

—A veces las cosas suceden sin más —ella levantó la vista de los papeles frunciendo el ceño—, ocurren y nada se puede hacer para evitarlo.

—¿De qué se supone que estamos hablando ahora?

No pudo acabar cuando llamaron a la puerta y Katherine les avisó de que los dueños del hospital los esperaban en la sala de juntas. Recogieron todo el papeleo y fueron hasta allí donde dos horas más tarde salían victoriosos y orgullosos por la labor reconocida.

—Maddison —la llamó uno de esos señores con traje.

—No nos equivocamos al ponerte como jefa del servicio de Neurocirugía del hospital. Lo estás haciendo francamente bien.

Tras darle las gracias se marcharon dejándolos solos en la sala de juntas. Ella dio un par de saltitos mostrando su felicidad y lo orgullosa que estaba. Michael la aplaudió uniéndose a los saltos antes de abrazarla con devoción.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Dios mío, no me lo puedo creer. ¿Se podrá ser tan tan tan feliz? —Él asintió.

Se separó de él para volver al trabajo, ya que tenía consultas en media hora y él debía seguir con el trabajo en el proyecto. Les costó alejarse uno del otro, pero lo primero era lo primero. Al llegar a su despacho vio a Katherine, que la esperaba expectante. Entró con ella al despacho y estuvieron en su interior hablando antes de que la doctora comenzara sus consultas con los pacientes.

—¿Entonces todo fue bien?

—Demasiado, Kate. Estoy viviendo en una nube y no sé si me mataré cuando me baje de ella. —La secretaria se rio.

—Seguro que no te caerás. Ese tiarrón te cogerá antes de que tus pies toquen el suelo. Os merecéis una nueva oportunidad.

Antes de que la doctora dijera nada la secretaria negó con la cabeza.

—Ríndete a la obviedad. Michael está enamorado de ti, no hay

más que ver la forma en que te mira y tú lo estás hasta los huesos, querida mía.

Maddison suspiró y sonrió.

Por otro lado, Michael se dedicó a seguir con la investigación a lo largo de la mañana cuando Frank entró con cara de pocos amigos. Al verlo se quitó las gafas y le recibió con un abrazo sincero.

—¡Bienvenido de nuevo! ¿Cómo ha ido la luna de miel?

—No me hables, que estaba deseando volver. Cuéntame todo lo del congreso. Espero que pudieras divertirte también porque, joder, ¡Acapulco! A mí siempre me ha tocado ir a lugares fríos y no a paraísos caribeños.

El médico neoyorquino sintió pena por su amigo, pues se suponía que debía volver exultante de alegría tras pasar unas vacaciones con su recién estrenada esposa y traía más cara de funeral que otra cosa.

—Te quejarás, que has estado en Maldivas con tu mujer. No creo que te lo hayas pasado peor que yo.

—No me hables… cambiando de tema, ¿cuándo vamos a salir a ligarnos a unas tías que nos hagan olvidar hasta nuestro nombre?

Michael le cogió aparte para retirarse de los compañeros que llegaban a saludar al recién estrenado esposo. No quería que los demás oyesen lo que iba a decirle. Estaba cansado de escucharle hablar de esa forma de su mujer y del resto de féminas que poblaban la tierra.

—Aclárame por qué te has casado con Helen, si parece que lo hayas hecho obligado y, además, las mujeres no son solo un trozo de carne que a ti te lo hacen pasar bien. Hablas de ellas de una forma asquerosa y despreciable. No te entiendo.

—Lo primero: no tienes la menor idea de mis intereses, por lo que no sabes por qué me he casado y tampoco es de tu incumbencia. Y segundo: hablo de las mujeres en los términos que hay que hablar. ¿Qué demonios te pasa a ti ahora?

—Te juro que no te reconozco y de hecho no sé cómo sigo siendo amigo tuyo. —Frank se sonrió cruzándose de brazos.

—No me vengas a decir que tú no eres así, porque cuando estábamos en la universidad eras exactamente igual.

Inspiró apretando los puños con tanta fuerza que se estaba clavando las uñas. Le daba arcadas oírle hablar de esa manera y se estaba conteniendo para no pegarle un puñetazo y quedarse tan ancho.

—Quizá en algún momento de mi vida fui un gilipollas como tú,

pero por suerte no soy esa persona ya. He madurado, cosa que veo no has hecho. No me interesa tener más trato que el profesional contigo.

Se alejó volviendo a la mesa donde estaban sus compañeros trabajando y se dispuso a continuar con su labor. Frank se quedó sorprendido por su reacción, pero no le dio la menor importancia y continuó con la misma actitud despreciable de siempre. Al rato intentó de nuevo hablar con él al ver que tras mirar su móvil sonreía como un colegial atontado.

—Loren no pudo ir al congreso contigo, ¿cierto?

—Efectivamente, sigue de baja.

—¿Y a qué viene esa sonrisa? No me digas que tienes algún rollito por ahí y no me lo has contado.

Michael levantó la vista del papel donde estaba escribiendo y se quitó las gafas sin salir de su asombro. Seguía con la misma maldita actitud después de haber hablado con él. Era incomprensible.

—¿No te ha quedado claro que no quiero hablar contigo de nada que no sea profesional?

—Pero eso no iba en serio, tío. Venga, dime quién te tiene con esa cara de tonto enamorado. ¿Cómo es en la cama?

La gota que terminó de rebosar el vaso. Le pegó un puñetazo con toda la rabia que llevaba contenida. Los compañeros se sorprendieron y los que consiguieron reaccionar le agarraron para que no continuase pegándole.

—¡Malnacido! ¿Te has vuelto loco de remate?

Cuando logró separarse de sus compañeros salió de allí buscando calmarse. No aguantaba más a ese subnormal que estaba casado hace poco con una mujer maravillosa y que hablaba de las mujeres en términos poco agradables. El laboratorio estaba cerca de Urgencias y al llegar allí se quedó impactado al ver el caos que reinaba. Enfermeros y doctores atendiendo a niños pequeños que sangraban y estaban inconscientes. Se acercó a una de las enfermeras para ver qué había sucedido.

—Soy el doctor Michael Lowell, ¿qué ha pasado?

—Un autobús que lleva a los niños a la escuela volvía a dejarlos en sus casas y ha tenido un accidente —respondió la mujer apurada mientras decía a los auxiliares que llevaban a los niños en camilla adónde llevarlos.

—¡Dios mío!

Oyó la voz de Katherine, la secretaria de Maddison, a quien se le cayó el café que llevaba en la mano. La enfermera con la que estaba hablando se acercó a ella y asintió con la cabeza.

—Son ellos, Kate —dijo con lágrimas en los ojos. Ambas estaban temblando.

—No puede ser… Maddi está arriba y no sabe nada.

Michael anduvo unos pasos hasta ellas para tratar de descubrir el misterio. ¿Por qué nombraban a la jefa de Neurocirugía? ¿Y de quienes hablaban?

—¿Qué es lo que ocurre? —la enfermera se giró al doctor y respondió antes de que Kate pudiera evitar que revelase la verdad.

—Los hijos de Maddison están heridos.

40

El mundo de Michael pareció detenerse al oír que hablaban de los hijos de Maddison. ¿Hijos? ¿Maddison tenía hijos? Miraba atónito a Katherine, mientras la enfermera pues la enfermera salió corriendo a atender a más paramédicos que no paraban de llegar con niños malheridos. La secretaria seguía petrificada sin ser capaz de reaccionar. El médico se fue hasta ella y agarrándola por los hombros la sacudió para que saliese del shock.

—Katherine, ¿de qué hablaba esa enfermera?

Negó con la cabeza y parecía que volvía a la realidad. Él le retiró las manos aguardando una respuesta.

—No puedo…

—Kate, por favor. Dime qué niños son esos.

La secretaria se llevó la mano a la boca al ver a los pequeños sobre dos camillas al fondo. Los ojos se le aguaron y no pudo hablar. Michael se dio la vuelta y entendió que los dos pequeños que descansaban sobre esas camillas eran los hijos de Maddison. No esperó a que Katherine hablase y fue volando hasta donde estaban los niños con varios médicos alrededor. Oía que hablaban atropelladamente sin llegar a dar un diagnóstico claro. Los observó con atención y vio que no tenían buena pinta. Fueron a echarlo de allí, pero al decir que era médico del hospital y reconocerlo un enfermero lo dejaron estar e incluso echar una mano. Consiguieron estabilizarlos y fueron llevados a la Unidad de Cuidados Intensivos. Tomó el informe médico de cada uno y fue entonces cuando descubrió la edad de los niños, que eran mellizos. Siete años. Sintió que el corazón se le detenía en el pecho. No era necesario ser muy bueno haciendo cuentas para deducir que se trataba de sus hijos. Maddison se fue de Nueva York estando embarazada. Eran sus hijos, los niños que había tenido con la mujer que amaba y que nunca le había dicho nada.

—Doctor Lowell —le llamó la misma enfermera que confesó a Kate que eran los hijos de la neurocirujana.

—Aquí tiene. —Le entregó los informes y se dio la vuelta.

—Una cosa, no me he fijado en los nombres de los pequeños —dijo antes de irse.

La enfermera ni siquiera necesitó mirar los papeles, pues se sabía de sobra el nombre de los mellizos de la doctora.

—Jayden y Mary Alice.

Y entonces entendió el nombre de Jayden. No se trataba de ninguna pareja de Maddi, sino que era su propio hijo. Cuántas veces había maldecido aquel nombre creyendo que era quien hacía feliz a la mujer de sus sueños. Sentado en una silla de la antesala a la UCI en su cabeza no dejaban de crecer las dudas. Albergaba tantísimas que empezaban a aturdirle. Una doctora al verlo allí le dijo que ni siendo médico de ese hospital podía estar en ese pasillo. Se excusó y, decidido, subió al despacho de Maddison a enfrentarla, pero, sobre todo, a consolarla, pues debía estar aterrorizada. No llamó a la puerta y la abrió sin permiso.

—¿Pero todavía sigues aquí? —le preguntó a Michael sin mirarlo.

Katherine acababa de entrar ocultando las lágrimas, pero la jefa de Neurocirugía aún no la había mirado a la cara, por lo que no sabía a qué se había dirigido a su despacho. Al no oírlos hablar levantó la vista y entonces vio el rostro de ambos.

—¿Kate? ¿Sucede algo? —La secretaria se echó a llorar saliendo de allí.

Maddison aún confusa quiso salir en su busca, pero él la paró. La agarró por las manos y con los ojos aguados por el cúmulo de emociones latiendo en el pecho se atrevió a contarle lo que estaba pasando.

—Maddi, son los niños. —Ella se zafó de él con un vuelco en el corazón.

—¿Qué niños? —Anduvo un par de pasos hacia atrás.

—Los nuestros.

Ella abrió la boca sin comprender nada y salió de su despacho buscando a Katherine, que lloraba sin consuelo.

—¡Kate! ¡Dime qué está pasando!

El médico salió arrastrando los pies tras ella y le tocó un hombro, haciendo que se girase violentamente hacia él. Miraba a su secretaria y al hombre que amaba que sabía de la existencia de los mellizos. Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Qué demonios estaba pasando? Vio a Alexander ir hasta ella con algunas manchas de sangre en la bata y se llevó una mano a la boca.

—Maddison…, tus hijos…

Estuvo a punto de desmayarse, pero Michael la sujetó con fuerza

evitándolo. Agarrada por la cintura y sujetándole la mano derecha escuchó cómo aquel médico que vivía enamorado de su mujer le decía que los mellizos estaban ingresados en la UCI debido a un accidente grave en el transporte escolar. Katherine le trajo agua y dio un par de sorbos tratando de asimilar aquella maldita información. La sentaron en el sofá de su propio despacho para que recuperase el color, pues estaba pálida.

—No puede ser… —era lo único que susurraba.

Alexander se marchó a seguir atendiendo a los niños heridos y a coordinar las acciones de trabajo entre los médicos. Katherine la dejó a solas con Michael, que estaba arrodillado a sus pies muy preocupado por su estado de salud.

—Maddison…, tienes que ser fuerte.

Y entonces explotó en llanto asustada. No era capaz de contenerse, solo veía las caras de sus pequeños sonrientes y el miedo a perderlos era tan inmenso que sentía que se ahogaba. Le estaba dando una crisis de ansiedad muy fuerte. Él la ayudó a respirar y esperó a que pasase, pues nada podía hacer para calmarla. Cuando se calmó volvió a beber un poco de agua y quiso levantarse para ir a verlos a la UCI.

—Quizá sea mejor esperar a mañana.

—¿Mañana? Tú estás loco si crees que voy a estar sin ver a mis pequeños… —se le quebró la voz.

—De acuerdo, bajemos entonces.

Le agarró la mano sin dudar y ella agradeció infinitamente que Michael estuviera sosteniéndola de camino a ver a sus hijos malheridos. Afrontar aquello sola habría supuesto un gran dolor al que no sabía si hubiera sido capaz de enfrentarse. Llegaron a la UCI y una de las enfermeras le dijo que solamente podía pasar una persona. Le pusieron la bata blanca con el gorro y la mascarilla quirúrgica y entró en aquel lugar lleno de respiradores y máquinas que pitaban a ritmo distinto. Al fondo estaban los dos pequeños inconscientes. Se llevó la mano a la boca al verlos y sintió cómo se le rompía el corazón en mil pedazos. Los tocó un poco por los brazos y lloró reprimiendo las lágrimas para que sus compañeras no la oyesen. Cogió después, una vez más tranquila, los informes y leyó qué heridas presentaban.

—El diagnóstico no es malo, Maddi. Seguro que salen de esta muy pronto. —Una de las enfermeras le acarició por la espalda y ella asintió sorbiéndose la nariz.

—Sé que no puedo quedarme, pero tampoco quiero irme a casa. Me quedaré en una de las salas de descanso. Cualquier cosa me

llamáis al busca o a mi móvil, por favor.

Le aseguró que así lo haría y que se encargaría personalmente de los mellizos Stephens, a los que muchos de sus compañeros en el hospital conocían. Les lanzó un beso a los dos y salió destrozada de la sala UCI. Al salir se encontró con los brazos de Michael, que seguía esperándola con el mismo miedo en los ojos. Se abrazó a él llorando desconsolada y sintiendo cómo a él también se le escapaba alguna lágrima. Subieron de nuevo al despacho de Maddi y Kate le preguntó si los había visto. Le dijo que sí, pero que debían estar allí por haber recibido impactos en la cabeza. Estaban inconscientes, pero no era tan grave como parecía en un primer momento.

—Tu madre ha llamado varias veces y no he sabido qué responderle.

—No te preocupes, Katherine. Yo me encargo de todo.

El médico respondió por ella, pues Maddison no estaba muy receptiva. La secretaria estaba preocupada por su amiga, pero Michael le aseguró que él se encargaría de ella. Se fue entonces a su casa a estar con su familia, aunque se dejaba el corazón en el hospital junto a esos niños y todos los que habían sufrido el accidente.

—Déjame que llame a tu madre.

—No. Lo haré yo o se preocupará aún más.

Estuvo al teléfono sollozando con sus padres al otro lado de la línea. Quisieron acudir al hospital, pero ellas les tranquilizó diciéndoles que no les iban a dejar verlos y que los mellizos estaban en observación por los golpes en la cabeza y no tanto porque sus heridas revistieran gravedad.

—Ver sus caritas con magulladuras y las contusiones… —Él se sentó cerca de ella en el sofá tomándola de la mano.

—Seguro que pronto estarán en casa de nuevo. No te preocupes.

Maddison se sonrió antes de mirarlo a los ojos.

—Primera regla de ser padre: preocuparse va implícito en el carnet parental.

Ambos se observaron durante unos segundos en silencio. Ella se echó sobre su pecho y sin darse cuenta se quedó dormida un rato. Michael apenas podía cerrar los ojos. No solo se había enterado de que era padre, y de dos niños nada menos, sino que habían tenido un grave accidente y estaban ingresados en el hospital. No sabía cómo debía sentirse porque el miedo ocupaba todos los espacios donde seguramente otro sentimiento debía albergarse.

Cuando la doctora abrió los ojos recordó dónde estaba y lo que había pasado. De nuevo se le cayó el mundo a los pies. Seguía con

el rostro desencajado, muerta de miedo. Temblaba sin remedio y entonces él la abrazó con más fuerza para que se calmase.

—Voy a bajar a la UCI otra vez. —Él la detuvo.

—Allí no hacemos más que estorbar. Si sucede algo te llamarán o te encontrarán en el busca. Quédate aquí a mi lado y mejor háblame de ellos.

Ella lo miró muy sorprendida al ver en sus ojos las ganas de conocer algo de aquellos dos niños. No había miedo ni inseguridad, sino que tras los ojos rojos se vislumbraba algo parecido al deseo de saber más.

—Imagino que antes querrás saber por qué…

—Ahora no. No es el momento. Cuéntame cosas de Jayden y Mary Alice.

Lo hizo sobre todo por distraerla, y porque, como todas las madres al hablar de sus niños, se le iluminarían los ojos y sonreiría, que era lo que más deseaba ver en ese momento. Además, descubrió a dos niños maravillosos que según contaba su madre eran estupendos y la adoraban. Una punzada de tristeza le rajó el corazón al no haber podido disfrutar junto a ella desde el día que nacieron.

—Estoy deseando conocerlos.

A Maddison le faltó el aire al escuchar esas tres palabras que siempre fueron las que deseó oír desde el día en que supo que estaba embarazada.

—Yo… Michael…

—Aún no es el momento. Mejor, ¿por qué no te vas a una de las salas de descanso, ya que no quieres irte a casa, y duermes un poco?

Ella se puso tensa. Esa no era la manera en la que hubiera querido que conociera de la existencia de sus hijos. Por desgracia la vida a veces no era lo que planeábamos. Recordó las palabras del propio Michael horas antes en ese mismo hospital: «A veces las cosas suceden sin más, ocurren y nada se puede hacer para evitarlo».

41

Maddison no consiguió dormir muchas horas. No hacía más que mirar el busca y el móvil, pero no le escribieron en ningún momento avisándola de que los niños empeorasen. Su madre, por el contrario, sí que estuvo intercambiando algunos mensajes con su hija, pues estaba muerta de preocupación en el rancho junto a su esposo. Antes del amanecer bajó a la UCI justo en el cambio de enfermeras y vio a la compañera que estuvo toda la noche pendiente de sus pequeños.

—No ha habido cambios, Maddi. Deberías ir a casa a ducharte y comer algo.

—¿Dónde está Alexander?

En ese momento el médico de los mellizos no se encontraba allí, pero salió a buscarlo a Urgencias para poder recibir un poco de información. Después de que atendiera a unos pacientes la recibió en su pequeño despacho. Al verla le dio un gran abrazo y ella se lo agradeció sonriendo tímidamente.

—Maddison, no te preocupes, porque están muy vigilados y van evolucionado muy favorablemente. En unos días podrán estar en casa sin ninguna duda. Por suerte el impacto sufrido en la cabeza no ha revestido gravedad y necesitan estar bajo supervisión veinticuatro horas.

—Gracias, de verdad, no sabes lo que significan tus palabras para mí en este instante.

El médico de nuevo se levantó para abrazarla y ella se fundió en el abrazo sintiéndose reconfortada, pues, aunque jamás hubiera sentido nada romántico por aquel hombre le debía agradecimiento.

—¿Interrumpo?

Michael llegó en ese preciso momento y no pudo evitar ponerse rígido al ver cómo la mujer que amaba estaba abrazada al tío que no hacía más que tirarle los tejos. Ella se separó del doctor y salieron ambos de la consulta de Alexander. Caminaron en un silencio únicamente roto por ella para decirle que los pequeños estaban evolucionando bien.

—Lo sé, he ido a la UCI a enterarme por mí mismo.

—¿Qué te pasa en la mano? —Él se miró los nudillos que habían sangrado el día anterior al pegar a Frank de quien se olvidó por completo.

—Un accidente estúpido. —Ella le paró cogiéndola con cuidado.

—¿Nadie te la ha mirado? No tiene buena pinta.

El médico neoyorquino, que estaba molesto por encontrarla abrazada a Alexander le retiró la mano de malas formas dándole la espalda en el ascensor al que se habían subido.

—Estaba más ocupado en ordenar mi mente y en estar pendiente de mis hijos.

Maddison se puso tensa inmediatamente. Le debía explicaciones, pero no dejaba de tener miedo. No solo porque sus hijos seguían ingresados, sino porque aquel hombre que recientemente había descubierto su paternidad podría desear llevárselos lejos con él y eso la destrozaría por completo. No quería tener que enfrentarse a temas de custodia, ni pensar en la posibilidad de tenerlo cerca pero no estar con él como pareja. ¿Y si él se enfadaba tanto por ocultárselo que no quería verla más? O lo que era peor, ¿y si la odiaba? Se tensó sintiendo que le faltaba el aire. No podía dar marcha atrás en nada.

—Voy a llamar a Katherine para que anule mis consultas de hoy y mañana por lo menos. Quiero estar pendiente de los niños.

—Perfecto. Yo iré al apartamento a ducharme y a dormir un poco ahora que sé que están fuera de peligro.

No le dio un beso ni un abrazo, ni siquiera una palabra reconfortante y salió del ascensor sin mirar atrás. Ella llegó al despacho como pudo, estaba agotada. Llamó a sus padres para tranquilizarlos antes de mandar un mensaje a Katherine para que anulara las consultas. Vio el fondo de pantalla del móvil con las sonrisas de sus pequeños y nuevamente se echó a llorar. Habría deseado poder estar con Michael en ese instante, pero él parecía enfadado. Salió del hospital una vez se hubo calmado, pero no fue a la casa familiar, sino a aclarar las cosas con Michael. Tenían millones de cosas que tratar y ser cobarde no era nada bueno en ese momento. Decidió ser valiente y enfrentarse a la temida conversación con él.

Al llegar al apartamento el portero del edificio la dejó entrar, ya que la había visto llegar con él, por lo que entendía que eran amigos. Llamó a su puerta y al poco la recibió con la toalla enroscada en la cintura y gotas de agua cayendo del pelo y sobre el pecho. Maddi se quedó mirando por dónde caían y no reaccionó

hasta que él chasqueó los dedos en su cara. Meneó la cabeza y le permitió entrar.

—Tú dirás. —Estaba muy frío.

—Quizá sea mejor que te seques y hablemos tranquilamente…, con ropa puesta a ser posible.

Michael se fue al dormitorio a ponerse algo cómodo para estar por casa y a los pocos minutos regresó al salón aún con el pelo mojado. Se sentó en el sofá junto a ella, pero sin acercarse mucho. No le había gustado verla abrazado a Alexander, un tío que bebía los vientos por ella y que estaba muy enamorado de Maddison, así como ver la sonrisa que lucía en la cara ella al estar entre los brazos de aquel tipo.

—Deberías ir a que te mirasen esa mano.

—Y tú deberías ir a ducharte y descansar. Los niños están estables, que es lo más importante —respondió.

No olía precisamente a rosas y llevaba razón, pero deseaba poder hablar con Michael sobre los mellizos, ya que tras el shock inicial estaba molesto sin duda por haberle ocultado algo tan grande. Inspiró y se lanzó a comenzar la conversación.

—Imagino que querrás saberlo todo sobre ellos…

—Ya me has estado contando muchas cosas. Ahora solo quiero que salgan del peligro y poder conocerlos en directo. —No la miraba a la cara y eso no era buena señal.

Permanecieron en silencio unos instantes en los que la doctora se levantó para andar por el salón nerviosa.

—Yo supe que estaba embarazada aún en Nueva York.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada? —Entonces fue cuando la miró a los ojos sin salir de su asombro.

A Maddison le faltaba el aire, pues estaba teniendo la temida charla con el padre de sus hijos que nunca debió tener, pues desde el minuto que supo del embarazo le tendría que haber contado todo. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Tú nunca quisiste tener hijos. Es más, no hacías más que soltar comentarios desagradables sobre traer hijos al mundo. No quería a un padre así para mis hijos.

Aquello dolió y escoció. No esperaba una respuesta así por su parte. ¿Quién creía que era? De primeras no pasaba por su mente ser padre y menos siendo tan jóvenes, pero si los niños llegaban no se iba a negar a tenerlos. Era cierto que por su juventud era un bocazas y a veces decía cosas inapropiadas, pero ella lo conocía. Se suponía que sabía cómo era él.

—Te escucho y te juro que no sé quién eres. ¿Tú de verdad

creías que si me decías que estabas embarazada no iba a hacerme cargo del bebé? No me conoces en absoluto por lo que veo…

—¡Y qué querías que pensara! Estaba asustada. Yo no quería tener un bebé en ese momento, pero tampoco estaba en mi mente abortar. No hacíamos más que discutir por aquella época.

Michael se levantó también del sofá y deambuló por la sala descubriendo la imagen que ella tenía de él respecto a ser padre. La miraba sin dar crédito. Le había herido profundamente.

—Entonces cuando fui a verte a tu casa ya sabías que estabas embarazada, ¿no?

La doctora le miró frunciendo el ceño y acercándose a él, aunque Michael dio un paso atrás mostrando rechazo. No quiso pensar en eso, sino que se centró en lo que le había dicho.

—¿Cuándo se supone que viniste a verme?

—No me tomes el pelo, Maddison. Ya basta.

Se quedó observándolo unos segundos, pues en su mirada no había rastro de mentira. Al contrario, conocía esa mirada que tenía cuando decía la verdad. Dio un paso al frente y él de nuevo dio otro atrás. Se alejaba de ella cada vez más.

—Michael, explícame con pocas palabras y de forma clara qué demonios es eso de que viniste a buscarme.

—¿En serio no sabes de qué te hablo? —Negó con la cabeza—. Cuando te fuiste de nuestro apartamento en Nueva York te llamé y mandé mil mensajes, pero no respondías a ninguno.

—Eso lo sé. Estaba asustada pensando que no deseabas al bebé en camino y que te enfadarías al saber del embarazo. Además, la noche anterior discutimos mucho y tan fuerte que estábamos al borde de romper. Yo no podía quedarme a ver cómo me dejabas. No lo habría soportado —confesó ella entre lágrimas.

Mantenía el contacto visual mientras él sentía que se le rompía el corazón al ver el llanto cayendo por las mejillas y las palabras tan dolorosas que acababa de confesar. Su deseo de abrazarla tuvo que ser reprimido, porque él seguía muy dolido y ante todo quería aclarar que él había ido a buscarla.

—Maddison, una vez que no conseguí localizarte pensé que podías haber venido a Kansas o a ver a tu hermana Phoebe. Probé suerte aquí y tu madre me dijo que tú misma le habías dicho que no querías verme nunca más.

42

—No, eso no puede ser. Mi madre jamás me dijo que fueras a buscarme. —Se llevó la mano a la boca cayendo sobre una de las sillas donde solía comer. ¿Cómo había sido capaz su propia madre de ocultarle que Michael fue a buscarla?

—Yo no tengo por qué mentirte. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿no sabías nada?

Ella negaba con la cabeza sin poder creerse que su madre le ocultase que él fuera tras ella después de ver lo mucho que estaba sufriendo. No era posible. No era momento de hablar de los niños, tenía que volver a casa para averiguar qué había pasado.

—Tengo que irme.

—¿Ahora? —Pero no tuvo tiempo de hablar más cuando ella ya había salido del apartamento como un vendaval.

El camino en coche hasta el rancho le costó mucho, en parte porque estaba muy cansada y se le cerraban los ojos, y por otra porque no dejaba de llorar pensando en todo lo que estaba pasando. Sus hijos ingresados, su madre ocultándole que el hombre que quería fue a buscarla, Michael que había pasado de cien a cero con ella en un instante…

Al llegar a la casa vio a su madre, que salió de la casa en cuanto oyó el rugido del coche. Disparada fue al encuentro de su hija, a quien abrazó a pesar de que su hija no hiciera lo mismo de manera recíproca.

—¿Cómo están mis niños?

—Bien, no te preocupes —respondió, escueta.

Entró en la casa casi en brazos de su madre, porque a ella le pesaba el cuerpo cada vez más. Llegaron al salón y se desplomó en el sofá. Su madre le trajo un café bien cargado que había preparado antes de que ella llegase.

—Aquí tienes, cariño. Date una ducha y descansa un poco. ¿Seguro que los mellizos están bien? Apenas hemos podido conciliar el sueño tu padre y yo.

Le dio unos tragos al café antes de dejarlo en la mesa de madera

de roble pequeña que tenía frente a ella. Se cruzó de brazos antes de mirar a su madre duramente.

—Mamá, necesito que me digas algo y que seas completamente sincera conmigo. —La señora Stephens asintió—. ¿Michael vino a buscarme cuando llegué aquí hace siete años?

Por desgracia no le hizo falta que verbalizara nada, ya que su mirada culpable la delató. No podía ser cierto. Su madre evitando que se encontrara con él después de saber lo mucho que estaba sufriendo.

—No me lo puedo creer. ¿Después de verme llorando a todas horas y de lo mal que lo estaba pasando tú me ocultaste que vino hasta mi puerta a buscarme? ¿Cuántas veces te dije que lamentaba que no hubiese tenido el valor de venir a buscarme? ¿Te hacía gracia que pensara aquello cuando era falso?

—¡En absoluto! Cariño, yo solamente quería evitarte sufrimiento y tras contarme que no hacíais más que discutir y que te sentías tan mal pensé que lo mejor era que no estuvierais juntos, que no tuvieras la oportunidad de hablar con él en ese momento.

Maddi se levantó de golpe chillándole a su madre muy enfadada.

—Pero ¿tú quién creías que eras para decidir por mí? Entre dos personas nadie se debe meter.

—Lo sé, cariño. Por eso cuando regresó te animé a que te dieras otra oportunidad con él.

Su madre quería acercarse a ella, pero la doctora no deseaba que la tocara. Estaba muy enfadada con ella por haber decidido en su lugar cuando Michael fue a buscarla. Quizá si hubiera sabido que él estaba allí las cosas habrían sido distintas. A lo mejor habrían formado esa familia desde el primer momento tras el shock inicial de estar embarazada. Siete años perdidos…

—Porque te sentías culpable…

—Ser madre no es fácil y ver sufrir a tu hija por un hombre no es fácil de gestionar. Yo como madre solo quería evitarte sufrimiento y quien te lo provocaba era él.

No quiso seguir hablando con su madre porque estaba dolida. Subió a su habitación a ducharse y descansar un rato antes de volver al hospital a ver cómo evolucionaban sus hijos. Katherine le había estado escribiendo para saber sobre sus hijos y, sobre todo, para saber cómo estaba ella. No le contestó, se duchó y se metió en la cama queriendo no dormirse mucho, pero estaba extremadamente cansada y durmió varias horas. Cuando se despertó ya había atardecido y el estómago rugía sin cesar. Se vistió y bajó al comedor a picar algo.

—Tienes comida en el frigorífico. Si quieres te lo caliento —ignoró a su madre.

Calentó en el horno la comida que le había dejado refrigerando y una vez calentado lo metió en la bolsa térmica que se llevaba al hospital cuando no comía en la cafetería. Salió de casa y se montó en el coche camino al trabajo. Nada más llegar fue a la UCI, donde le comunicaron que al día siguiente los llevarían a planta, pues estaban conscientes y evolucionando favorablemente. Lloró de pura emoción sentada en una silla. A lo lejos vio llegar a Michael que al ver cómo le caían las lágrimas se asustó muchísimo.

—¿Maddi?

—Michael… —No pudo más que abrazarla sintiendo un miedo atroz.

—¿Qué ha pasado? No te preocupes, lo superaremos juntos. Seguro que saldrán adelante, están llenos de energía. —Ella se limpió el rostro empapado en llanto negando con la cabeza.

—Están conscientes. Mañana los suben a planta.

Él suspiró hondamente al escuchar lo que llevaba deseando oír durante horas e incluso se emocionó al saber que sus hijos estaban a salvo. Había incluso rezado, y eso que él no era nada piadoso ni religioso. Se volvieron a abrazar justo cuando apareció por allí Frank.

—Vaya, vaya…, quién me iba a decir a mí que la que te pone esa sonrisa tonta en la cara era la jefa de Neurocirugía del hospital. «Donde hubo fuego quedan cenizas», que se suele decir.

Michael se levantó para darle otro puñetazo, pero ella lo retuvo haciendo toda la fuerza que pudo, ya que era un hombre corpulento. Él entendió que ella no quería que le pegase y se dejó hacer.

—Frank, céntrate en tu trabajo y respeta un poco.

Maddison se puso en pie tirando del neurocirujano. Llegaron a una de las salas de descanso donde no había nadie. Cerraron la puerta y resoplaron cada uno por una cosa distinta. Él porque no soportaba al maldito Frank y ella porque estaba feliz de la evolución de sus hijos, pero aún le pesaba la tensión desde la noche anterior.

—Así que la mano fue por pegar a Frank.

—No lo soporto. Te juro que no sé cómo una mujer como Helen se ha podido casar con semejante personaje. —Maddi se acercó a él y le tocó la mano que aún tenía dolorida.

Volvieron a estar cerca uno del otro, a pesar de las palabras que se dijeron en el apartamento de él. Maddi le tocaba la mano con

suavidad para palpar si aún había inflamación, pero afortunadamente había bajado casi por completo.

—Aún no me creo que Jayden y Alice estén fuera de peligro. Me muero de ganas por abrazarlos y hablar con ellos.

—Pues imagínate yo —le confesó él, enterneciéndola.

Se sentaron en un sofá azul que había cerca de un gran ventanal. No habían hablado nada sobre los niños en cuanto a si él quería tener trato con ellos o no, aunque a juzgar por su preocupación la doctora presentía que él lo deseaba.

—A tus padres, hermanos o amigos los quieres, pero a un hijo…, por un hijo darías la vida.

—Yo daría la vida por ti —no lo dijo como si fuera una obviedad, sino que para Michael era su realidad.

—No deberías quererme tanto. No lo merezco.

Lo miró seria, sintiendo cada palabra verbalizada. Se avergonzaba de no haberle confesado que estaba embarazada antes de irse de Nueva York o incluso después. Podía haberlo buscado, pero estaba muerta de miedo.

—Jamás digas eso. Nunca se quiere a alguien mucho. Cuando es amor de verdad no es algo cuantificable. Se quiere o no se quiere. Todos cometemos errores, a pesar de que tus palabras me han dolido. Yo habría sido un buen padre desde el primer instante, o al menos eso creo.

43

Maddison no supo qué contestarle. Siete años atrás pensó que él no quería ser padre y que no querría criar a ningún hijo. Fue en ese justo momento cuando se dio cuenta de su error. Michael no estaba preparado para tener niños igual que ella, pero ¿quién lo está? A ser padre se aprende con el tiempo. A nadie le dan un manual de instrucciones, se cometen errores, se tropieza y después se vuelve a caminar sobre terreno llano.

—Siento mucho habértelo ocultado. Ahora veo que por el pánico te privé de algo que merecías saber.

—Ya no importa, pero quiero que sepas que me voy a encargar de esos dos niños, quiero estar a su lado cada día, Maddi.

¿En qué lugar los dejaba eso entonces? ¿Eran una pareja con dos hijos que iban a estar juntos? Había mucho aún por tratar y hablar, pero por el momento únicamente se acercaron uno al otro y se abrazaron. Sentados en el sofá se quedaron dormidos un rato uno en brazos del otro. Estaban exhaustos. Al despertar se dieron cuenta de que era casi de noche.

—Dios mío, nos hemos dormido —dijo ella mirando el reloj—. Me voy al hospital.

—Voy contigo —respondió el doctor.

—No, tú quédate y descansa. Mañana estarán en planta y podrás visitarlos.

Él torció el gesto sintiéndose molesto.

—¿Es que ya vas a coartarme la libertad de verlos cuando me apetezca?

—No, en absoluto. Solo quiero que descanses porque sé que estás tan hecho polvo como yo, solo que yo llevo siete años acostumbrada a esta situación de no descansar y tú no.

No fue nada premeditado, pero sus palabras volvieron a quemarle. Chasqueó la lengua y se levantó para irse a vestir al dormitorio. Al regresar se encontró a Maddison al teléfono. Era alguien del hospital, pero ella sonreía y asentía con la cabeza.

—Era Alexander. Me ha llamado para decirme que los mellizos

están bien, ya despiertos por completo y con ganas de verme —le comunicó al colgar.

—Me alegro, aunque no creo que fuera necesario que te llamase. —Los celos aparecieron de nuevo convirtiendo al hombre que amaba en un ser frío y distante.

Prefirió callar y salieron rumbo al hospital en el coche de ella. Nada más llegar fueron directos a la UCI aunque no dejaron pasar más que a uno. Él asumió que si entraba los pequeños no entenderían nada, por lo que fue la madre quien, ataviada de nuevo con el equipo necesario para entrar en esa zona, anduvo con paso firme hacia sus pequeños.

—Mami… —pronunciaron al unísono al verla.

Su madre reprimió las lágrimas, porque no quería que se preocupasen o ellos mismos se emocionasen. Le preguntaron qué había pasado porque lo tenían todo como una nebulosa y ella les explicó que tuvieron un accidente y les estaban cuidando en el hospital.

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—Pronto, pero aún vais a estar unos días por aquí.

Alexander llegó en ese momento para ver a sus pacientes y a la mujer de la que estaba profundamente enamorado, aunque ella no le correspondiese. Se acercó a las camas de los niños y empezó a hacer bromas y tonterías haciendo reír a ambos niños. Michael estaba ansioso por ver a sus hijos y se coló en la UCI. Al fondo vio una estampa familiar en la que él faltaba y el médico de sus hijos sobraba. Maddison reía con las bromas de aquel payaso al igual que sus hijos, y la punzada de celos creció aún más en su interior. Salió de allí enfurecido, pues era él quien debía estar haciendo esas bromas y disfrutando de las risas de sus hijos. Cinco minutos después la doctora consiguió separarse de sus pequeños y les prometió que a la mañana siguiente podrían estar juntos todo el rato, pero al estar en aquella sala no podía quedarse mucho más con ellos. Hicieron pucheros, pero finalmente comprendieron que era como su madre decía. Se despidió del equipo médico que cuidaba de los mellizos y salió a encontrarse con el padre de Jayden y Alice.

—Están bien, sonriendo y riéndose de las tonterías de Alexander.

—Perfecto. —La misma actitud distante que la confundía.

—Si quieres te invito a un café. —Él aceptó y se fueron a la cafetería, desierta a esas horas.

Michael estaba mudo y ni siquiera la miraba. El silencio era incómodo y aunque ella le dijese lo que los niños le habían contado

y ella a ellos, nada resultaba. Mencionó a Alexander, ya que era el médico de los pequeños, y únicamente entonces consiguió una respuesta por su parte.

—No sabía que tenías tanta confianza con ese hombre. De hecho, no pensaba ni que te interesara.

—¿Perdón? —preguntó, alucinada.

—Ya me has oído. Jugando a la familia feliz. Os he visto, he entrado en la UCI. Solo te digo una cosa, Maddison: ahora que sé de la existencia de esos dos niños nada ni nadie me va a privar de mi derecho a estar con ellos.

El miedo a que eso sucediera había llegado. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que tenía la cabeza embotada y no podía pensar con coherencia. Ese terror a que él conociera a los pequeños y deseara llevárselos de su lado estaba más latente que nunca. No se lo iba a permitir, pero además creer que ella sentía algo por Alexander era el colmo. ¿De qué habían servido los momentos íntimos, las miradas y las caricias que le había profesado?

—¿Me estás diciendo que crees que siento algo por él? Mira, tómate el café y alguno más porque no sé qué te está pasando. Creía que había quedado claro a quien quiero, pero si te atreves a alejarme de mis dos hijos, aunque sea unas horas, te juro que te hago la vida imposible.

Michael no daba crédito al oírla pronunciar aquellas palabras tan dañinas. Pero ¿en qué demonios estaba pensando? Él tenía la cabeza aturdida, de un día a otro se había convertido en padre y además veía que no podía estar ni con sus hijos ni con la mujer que amaba, pues había un entrometido tratando de separarlo de su familia. «Familia», tenía una y no pensaba renunciar a ella.

—Maddison, no sé qué se te pasa por la mente, pero yo jamás haría algo así. Lo único que quiero es estar contigo y conocer a esos pequeños.

Quizá aún existiera la posibilidad de un nosotros, de formar una familia junto a él y eso le hacía sentir mariposas en el estómago.

—Yo…

No pudieron seguir hablando cuando varios médicos irrumpieron en la cafetería. Algunas de ellas eran doctoras que la neurocirujana conocía y no se le pasó desapercibido la mirada que echaron al hombre sentado frente a ella. Siempre había tenido que soportar que lo mirasen, pues era bastante atractivo. Por suerte él no las correspondía y no alejaba la vista de Maddison.

—Los niños están bien y mañana los suben a planta, así que

considero que lo mejor que podemos hacer es ir a dormir hasta mañana. ¿Quieres que te acerque a tu casa?

Maddison no le había contado que lo que él le dijo sobre su madre era cierto. Siete años atrás le impidió verla y quizá se evaporó la probabilidad de volver juntos ese mismo día. Estaba dolida con su madre y no tenía ganas de verla por el momento. Negó con la cabeza y los ojos se le inundaron de lágrimas por un instante. Michael al verlo la cogió de la mano acariciándola con suavidad con la yema de los dedos.

—Si quieres puedes venir a mi apartamento.

Llegaron al que era el hogar de él por seis meses y se fueron directos a la cama. Estaban más que exhaustos y no podían más con el cansancio tan extremo, no solo el físico, sino sobre todo el emocional. Muchas veces nuestro cuerpo puede estar agotado, pero es capaz de aguantar algún esfuerzo más, sin embargo, el cansancio psicológico es devastador.

Maddi sintió un beso entre bonitos sueños en los que estaban todos en la playa viendo un atardecer, la caricia en la mejilla y la sábana cubriendo su cuerpo. Se movió inquieta al sentir el movimiento y Michael le susurró que se durmiera tranquila. No supo cuánto durmió cuando el sol de los primeros rayos de sol la despertaron. Miró al otro lado y allí estaba el rostro de Michael junto a ella. Estaba aún dormido y ella sonrió al tenerlo tan cerca. Le rozó el contorno de la cara con la yema de los dedos y él se despertó.

—Lo siento, no era mi intención…

Pero la de él era besarla con auténtica pasión, llevando la cosa tan lejos que terminaron haciendo el amor nada más amanecer. Entre los brazos del otro comenzaron un nuevo día, ese en el que ella debía enfrentarse nuevamente a su madre y en el que los mellizos debían descubrir que tenían un padre.

44

Maddison se dio una ducha larga y necesaria tras los momentos de estrés de los últimos días. Michael no la interrumpió, sabiendo que le hacía falta esa tranquilidad y si se metía en el baño con ella tardarían horas en salir de allí. Estuvo pensando en aquellos dos niños mellizos ingresados en el hospital. A uno lo esperaban, pero del otro no tenían la menor idea. Se sentía entre feliz y nervioso. Lamentó no haber estado con ellos desde su nacimiento y, aunque aún le costaba comprender los motivos que la llevaron a ella a ocultárselo, decidió que era mejor dejar el pasado atrás y comenzar desde cero.

—Hola.

La mujer a la que amaba llegó al salón con cara más descansada sonriendo. Por esa sonrisa daría la vida. Se sentó junto a él tumbándose sobre su regazo. Aspiró su olor y se estremeció abrazándole.

—Estoy deseando que conozcas a los niños. No se lo van a creer cuando sepan de ti —él se rio imaginando la cara que pondrían.

—Antes pasamos por tu casa y te cambias de ropa.

La doctora se irguió poniéndose tensa. Se volvió hacia él negando efusivamente con la cabeza.

—No es necesario y tampoco me apetece.

—¿Qué es lo que pasa, Maddi?

Se levantó sintiendo que tragaba cristales de tanto aguantarse las lágrimas. Seguía tan dolida con su madre que lo último que deseaba era verla o tener que dirigirle la palabra, pero él tampoco comprendía qué sucedía.

—He discutido con mi madre y no me apetece verla —terminó confesando.

—¿Y eso? Cuéntamelo, que sé que te está matando por tu mirada. —La cogió de la mano ayudándola a sentarse de nuevo junto a él.

—Cuando me dijiste que fuiste a buscarme después de salir huyendo de Nueva York no te creí. Mi madre nunca me lo contó

hasta que ayer se lo pregunté y me dijo que era cierto. Yo no tenía ni idea… Dios, con lo mal que lo estaba pasando no sé cómo se atrevió a ocultármelo —dijo sollozando.

Michael la atrajo hacia él y la abrazó besándola en la cabeza. Poco a poco ella se fue calmando y fue entonces cuando él habló.

—Ahora sabes lo que se siente cuando te ocultan algo importante, ¿no?

Ella se revolvió molesta tratando de levantarse, pero él la sujetó con fuerza. No pretendía crear un conflicto, simplemente quería que ella entendiese cómo se sentía él.

—Lo que quiero decir es que las personas a veces nos confundimos, erramos y no lo hacemos a conciencia, sino que pensamos que en ese instante es lo mejor, pero no lo es.

Ante la mirada estupefacta de Maddison se puso a relatarle las posibles explicaciones por las que su madre optó por ocultarle esa información.

—Entiendo que ella, madre como tú a día de hoy, vio sufrir a su hija en ese momento y decidió que lo mejor era que la persona que la hacía sufrir no apareciese. Decidió por ti, cosa que estuvo fatal, pero ella solo quería aliviarte el sufrimiento. Pensó que hacía lo mejor, aunque se equivocó. Pero déjame decirte que tú hiciste lo mismo siete años atrás al ocultarme que estabas embarazada. —Hizo una pausa—. No quiero volver a hablar sobre aquello, me dolió, sí, pero lo pasado pasado está. Ahora tenemos un nuevo camino por delante, Maddi. Solo espero que tú desees que lo recorramos juntos.

Se lanzó hacia él sin tener cuidado, lastimándose ella la mano quemada que, aunque iba mejorando, aún no estaba curada del todo y él también se llevó su parte por el puñetazo a Frank.

Se rieron ambos y después se besaron hasta que ella tuvo las fuerzas de volver al rancho para hablar con su madre. Cuando llegaron Michael la esperó fuera de la casa para dejarla charlar con calma con su madre. Al entrar oyó el silencio que reinaba en la casa. Echaba en falta escuchar las risas y los gritos de sus pequeños correteando. La cocina desierta y el salón igual. Tampoco estaba su madre. Subió a la habitación y se cambió de ropa. Metió algo más de ropa en una mochila, pues pensaba volver a dormir con Michael esa noche en su pequeño y acogedor apartamento. Miró por la ventana y vio al hombre que quería apoyado sobre el vehículo. Suspiró y la sonrisa se le dibujó sola en la cara. Bajó las escaleras barajando la opción de dejarle una nota a su madre, aunque fuera algo bastante frío.

—Maddi… —No hizo falta terminar, pues su madre llegaba por la puerta trasera de la casa.

—Hola, mamá.

La señora Stephens se quedó bloqueada clavándose las uñas en las palmas de las manos, nerviosa. Estaba a punto de echarse a llorar. Su hija se acercó a ella y le dio un abrazo rompiendo el hielo. Las dos se pusieron a llorar antes de sentarse en el sofá. Cogidas de la mano sollozaron y se pidieron perdón primero con la mirada.

—Cariño, tú y Phoebe sois lo más importante de mi vida. Cometí un error, ahora lo sé. Cada vez que te lamentabas de que él no veía a buscarte yo me sentía morir, culpable como me dijiste, pero el daño ya estaba hecho y temía que este momento llegase: que te enterases y me odiaras.

—Mamá, yo nunca podría odiarte. Por Dios santo, ¿cómo se te ocurren esas cosas? Me enfadé al pensar que podríamos haber tenido una vida juntos al encontrarnos, pero entiendo tus motivos, aunque no estuvieran bien.

Volvieron a abrazarse, pero esa vez sonriéndose. El mal trago había pasado, porque cuando hay amor todo es perdonable y más si es entre una madre y una hija. Maddison le dijo que se iba al hospital a ver a los niños y por la noche se quedaría a dormir en el apartamento de Michael. Su madre le dijo que quería acercarse a ver a los mellizos por la tarde y ella le dijo que la avisaría una vez los viera.

Al salir de la casa se fundió en un largo abrazo con Michael, que la recibió con los brazos abiertos. Por su mirada comprobó que había solucionado las cosas con su madre y él se alegraba mucho por ello.

Llegaron al hospital a los pocos minutos y buscaron la habitación de sus pequeños. Iban de la mano, pero según se acercaban al lugar donde estaban sus hijos ella avanzaba a más velocidad. Antes de abrir la puerta, él se detuvo en seco y la doctora se giró.

—¿Qué sucede?

—Será mejor que entres tú sola…

Ella vio que él tenía miedo por no decir pánico y lo comprendió, así que asintió y le dio un beso en la mejilla antes de entrar a ver a sus pequeños. Nada más abrir la puerta vio que se estaban peleando como siempre. Se alegró de ello, ya que era señal de que se encontraban bien.

—¡Mamáááááááá! —gritaron al unísono.

Quisieron bajarse de la cama, pero, ella les hizo señales de que

no lo hicieran y corrió hasta una cama antes de ir a la otra. Los habían puesto en la misma habitación al ser mellizos. Su hija Mary Alice se colgó de su cuello llorando nerviosa y Jayden la agarraba por la mano. Después lo abrazó a él y estuvo mirándolos con detenimiento, observándoles, viendo los rasguños que aún tenían.

—Mamá, te hemos echado de menos —dijo su hijo sin soltarle de la mano.

—¿Cuándo nos vamos a casa, mami? ¿Y los abuelos? ¿Mis amigos están bien?

Millones de preguntas salían de sus bocas inquietas y ella no podía parar de sonreír, reír, abrazarlos y besarlos. Estaban perfectamente, aunque quería poder encontrar a Alexander para que le informase bien de su estado de salud. Media hora más tarde salió de allí prometiéndoles que los abuelos irían a verlos muy pronto. Se ausentó para buscar a Alexander, pero antes quiso hacer otra cosa. Al salir vio a un Michael mordiéndose las uñas y al verlo le dio un abrazo.

—Están perfectamente, vamos. —Le cogió de la mano, pero de nuevo se paró, asustado.

Maddison tiró de él esa vez y no miró atrás. Agarró el pomo de la puerta y lo giró hasta que se abrió y de nuevo su madre entraba en la habitación de la mano de un señor que no conocían.

45

—¡Mami!

Sus hijos gritaron al verla entrar otra vez, aunque miraron muy serios al extraño que iba con ella. Michael estaba muerto de miedo y muy nervioso. No sabía ni qué decir.

—¿Y tú quién eres?

Maddison no pronunció palabra, dejándole a él contestar, aunque no fue muy buena idea. Se puso a tartamudear y ver a un hombre tan alto como él tan nervioso era algo cuanto menos gracioso.

—M… mi… nom… nombre es…

—¿Qué le pasa, mamá? —susurró Mary Alice.

Su madre tiró de la mano del neurocirujano poniéndolo a su lado y sus hijos miraron muy atentos sin perder un solo detalle de aquel hombre tan alto.

—Este es Michael, niños. Ellos son Jayden y Mary Alice.

Conocía el nombre de aquellos dos niños, pero hasta ese instante no cayó en la cuenta del nombre de la niña. Abrió la boca al descubrir que se llamaba como su abuela con quien se había criado y a la que siempre adoró.

—¿Como mi abuela?

Ella afirmó con la cabeza y se sentó en la cama de su hijo pequeño. Ambos niños le miraban con recelo, aunque su madre los distrajo y empezó a hablar de que había visto en la televisión que iban a echar en el cine una de las películas de superhéroes que tanto les gustaban y se emocionaron al hablar del tráiler y de las ganas que tenían de verla.

—Pues a Michael también le gusta mucho, ¿sabéis?

Ellos se sorprendieron y se lanzaron a hacerle preguntas para averiguar si era cierto sometiéndole a un tercer grado. Por suerte para el médico era un gran fan de aquellas películas e incluso leía cómics. Fan, fan total y de esa manera los mellizos dejaron de mirarlo con recelo y se divirtieron charlando animadamente con él. Llegó la hora de la comida y los niños ya no podían parar de hablar

con quien era su padre y tampoco querían que se fuera. Alexander llegó entonces para ver a sus pacientes y se sorprendió al ver la estampa familiar. Michael se puso rígido, pero intentó que no se le notara. Maddison le preguntó sobre el estado de salud de los niños y él le contestó al detalle cómo se encontraban.

—Maddi —la llamó aparte y ella se alejó un poco de los mellizos y de Michael.

—Dime.

—No te preocupes porque hemos cuidado de tus pequeños a la perfección y en breve podrás llevártelos a casa. Cuando eso suceda, quizá podríamos salir a cenar —eso último se lo dijo agarrándola por la cintura.

El neurocirujano neoyorquino lo oyó, a pesar de estar atendiendo a sus hijos y se enfadó bastante, pero no hizo falta que se levantase para cantarla las cuarenta. Maddison le retiró la mano de su cintura negando con la cabeza.

—Alexander, por si no te has dado cuenta nunca he aceptado salir contigo. Para ya, porque no estoy interesada. Tengo a alguien en mi vida, además —confesó sin mencionar a Michael, aunque el médico entendió que se trataba de él.

—De acuerdo, mensaje captado. Mañana les daré el alta. —Y se fue de allí sin decir nada más, apesadumbrado.

Ella se giró por fin aliviada al haber encontrado la fuerza necesaria para decirle que no estaba interesada y, sobre todo, al tener al hombre que quería con ella. Sonrió al mirar a su familia, aunque Michael tenía cara de pocos amigos tras ver lo sucedido con Alexander. Se acercó a él y le acarició la espalda en gesto cariñoso.

Cuando los niños comieron ella llamó a su madre para que se acercasen a ver los niños y así ellos poder irse a comer. Los esperaron en la puerta de la habitación y cuando llegaron decidieron bajar a la cafetería a comer algo. Maddi estaba nerviosa por cómo iba a ser el encuentro, lo que no esperaba era que a partir de entonces todo sería fácil y sencillo.

—Michael, me alegro de verte —dijo su madre estrechando su mano. La última vez que se vieron no fue un trato nada amigable y la señora Stephens tenía miedo a que él no la recibiese bien.

—Hola.

Después de darle la mano la estrechó en un corto abrazo demostrándole que estaba decidido a hacer borrón y cuenta nueva. Al padre de Maddison le dio la mano sonriendo ambos y de aquella manera se fueron a comer.

—Gracias por no ser rencoroso. Sin duda a mi madre la has

pillado desprevenida.

—No creo que empezar con mal pie sea algo bueno. —Ella se sintió agradecida y estaba un poco con la cabeza embotada, porque no habían hablado sobre su futuro como pareja. Sabía que se querían uno al otro, pero no les había dado tiempo a ponerle nombre a nada. Él se rio de repente y ella quiso saber qué le hacía tanta gracia.

—Me río de los comentarios de los niños y del miedo tan absurdo que sentía antes de entrar en esa habitación. Sé que queda mucho, porque tenemos que explicarles que soy su padre, pero me parece que no ha sido un mal comienzo, ¿no crees?

—En absoluto, me atrevo a decir que se han enamorado de ti en cuanto has hablado de los cómics.

Terminaron de comer y pasaron la tarde con los mellizos hasta que fue la hora de marcharse a casa dejando a los niños dormidos. Michael fue de copiloto esa vez, pues estaba agotado de pasar todo el día junto a sus hijos, que no pararon de llamar su atención, hacerle preguntas y hablar sin parar. Al llegar al apartamento se lanzó al sofá, reventado. Maddi se reía, pues apenas había empezado a compartir la vida con ellos y ya percibía lo que significaba ser padre.

—Dios, esos dos no callan y tampoco paran estando en el hospital. No me puedo imaginar cómo es en casa.

Se ducharon en turnos, porque de hacerlo juntos sabían que acabarían haciendo el amor y tenían que comer algo más decente que una comida de cafetería. Necesitaban también descansar. Al salir la doctora del baño con la ropa que se llevó de casa de su madre puesta se sorprendió al ver la cena preparada en la mesa del salón con dos velas y música suave de fondo.

—¿Y esto?

Michael la estaba esperando con el pijama ya puesto y una gran sonrisa. Le ofreció la mano y ella fue hasta él con el corazón acelerado. Se mecieron en un suave vaivén al ritmo de la melodía romántica. Abrazados, recuperando todo el tiempo perdido. Ella tembló y él apoyó los labios en su frente dándole un cálido beso, provocando que ella llorase emocionada.

—Ya no más lágrimas, Maddi, a no ser que sean de felicidad. Has llorado mucho por mí, pero ya se acabó.

Siete años soñando con que llegara ese instante, esa declaración de amor, volver a encontrarse en los brazos de Michael, el hombre de su vida. Y es que el amor consistía en eso, en saber hacia dónde te diriges teniendo la seguridad de hacerlo con la persona correcta,

de su mano.

Jayden y Mary Alice recibieron el alta médica y llegaron al rancho en el coche de su madre junto a Michael, que no se separaba de ellos desde que lo conocieron el día anterior. Los mellizos se lanzaron a los brazos de los abuelos cuando los vieron esperándolos en la puerta de casa. El abuelo después se marchó a trabajar y también los recibieron los trabajadores, a quien les unía un inmenso cariño. Subieron a sus habitaciones y ambos quisieron enseñarle todo a Michael, acaparándolo. Maddison iba tras ellos con el nudo en la garganta. Se volvieron locos enseñándole absolutamente todo y él no sabía adónde mirar o a quién atender primero. Decidieron dar una vuelta por el rancho y de repente los pequeños les dieron la mano a ella y a él caminando los cuatro como una auténtica familia. Michael miró a Maddison con el brillo acuoso en sus ojos y sonrió feliz. Se pararon cerca de los establos donde estaban los trabajadores galopando con los caballos haciéndoles caminar.

—Michael… —Él miró a Mary Alice que fue la primera en hablar—. ¿Tú quieres ser nuestro papá?

—Lo dice porque nos caes bien y parece que a mamá también le caes bien, así que podrías ser nuestro papá —apostilló Jayden.

Él no supo qué responder y Maddi dijo que no había mejor momento que ese para soltar la bomba y ver cómo se lo tomaban los mellizos.

—¿Queréis saber algo? —dijo susurrando bajito—. Es vuestro papá.

A los niños se les iluminó la mirada y chillaron a la vez que se lanzaron a abrazarle tirándole al suelo. Solo se oía «sí» repetido varias veces entre risas. Maddison sacó el móvil del bolsillo y les hizo diferentes fotografías, las primeras, pero no las últimas de su vida. Una vez ya calmados se sentaron con tranquilidad y Maddison se unió a ellos.

—¿Y dónde estabas? —quiso saber Alice, que era la más curiosa y parlanchina de los dos.

—Estaba trabajando lejos —se apresuró a responder la doctora. Aún eran pequeños para entender la verdad y quizá con algo tan sencillo como eso bastaría.

—Vale, ¿pero ahora ya te quedarás con nosotros o volverás a irte? —preguntó Jayden.

Michael miró a la mujer que amaba y la cogió de la mano teniendo a sus dos hijos en el regazo. Le guiñó un ojo a los pequeños y respondió mirándola.

—Nada ni nadie podría hacerme marchar de aquí.

Epílogo

A muchos kilómetros de allí tenía lugar una estampa familiar. Jayden y Mary Alice estaban sentados en el sofá viendo una de esas películas de las que tanto disfrutaban recostados en el sofá negro con su madre y su padre a cada lado. A Maddi no le gustaban mucho aquellas cosas, pero por ver contentos a sus tres personas favoritas se sentaba junto a ellos. Alguna vez trasteaba en el móvil y cuando Jayden, a su lado, se daba cuenta, le decía que lo dejase o simplemente se lo quitaba para dárselo a Michael.

Habían pasado siete meses desde aquella tarde en el rancho de los señores Stephens, sentados sobre la hierba con los caballos de fondo cuando les confesó que nada ni nadie le alejaría de su familia. Se encontraban en Nueva York de vacaciones. El proyecto de aneurismas cerebrales por el que fue a trabajar a Kansas terminó y fue entonces cuando pidió trabajar en el hospital. Por suerte siempre estaban necesitados de médicos y aceptaron su solicitud. Maddison era su jefa y les encantaba estar trabajando en el mismo sitio, llevar a los niños al colegio, recogerlos, cenar juntos y disfrutar de una vida hogareña. Alquilaron una casa cerca del rancho de los abuelos, ya que los pequeños los echaban mucho de menos al haberse criado con ellos. Por el momento su vida estaba en Topeka y no en Nueva York, a pesar de estar allí la familia paterna a quien ya habían conocido. Los adoraron desde el primer momento. Además, Phoebe también tuvo a su bebé con Graham y fueron a verlos. Disfrutar de la familia era lo mejor que podía darte la vida.

—¡No! ¡Papá! ¿Qué haces? —Apagó el televisor y los mellizos casi se lo comieron al no haber terminado la película.

—Vamos a subir al tejado —al decir eso ya sabían que se refería a la pequeña zona en la azotea donde habían puesto unas tumbonas para mirar el cielo.

Los niños se pusieron como locos, porque eran igual que sus padres y desde el primer día que vieron atardecer se enamoraron de ese instante del día. Estaba a punto de esconderse el sol y a pesar de

hacer frío los cuatro subieron. Michael los abrigó como si fueran de excursión a Groenlandia. Se sentaron en las tumbonas verdes que compraron en uno de los viajes al apartamento de Michael que aún conservaban. Los niños estaban juntos con una manta por encima y Maddi y Michael muy cerca el uno del otro, también con una manta, pues hacía frío por aquella época del año.

Miraban hacia el horizonte como tantas veces habían hecho ellos dos solos y con los mellizos en los últimos meses.

—¡Mira, mamá! —chilló su hija al ver cómo empezaba a ocultarse el sol.

Ella sonrió al ver la emoción de su hija al disfrutar de algo que antes sus padres hicieron en solitario y a ellos tanto los emocionaba. Michael le dio la mano por debajo de la manta y la miró a los ojos.

—Nunca pensé que se pudiera ser tan inmensamente feliz, Maddi. Gracias por tener a estos dos pequeños monstruitos y criarlos. No debió ser sencillo y aun así lo hiciste sola. Ojalá hubiera estado a tu lado. —Ella le apretó la mano negando al ver que él se emocionaba.

—Oye, nada de lágrimas tristes, ¿recuerdas?

—No es triste, es que soy tan feliz. Son maravillosos —dijo mirando a los pequeños, que no paraban de hablar entre ellos. Estaban muy unidos.

Miraron al horizonte como su hijo Jayden les pidió y los cuatro se quedaron en silencio durante los segundos en los que tardó en ponerse el sol. Maddison sentía la misma felicidad de la que él hablaba.

—Podemos inventar algo nuevo y pedir un deseo cada vez que veamos un atardecer, ¿os parece? —dijo a los niños, que se alegraron con aquel comentario de su padre al que ya adoraban.

—¿Pero sin decirlo como cuando vemos estrellas fugaces? —preguntó Alice recordando las noches en las que tanto allí como en Topeka miraban al cielo estrellado y pedían deseos a las bolas de fuego que cruzaban el cielo infinito.

Su padre asintió y los mellizos cerraron los ojos pidiendo mil deseos seguramente, conociéndolos. Maddison apretó la mano de Michael con fuerza y él la acarició con el dorso de la otra mano sintiendo un cosquilleo.

—¿Yo también puedo pedir uno? —Él asintió.

—Por supuesto, yo ya lo he hecho.

Desde este momento, mientras viva te amaré, te prometo esto.
No hay nada que no daría a partir de este momento.
Te amaré mientras viva, a partir de este momento.

La música de Shania Twain, a quien Maddison admiraba, se coló en una tierna mirada de dos personas que se conocieron años atrás, que se amaron hasta la extenuación y que se perdieron por ser demasiado orgullosos, para hablar con claridad. Dos personas presas de miedos inexistentes, de secretos que les hicieron sufrir durante demasiado tiempo. Tenían por delante un futuro brillante con sus hijos, en Nueva York o en Topeka, pero juntos.

Maddison se perdió, sin poder evitarlo, en sus ojos que la miraban con auténtica y verdadera devoción. Esa mirada intensa. Única, llena de felicidad.

—¿Y qué has pedido?

Él se encogió de hombros queriendo decir que no iba a decírselo, aunque por su mirada podía descubrirlo. Ella, sin embargo, le confesó su deseo.

—Yo pido que nunca dejes de cuidarnos y amarnos como lo haces, de amarme…

Michael rozó su nariz con la de ella en un suave aleteo y la música del vecino de abajo resonó aún con más fuerza como hacía cada atardecer. La suave y romántica melodía invadió el tejado en ese momento, haciendo que fuera aún más bonito.

—Contigo, nada más.

FIN

Agradecimientos

Esta historia surgió en una tarde de verano de esas en las que te quedas ensimismada mirando el horizonte. No sé por qué me recordó a un paisaje del lugar donde transcurre la historia y en ese instante abrí el cuaderno para comenzar a anotar ideas y sentimientos.

Gracias a mis amigos por apoyarme siempre.

Gracias a los lectores porque sois el motor de toda esta aventura. En especial quiero dar las gracias a Noelia Tejada por aceptar leer el manuscrito antes que nadie y darme su sincera opinión sobre la misma.

Millones de gracias a la Colección Mil amores por apostar por esta historia y la infinita paciencia.

A Víctor, que se encarga de que no me venga abajo cuando todo está a oscuras.

No puedo ni quiero olvidarme de las grandes compañeras de novela romántica que me acompañana cada día y traspasan el umbral de lo profesional. Irene Romo, Helena Pinén, Fransy Guerrero y Beatriz Gant.

Y como no a mis sobrinas que me borran la tristeza de la cara cuando me miran con su cara iluminada diciéndome «te quiero, tía».